

Cualquiera  
menos **tú**



Gema Samaro

# **CUALQUIERA MENOS TÚ**

Gema Samaro

©Gema Samaro, julio 2017

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son ficticios, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

# ÍNDICE

[ÍNDICE](#)

[SINOPSIS](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[EPÍLOGO](#)

# SINOPSIS

Alicia estaba deseando que llegaran las vacaciones para librarse durante unos días de su jefe y de su ex, y tiene la mala suerte de encontrárselos a los dos en Ibiza.

La culpable de que haya elegido ese destino es Amanda, la amiga loca que la convenció para que le acompañara a reencontrarse Michael, un camarero buenorro que conoció en la isla hace cuatro años y con el que tiene asuntos pendientes.

Mario, Lord Cactus, es el jefe de Alicia. Está para caerse de espaldas, guapo, *sexy*, carismático, pero también borde, exigente, duro y avasallador como él solo.

Mario nunca descansa, ni en vacaciones... De hecho, acude a Ibiza a supervisar lo que está haciendo su hermano Tristán con la empresa familiar. Aunque, esta vez hay algo más que le mueve a hacer ese viaje y que se llama Sacha.

Con lo que no contaba era con la presencia permanente de la tocapelotas de su empleada, Alicia, una adicta al trabajo como él, pero sin púas, que parece dispuesta a desquiciarle mucho más de lo que suele hacerlo en la oficina.

Alicia tampoco lo soporta, pero en Ibiza le necesita para vengarse de

Oliver, su ex, y tiene un plan...

Un plan que es un churro y que va a cambiarlo todo por completo...

# Capítulo 1

Apenas llevaban un par de minutos sentadas en las butacas traseras del barco que iba a llevarlas a Ibiza, cuando Amanda se percató de que alguien conocido viajaba también con ellas...

—¡Ali, no te lo vas a creer! Lord Cactus está sentado en la primera fila, pegado a la ventanilla... ¡Voy a saludarlo!

Alicia miró a su amiga con cara de pánico, tiró de su brazo porque Amanda estaba ya presta a saludar a su jefe, haciendo aspavientos de lo más escandalosos con la mano, y masculló:

—¿Qué haces, insensata? ¡He cogido vacaciones para dejar ver el careto a ese tío! ¡Ni se te ocurra saludarle!

—Pero soy una persona educada, tía. ¿Cómo no voy a saludarle?

—Yo también lo soy, pero mi paz interior vale mucho más. ¿Qué quieres que se venga para acá y se ponga a darnos la chapa sobre cosas del curro?

Amanda se revolvió el pelo platino que llevaba corto, despuntado y alborotado, y dijo:

—Pues yo encantada de hacer una puesta en común de chismes...

Amanda trabajaba de recepcionista en la misma empresa en la que Alicia ejercía de analista digital bajo las órdenes de Mario, el dueño de la empresa de marketing digital en la que todos trabajaban.

—Seguro que conmigo no va a hablar de chismes, y me va a calentar la cabeza con la presentación del plan de optimización que hice a la constructora de Alicante —comentó Alicia.

—¿Pero no decías que estuvo todo genial?

—Sí, pero ya sabes cómo es Mario, nunca está conforme con nada. Va a empezar a enmendarme la plana, a decirme que esto y aquello era susceptible de mejora, y como comprenderás no me apetece lo más mínimo...

—Está de vacaciones, seguro que es el primero al que no le apetece hablar del trabajo...

Alicia miró a su amiga con los ojos como platos y, nerviosa por la insistencia de Amanda en saludarle, le explicó:

—¡Qué poco le conoces! ¡Ese tío jamás descansa! De hecho, me dijo que iba a cogerse unos días para supervisar el trabajo de su hermano... ¡Si llego a saber que era en Ibiza en la vida hubiera venido!

—¡Qué exagerada eres! —exclamó Amanda quitándole importancia—. Ibiza está petada de gente en verano, es casi imposible coincidir.

—Sí, pues ahí le tienes... —musitó Alicia, escurriéndose todo lo que pudo en el asiento hacia abajo.

—Ali ¿qué haces? —le preguntó Amanda extrañada.

—Lo que tú deberías hacer también. ¡Esconderme!

Amanda obedeció más que nada para que su amiga se calmara, que porque le pareciera algo sensato:

—Menudo viajecito vamos a pasar en esta posición, vamos a llegar con las cervicales tronchadas.

—Prefiero acabar con collarín antes que soportar a ese tío...

—Es duro y exigente, pero está tan bueno que se lo perdono todo —confesó Amanda, comprobando el estado de su manicura.

—Claro porque tú solo le pasas llamadas y le sirves cafés, si tuvieras que trabajar codo a codo con él, veríamos si se lo perdonabas todo...

Amanda negó con la cabeza y, con una convicción máxima, replicó:

—Si trabajara codo a codo con él, nena, hace mucho que me lo habría tirado...

—*Shhhh*. ¡Quieres bajar la voz! ¡Solo falta que nos escuche! —exigió Alicia, llevándose el dedo índice a la boca.

—Tía, que está en la otra punta del barco. Relájate...

—No teníamos que haber cogido butaca Neptuno, en Sirena se está bien, es más barato y el barco se mueve menos...

—Calla que no tienes ni idea de nada, en Neptuno es donde viajan los tíos más buenos. Estamos donde tenemos que estar...

—No sé para qué quieres tanto tío bueno... ¿No dices que no puedes sacarte a Michael de la cabeza? —le recordó Alicia a su amiga.

—Sí, pero eso no quita para que me guste rodearme de belleza... Venga, Ali, relájate, que estamos de vacaciones...

—No puedo relajarme sabiendo que Mario Mondéjar está a escasos metros de mí...

Amanda miró a su amiga con los ojos chispeantes y canturreó divertida:

—Uy, uy, uy. ¡Cómo he podido tardar tanto en darme cuenta! ¡Qué calladito te lo tenías, truhana! A ti te pone, Lord Cactus. Por eso estás tan nerviosita...

Alicia bufó cabreada y le aclaró a su amiga:

—No sigas por ahí, porque no me hace la más mínima gracia.

—Hija, tampoco te pongas así. Ni que Lord Cactus fuera un orco, el hombre será un jefe cabrón pero está como un queso, las cosas como son. ¿Nunca has tenido una fantasía *hot* con él, o te lo has follado en sueños?

Alicia estaba tan cabreada que no tenía ni ganas de responder, así que se limitó a buscar los auriculares en el bolso y luego conectarlos a su móvil para aislarse de todo escuchando música...

—Jo, pues yo sí... Huele tan bien, le quedan tan bien esos trajes italianos y los Levi's le marcan un culazo que te confieso que en mis sueños más húmedos yo he amasado a dos manos, como si fuera pan gallego...

Alicia miró a su amiga mordiéndose los carrillos para evitar la carcajada y,

justo antes de ponerse los cascos, soltó:

—Tía, tú estás fatal de lo tuyo...

—Estoy viva y tengo ojos, es algo natural... Lo que no es normal es lo tuyo, chica... Trabajar tantas horas junto a ese pedazo de tío y que no se te haya pasado ni un pensamiento calenturiento, es que vamos... ¡Si hasta mi tía monja seguro que si le conoce, alguna cosita sucia se le pasa por la mente!

Alicia reconocía que su jefe estaba muy bien, tenía ojos en la cara y era absurdo negar la evidencia. Y sí, alguna que otra vez se le habían pasado cosas por la cabeza, pero enseguida las había rechazado de su mente porque ya tenía bastante con Oliver, como para complicarse más la vida. Claro que eso era antes de que se fuera todo a la mierda con Oliver... *De todas formas, qué más daba. Ahora que estaba sola, con más razón todavía no le convenía tener un rollo con su jefe...* O eso era al menos lo que pensaba...

Así que Alicia miró a su amiga, echando chispas por los ojos, y gruñó:

—¡Déjame en paz o me cambio de butaca! ¡Te lo digo en serio!

—¿Qué te pasa Ali? ¿Por qué te pones así? A ti ese tío te mola... Porque si no, no se entiende que...

Alicia hizo ademán de levantarse, su amiga entonces se calló, tras hacer el gesto de que se cosía la boca con hilo y se puso a mirar por la ventana...

Entretanto, el barco ya había zarpado y ponía desde Denia rumbo a Ibiza, previa escala en Formentera.

Eran algo más de las nueve de la mañana y el día había amanecido soleado, si bien un viento que estaba empezando a soplar cada vez con más fuerza, amenazaba con hacer la navegación un poco desagradable...

Por eso Alicia había tomado la precaución de tomarse una Biodramina y de sentarse en la parte trasera, donde se acusaba menos el movimiento del barco, a pesar de que a Amanda todo aquello le pareciese una chorrada.

Sin embargo, bien que se lo agradeció cuando, ya llevaban más de una hora

de navegación y, la gente que estaba sentada más cerca de proa empezó a indisponerse a mansalva.

Bueno y Amanda también, a la que no le quedó más remedio que recurrir a su amiga en cuanto las nauseas le dieron tregua:

—Dame una pastilla de las que tienes en el bolso, que me lo voy a potar todo... —suplicó Amanda, justo antes de vomitar en una bolsa de plástico.

—Anda que no te advertí que había vientos raros, y eso que todavía no hemos llegado a Formentera.

—Tía, calla, por Dios, que el estómago se me está subiendo a la garganta... —rogó Amanda, mientras su amiga buscaba la Biodramina en el bolso y se la daba.

Luego, volvió a centrarse en la película que estaba viendo, *El viaje de Arno*, pero al momento tuvo que dejar de prestarle atención porque una especie de zombi avanzaba por el pasillo, aferrándose a las butacas para no caerse el suelo de lo que se movía el barco, y conteniendo el vómito que liberó justo cuando llegó al lado de Alicia.

El zombi era Mario... Quién si no. No podía ser otro.

## Capítulo 2

Tras poner el suelo perdido, Mario se limpió la boca con un clínex que le tendió Alicia muerta de asco y él farfulló:

—Estoy alucinando, no puede ser, trabajo demasiado...

—Tranquilo. No estás delirando. Somos nosotras, ¿qué tal? —preguntó Alicia, forzando la sonrisa, tras comprobar que la pota de su jefe no le había salpicado.

—Genial, ¿no me ves, Salcedo? —masculló conteniendo otra vez la arcada.

Alicia era la única de la oficina a la que Mario llamaba por su apellido, cosa que le sentaba como una patada en el culo, por lo que para compensar y porque se lo había ganado a pulso, le había bautizado como Lord Cactus.

—El mar está un poquito revuelto... —le dijo tendiéndole una bolsa para que vomitara, al tiempo que llegaba una empleada de la compañía para limpiar el vómito de Mario.

—Hoy tenemos unos vientos complicados, lo mejor es que se sienten en la parte de atrás. El barco se mueve menos... La zona de Sirena está llena, pero si quieren pueden ir a la cafetería que está justo en la popa... —les indicó la empleada con una sonrisa amable, mientras fregaba el suelo.

—Esto se mueve tanto que dudo que pueda llegar hasta allí, mejor me quedo aquí con mis amigas... —replicó Mario, justo antes de vomitar otra vez en la bolsa.

—¿Qué amigas? —preguntó Alicia, mirando alrededor para ver si encontraba alguna.

—No seas borde, y saca más pastillas para este pobre hombre —musitó

Amanda, que estaba blanca como la pared, antes de levantarse para mudarse una butaca más allá y así dejar una libre para su jefe.

Alicia fulminó a su amiga con la mirada porque no podía hacerle eso. ¿Iba a tener que pasarse lo que les quedaba de travesía sentada al lado de su jefe que encima estaba totalmente descompuesto?

—Salcedo, tú siempre tan controladora, seguro que hasta sabías la velocidad con la que iban a torturarnos estos jodidos vientos...

Alicia buscó otra pastilla en el bolso, se la tendió de mala gana a su jefe y replicó molesta, sin moverse de su asiento:

—Es lo que hace cualquier persona sensata antes de subirse a un barco. No tiene nada de particular...

Mario cogió la pastilla y le pidió revuelto por completo:

—Saca la botella de agua, que seguro que tienes una por ahí. Jamás he podido pasar una pastilla a palo seco...

—Con el billete tienes derecho a una consumición, vete a la cafetería por favor, mi botella está rechupeteada...

—Me da lo mismo, soy capaz de todo antes que seguir caminando por este barco infernal...

A Alicia le sentó fatal lo de “capaz de todo”, pero lo disimuló bien y le pidió el billete a su jefe para ir a canjear su consumición.

Cuando regresó se lo encontró sentado al lado de Amanda, haciendo esfuerzos ímprobos por contener las náuseas.

—Aquí tienes, tómate la pastilla y ya puedes volver a tu butaca...

Mario agarró con fuerza la botella de agua, la abrió y tras meterse la pastilla en la boca, la pasó con un trago largo:

—Yo me quedo aquí, se mueve mucho menos el barco —observó Lord Cactus, tras tomarse la pastilla.

—Ya... —suspiró Alicia, resignada, sentándose al lado de su jefe.

—No entiendo por qué me está pasando esto, he montado en todo tipo de embarcaciones, no solo soy patrón de yate sino que una de mis aficiones favoritas era encarar la *zodiac* contra las olas, hasta ponerla casi en vertical, mientras me zampaba un bocata de salchichón tranquilamente...

—Vaya imagen... —bufó Alicia.

—Tenía dieciséis años —se justificó Mario—. Si no se hacen locuras a esa edad, ya me contarás cuándo se hacen... Aunque imagino que tú siempre habrás hecho lo correcto, claro...

Alicia se molestó, porque sintió que la estaba llamando aburrida descaradamente y se defendió diciendo:

—Supongo que por eso me contrataste, tú bien sabes que un buen analista, se caracteriza por analizar e interpretar la información para tomar siempre las decisiones más convenientes.

Mario pensó que era cierto que había escogido a Alicia además de por su brillante currículum: tenía dos carreras, un máster y hablaba inglés a la perfección, porque tenía toda la pinta de tenerlo todo bajo control y ser una adicta al trabajo como él, con escasa vida social.

Alicia era perfecta para el puesto, en cuanto apareció su candidatura lo tuvo clarísimo, pero hubo una razón última que acabó de convencerle, totalmente inconfesable: su sublime boca de pato, aunque obviamente era un secreto jamás se lo contaría a nadie...

Y menos a ella, y mucho menos teniéndola sentada a su lado en un barco que llevaba rumbo a Ibiza, por eso se limitó a ejercer de jefe y recordarle:

—A veces te pasas de tanto como analizas, deberías confiar más en tu intuición, siempre te lo digo.

—Sí, y ser tan espontánea como vosotros que por improvisar tanto, mirad cómo estáis... —les recordó triunfante—. No, gracias —dijo poniendo unos morritos, esos morritos que Mario no podía dejar de mirar—Y si no te

importa, prefiero que evites temas del trabajo. Estoy de vacaciones.

Mario suspiró de una forma de lo más tonta y se excusó girando la cabeza:

—Perdón...

Mario dio otro trago a su botella de agua, mientras Alicia replicaba:

—No te preocupes, solo quería recordarte que no estamos en la oficina...

Mario dio respingo en el asiento y abriendo los ojos como platos, preguntó porque no había entendido del todo bien el recordatorio de su empleada: *¿le estaba pidiendo que tuviera más confianza y que hablaran de temas extralaborales?*

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Lord Cactus, inquieto porque jamás había hablado con Salcedo de nada que no fuera trabajo.

—Quiero decir que hagas como Amanda —que dormitaba a su lado— y aproveches para echar una cabezada, así sentirás menos el movimiento del barco...

—Ah, eso. Buah. Qué envidia me da, la cabrona. Se ha quedado sopa, de repente... —comentó Mario, mirándola con admiración.

—Tú cierra los ojos y ya verás cómo te pasa lo mismo...

Mario le clavó sus ojos azules, se mesó la barba de tres días que le quedaba genial y luego musitó:

—Ojalá, si lo consigo despiértame cuando lleguemos...

Mario se recostó, cerró los ojos y Alicia se quedó mirándolo mientras pensaba que ese tío estaba buenísimo, además olía a Bvlgari Man y ese perfume le volvía loca. De hecho, muchas veces había pensado si Mario habría intuido lo que le gustaba y se lo ponía solo para torturarla.

Daba igual, por muy bueno que estuviera, por muy bien que le sentara todo lo que se pusiera, traje o los *jeans* con la camiseta entallada que llevaba esa mañana y que le quedaba de vicio, lo importante era que Mario era su jefe y no le soportaba...

—¿Qué te despierte cómo? —preguntó Alicia, distraída con sus pensamientos.

Mario abrió un ojo y, con una sonrisa mordaz, contestó:

—Como a Cenicienta... ¿Cómo va a ser, Salcedo?

Alicia resopló al tiempo que se reprendía a sí misma por la metedura de pata y luego farfulló:

—Quiero decir, cuándo... ¿Te bajas en Formentera? —inquirió deseando que así fuera.

—No, voy hasta el final... ¿Y vosotras?

Resignada a su suerte, Alicia respondió con la vista clavada de nuevo en la película...

—También, también...

## Capítulo 3

Mario se pasó durmiendo el resto del viaje y soñando con que se pegaba tal morreo salvaje con Salcedo en una cala desierta del norte de la isla de Ibiza, que se despertó con un agobio tremendo y una erección igual, cuando estaban a punto de atracar en el puerto.

—Me voy a preparar que he venido con el coche y nos hacen bajar primero a los que traemos vehículo... —anunció poniéndose de pie muy apurado.

—Espérate a que atraquemos, a ver si te vas a marear otra vez —le aconsejó Alicia, mientras Amanda se despertaba con los pelos revueltos.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Amanda, con un ojo abierto y otro cerrado, mirando por la ventana.

—Deben quedar unos cinco minutos, por eso le estoy diciendo a Mario que se siente, no vaya a ser que se maree otra vez.

—¡Estoy perfecto! —exclamó poniéndose en jarras y echando el tronco hacia atrás, para mostrar que podía permanecer hasta en la postura más absurda sin marearse, pero al hacerlo las chicas se quedaron sin habla.

Bueno, Amanda soltó mirándole la entrepierna, porque era imposible no reparar en aquello, dada la postura en que se había colocado un:

—¡Madre mía y me lo quería perder!

Alicia tampoco podía dejar de mirar, si bien prefirió quedarse muda y decir, nerviosa, retirando bruscamente la vista de encima de la escandalosa protuberancia:

—Está bien, ya veo que la pastilla te ha hecho efecto...

—Y tanto, caray...—musitó Amanda, mirando aquello embobada.

Alicia acribilló a su amiga con la mirada. Y luego, con cierta torpeza, más por los nervios de lo que acababa de presenciar, que por el vaivén del barco, se puso de pie para dejarle pasar:

—Gracias —dijo Mario, justo antes de pasar por delante de Alicia, rozarle el cuerpo con el culo y provocarle a la chica un estremecimiento que ella calificó como absurdo. *Porque ¿a cuento de qué la estremecía Lord Cactus?*

Alicia prefirió no pensar y replicar, sin darle más importancia:

—De nada.

Lo que Alicia no sabía, era que Mario acababa de experimentar con el roce algo parecido, y que igualmente estaba loco por olvidar.

*¿Pero qué coño le estaba pasando con Salcedo, por qué de repente se había puesto a soñar cosas hot con ella y a ponerse más duro todavía con un simple roce?*, pensó. *¿Sería un efecto no deseado de la Biodramina?*

Como no encontró respuestas, decidió que lo mejor era salir de allí, raudo y veloz. Por eso, nada más acceder al pasillo, se despidió con un rápido:

—Que tengáis unas buenas vacaciones. Nos vemos en la oficina... ¡Chao!

En cuanto Mario salió por la puerta que conducía hacia la salida del barco, y ellas se aseguraron de que no podía escucharlas, se echaron a reír:

—¿Has visto la tienda de campaña que se le ha puesto de repente? —preguntó Amanda, partida de la risa.

—Calla, tía, calla... Que cuando lo he visto no sabía dónde meterme... —confesó Alicia, muerta de risa igual.

—Querrás decir que no sabías por dónde querrías que te la metiera... Pero ¿ese hombre qué tiene ahí? —matizó Amanda sin parar de reír.

—Por favor, qué vergüenza, no sigas que voy a tener pesadillas esta noche...

—No, hija, si la pesadilla es no catar una de esas. Vaya con el secretazo de Mario... En el curro es que jamás le he visto tan contento, debe ser que ha

debido soñar con algo bien guarro que le ha puesto así de palote. Déjame el prospecto de la Biodramina, a ver si pone algo sobre si tiene efectos euforizantes...

—No quiero saber más, por favor. Es que ha sido tan bochornoso todo, solo quiero olvidar... —habló Alicia, llevándose la mano a la frente en un gesto bastante dramático.

—Sí, tienes razón. Mejor olvidar que existen cosas así porque me voy a deprimir...

Alicia decidió que lo mejor era no dar más vueltas al asunto, aunque Amanda siguió bromeando un rato más, sin parar de reír.

Luego, cogieron las maletas, abandonaron el barco y salieron al exterior, justo en el momento en el que una pareja se montaba en el último taxi libre que quedaba en la parada.

—No pasa nada, ahora vendrá otro... —comentó Alicia, cargada de optimismo.

Pero pasaron como cinco minutos y por allí solo pasó un autobús, que llevaba al centro de la ciudad y al que subió todo el mundo, menos ellas...

—Yo paso, tía —comentó Amanda—. Que de allí nos tenemos que ir caminando un buen rato hasta la parada del 8 y pasa cada hora... Es un coñazo darse ese paseo con tanto maletoncio... Mejor esperemos a un taxi...

Amanda llevaba dos maletas de ruedas grandes y una bolsa enorme que llevaba colgada del hombro y Alicia en previsión de todas las cosas que le podían pasar durante sus vacaciones, incluido en un naufragio en alta mar, iba igual de cargada...

—Esto está desierto, tiene pinta de que no va a parar ni Dios. Los taxistas deben saber que todo el mundo se ha subido en el autobús... —masculló Alicia bajo un sol de justicia, mientras buscaba en su móvil el número de teléfono de alguna empresa del taxi.

Sin esperar ni un segundo más, llamó y le comunicaron que en dieciocho minutos, un taxi pasaría a recogerlas...

—¿Dieciocho minutos? —replicó Amanda, sorprendida—. Tía, pues vámonos adentro y le esperamos con una cervecita bien fresquita, porque...

Amanda se calló, porque justo en ese momento, un coche negro que salía del puerto paró, su conductor bajó un poco la ventanilla de los cristales tintados y comenzó a hacerles indicaciones con la mano para que se acercaran.

—Milagro. Un alma caritativa y con un pedazo de Audi. Vamos para allá, amiga...—ordenó Amanda.

Amanda cogió sus maletas y su amiga espantada le advirtió:

—¿No pensarás subirte al coche de un desconocido?

—Esto es Ibiza, nena, cambia el chip...

Cuando Alicia estaba a punto de echar mano a su amiga para evitar que cometiera la imprudencia de subirse a ese auto que podía estar conducido por a saber qué criatura maligna, la ventanilla del coche negro se bajó del todo y apareció Mario:

—Salcedo, que soy yo, coño. Venga, subid, que os vais a coger un moreno gamba de lo más hortera...

De mala gana, Alicia cogió las maletas y se dirigió al coche adonde su amiga ya había volado.

Después, tras meter el equipaje en el maletero, Amanda se sentó en la parte trasera, por lo que a Alicia no le quedó más remedio que sentarse en el asiento del copiloto del coche de su jefe.

—Te lo agradezco mucho, Mario. Eres nuestro salvador... —canturreó Amanda nada más sentarse.

—De todas formas, hemos llamado a un taxi. Viene en unos quince minutos, si te viene mal esperamos tranquilamente... —comentó Alicia, a la que no le apetecía para nada que su jefe las llevara y estaba loca por bajarse.

—No voy a correr el riesgo de que dos empleadas se me insolén, Salcedo. No soy tan irresponsable... —replicó Mario, arrancando el coche.

—Tú eres un jefe genial, Mario. Pon un poco de musiquita, ¡qué estamos en Ibiza! ¡Party, party! —siguió canturreando Amanda, levantado los brazos por encima de la cabeza y haciendo como un bailecito sensual.

Alicia no sabía dónde meterse, lo de su amiga no tenía remedio y lo peor era que a Mario, a pesar de ser un Lord Cactus, le hacía mucha gracia.

—Ahora pongo algo de las París Sisters. Decidme antes adónde os llevo...

Alicia que llevaba apuntado todos los detalles del viaje en una nota del teléfono móvil y también en un papel, por si el móvil se le perdía o se lo robaban o si naufragaba en alta mar, indicó:

—Al hotel Cala Turquesa, por favor, que está...

—¡No puedo creerlo! —le interrumpió Mario, alucinado por la coincidencia.

—¿Qué pasa? ¿Es malo? —preguntó Alicia, con cierto susto en el cuerpo.

—¿Cómo va a ser malo? —replicó Mario, arqueando una ceja, y un tanto molesto.

—Estuve hace cuatro años y estaba genial... No creo que haya cambiado tanto desde entonces. O eso espero... —comentó Amanda, pensando en Michael y lanzando un suspirito de lo más delator.

—Y yo, yo también espero lo mismo... A ver lo que nos encontramos... —masculló Mario.

—¿Cómo que nos encontrarnos? ¿Tú también vas a ese hotel? —preguntó Alicia con tal cara de pánico, que Mario no pudo evitar echarse a reír.

## Capítulo 4

A Alicia no le hacía ni pizca de gracia que su jefe se lo estuviera pasando tan bien a su costa:

—¿Qué tiene de gracioso? —replicó mientras se ponía unas gafas de sol redondas, para que ese tío no pudiera percibir sus ojos chispeantes de rabia.

Sin embargo, Mario que acababa de parar en un semáforo, al verla con esas gafas se quedó fascinado, Salcedo estaba tan diferente, tan rollo Ibiza, tan jodidamente *sexy*...

—Nada, nada... —farfulló Mario, sin dejar de mirarla alucinado.

Y Alicia, por su parte, que no entendía por qué su jefe la estaba mirando con esa cara de idiota, preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? ¿Le pasan algo a mis gafas?

El semáforo se abrió, Mario pestañeó deprisa y respondió para salir del brete:

—Molan. Son redondas...

Alicia que estaba un poco dispersa con el mosqueo que tenía, replicó con el ceño fruncido y a la defensiva:

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? ¡Tus gafas de sol, nena! ¿Qué si no? ¿Tus tetas? Jajajajaja. —intervino Amanda, muerta de risa, para mayor cabreo de Alicia.

Alicia llevaba puestas las gafas de sol que Oliver le había regalado cuando lo suyo todavía funcionaba, pero no las llevaba por nostalgia sino porque no tenía nunca tiempo de ir a comprar otras nuevas.

—¿Pasa algo porque sean redondas? —inquirió Alicia, ignorando el comentario de su amiga.

—No, no, para nada. Esa forma de gafas te sienta de maravilla... —confesó Mario y acto seguido se mordió los labios porque sintió que había hablado demasiado.

Él jamás había hecho con Alicia ningún comentario de ese tipo, de hecho no sabía si su empleada tenía gato, ni dónde vivía o si era alérgica del gluten. Tenían una relación meramente profesional y punto, así que no sabía qué hacía comentando lo bien que le quedaban las gafas redondas.

*Debía ser culpa de la Biodramina que atontaba mogollón, pensó.*

—Favorecen a todo el mundo, sí... —murmuró Alicia, sorprendida por el comentario de su jefe con el que jamás había hablado de nada que estuviera más allá del universo del marketing digital.

—No seas modesta, nena. Te quedan genial ese tipo de gafas, como tienes ese careto tan guapo... —comentó Amanda, divertida.

Mario pensó que la recepcionista tenía razón, que Alicia no solo tenía el rostro precioso, con los ojos castaños y almendrados, la nariz recta y la boca de pato que tanto le fascinaba, sino que también tenía un cabello bonito, largo y liso, un cuello muy largo, unas piernas infinitas, un...

*¿Pero a él qué le importaba cómo era Salcedo? Era una chica guapa, con un cuerpo bonito y listo... Ya, se dijo a sí mismo.*

—¿Y cuánto tiempo vais a estar en la isla? —preguntó Mario, para cambiar de tema, cosa que Alicia agradeció.

—Dos semanitas, hemos reservado una habitación con vistas al mar y con todo incluido... —respondió Amanda, tan expansiva como siempre.

De hecho, esa era una de las razones por las que Mario la había contratado, pues le encantaba tener en la recepción a alguien que lo soltaba absolutamente todo, sin necesidad de apretarla siquiera un poco, y que además era leal como

ninguna.

—Anda que no os pago bien, que os da el sueldo para dos semanas de vacaciones en temporada alta en Ibiza, con todo incluido... —replicó Mario, con orgullo de jefe bien pagador, pero Alicia le miró de tal forma que el orgullo de repente se le vino todo abajo.

—¡Qué va! —le aclaró Amanda—. Esto lo hemos pagado con el pellizco que nos tocó del décimo de lotería de Navidad que jugábamos con la empresa.

—Pero os tocó una mierda. ¿O me engañasteis? Yo como nunca juego...— apuntó Mario.

—Sí, te hemos engañado y somos todos millonarios. Trabajamos en la empresa por amor... —comentó Alicia, con sorna.

—Pues de otros no puedo decir lo mismo, pero tú, Salcedo, estoy seguro de que lo haces por amor... —habló Mario, con la vista puesta en la carretera.

—¿El qué? —replicó Alicia con los ojos como platos.

—Hija, no disimules, si es que se te ve a la lengua que eras la clásica pánfila que lo hace todo por amor —dijo Amanda a su amiga.

Alicia sentía que la conversación se le estaba yendo de las manos y para encauzarla solo se le ocurrió decir:

—Me gusta mi trabajo, pero vamos que si quieres subirme el sueldo por mí encantada...

—Ah, y a mí también... —añadió Amanda.

—Lo vemos en Madrid, ahora estamos de vacaciones... —repuso Mario, en tono de jefe, después de que se le fuera la vista a las piernas de Alicia, que llevaba unos pantalones cortos que jamás se ponía en la oficina.

*¿Pero qué le estaba pasando? ¿Qué hacía él mirando las piernas de esa chica que reconocía que eran bonitas, pero al fin y al cabo eran solo eso, piernas?*

—¡Qué fuerte que hayamos elegido el mismo hotel! Fíjate que yo a ti te

hacía más en uno de cinco estrellas... Como eres un jefazo y tal... —contó Amanda que no se callaba ni debajo del agua.

—Es que es mío.

—¿El hotel Cala Turquesa? —preguntó Amanda, alucinada.

—Ese y otros treinta dos más, repartidos por todo el país. La cadena pertenece a mi familia, mi padre ya se jubiló, y ahora lleva mi hermano la dirección...

—No sabía, ¿y cómo es que tú no te dedicas a los hoteles? —preguntó Amanda, revolviéndose el pelo con la mano.

—Mi padre y yo tenemos formas distintas de entender el negocio, así que decidí crear mi propia empresa. Pero como tengo acciones de la cadena aprovecho las vacaciones para conocer desde dentro cómo funcionan los hoteles...

—¿Entonces vienes a Ibiza para hacer de jefe infiltrado? —dedujo Amanda.

—Me encantaría, pero tenemos personal que lleva treinta años con nosotros. En Ibiza además, adonde veníamos la familia todos los veranos, me conocen demasiado bien... Es imposible hacer de jefe infiltrado... —lamentó Mario.

Y más todavía lo lamentó Alicia, que en ese momento pensó en el horror que iba a significar tener que encontrarse con su jefe a todas horas, también en vacaciones...

—¿Y has venido solo a cotillear a tu hermano? ¿O también tienes previsto descansar un poco?

Alicia estuvo a punto de sacar los auriculares y ponérselos para no tener que seguir escuchando a su amiga preguntar impertinencias:

—No cotilleo, esto es más serio. Se trata de negocios.

—¿Qué pasa que tu hermano es un pufo de tío y temes que eche por tierra tantos años de trabajo? —preguntó Amanda, intrigada.

Mario no podía decir que Tristán estuviera haciendo las cosas mal, porque

desde que estaba al frente de la dirección los números cantaban. Había conseguido excepcionales resultados, incluso durante la crisis, pero las cosas siempre eran susceptibles de mejora y para eso estaba él en Ibiza.

Para eso y por Sacha, pero a la recepcionista ese detalle no le importaba para nada. O eso pensaba porque la curiosidad de Amanda era un pozo sin fondo...

—Las cosas están bien, pero pueden estar mucho mejor. Hay que tener afán de excelencia, por eso estoy aquí —aseguró Mario.

—Pues como yo —reconoció Amanda, tocándose una bolita negra que llevaba en la parte superior de la oreja—. ¿Para qué voy a descansar entre feos, cuando en Ibiza hay tanta gente guapa? El afán ese es muy importante...

—Pues sí, lo es —dijo Mario muy serio, mientras atravesaban la isla de un extremo al otro.

—Oye y ya que dices que conoces a todo el mundo en el Cala Turquesa... ¿Te suena un camarero que está en el bar de abajo, junto a la piscina, que es una mezcla entre Gerard Butler y Hugh Jackman? —preguntó Amanda, como el que no quiere la cosa.

—Solo puede ser Michael, porque el otro es Anselmo que es ese ser que presenta una mezcla extraña entre Don Pimpón y Alfredo Landa....

Alicia se echó las manos la cara porque aquella conversación no podía ser más surrealista...

—Jajajajajaja. ¡Es verdad! ¡Qué crack! El parecido es total... —exclamó Amanda muerta de risa.

—Y Michael, es cierto... Tiene un parecido a esos dos...—apuntó Mario.

—Yo es que le conocí hace cuatro años...

—Es muy servicial, siempre atento y profesional...

—Calla, no me hables, que el día que ese pedazo de tío me dijo: “Aquí tiene su cerveza, *lady*: vi a Dios”. ¡Ay qué subidón! Nadie en la vida me había

dicho *lady* y creí morirme de amor en ese mismo instante... Me fleché, fue una cosa...

—Es excelente en la atención al cliente...

—¡Y tanto! Fíjate hasta dónde llegó su excelencia que esa misma noche nos liamos y me quedé en su apartamento seis meses más...

Antes de que su amiga siguiera largando hasta el infinito y más allá, Alicia le recordó a su jefe:

—¿No ibas a poner música?

## Capítulo 5

Mario no estaba dispuesto a poner música justo en el instante en el que había encontrado un hilo estupendo por el que empezar a tirar... *Un camarero follarín era algo que no podía permitirse un hotel acogedor y familiar como el Cala Turquesa.*

—¿Y sabes si es una práctica habitual en él llevar la excelencia hasta ese extremo? —preguntó Mario entornando los ojos y pensando que no se podía tener más suerte. *Todavía no había llegado al hotel y ya se había topado con un destructor de familias. Y a saber cuántas negligencias más le esperaban en cuanto se pusiera a rascar un poco más....*

—Espero que no. Él me dijo que lo nuestro era especial...

—Sí, bueno, pero se dicen tantas cosas para embaucar a una mujer incauta... —comentó Mario, restándole importancia.

—¿Tú crees que Michael es de esos? —preguntó Amanda con los ojos como platos.

—No tengo ni idea, pero por lo que cuentas, ese tío te encandiló con palabras bonitas y luego te dejó tirada como una colilla.

—No, qué va... Fue al revés. Mira, te cuento cómo sucedió todo, nos conocimos en el hotel, nos liamos...

—¿Tenías sexo con él en el hotel? —preguntó Mario, convencido de que lo de Michael follando por los rincones del hotel, era una de las muchas cosas que se hacían mal el Cala Turquesa.

—No, qué va. A Michael le gusta hacerlo en plena naturaleza, me llevaba a sitios muy bonitos y apartados... No le pone que le miren...

—Vaya... —farfulló Mario un tanto decepcionado.

—Lo nuestro fue muy mágico, un flechazo total.

—Ya, pero a Mario no creo que le interesen estas cosas de los romances y demás —intervino Alicia que conocía a su amiga y sabía que iba acabar cantando *La Traviata*.

—A mí me interesa todo lo que tenga que ver con el Cala Turquesa. Así que sigue, por favor...

—Es que en el Cala Turquesa viví una historia de amor tan mítica... Verás, me vine a Ibiza para pasar una semana allá por mayo, yo tenía un trabajo de mierda vendiendo seguros de mierda y necesitaba un descansito. Con el dinero que tenía ahorrado para pagarme el implante de una muela que al final no me extrajeron, me vine sola para el Cala Turquesa. Y nada más llegar me pido una cerveza y aparece él, ese pedazo de tío de metro noventa, llamándome *lady* y mirándome con ganas de comérmelo todo. Me volví loca y él también... Para que te hagas una idea fue un flechazo tan atómico que cuando se acabaron mis vacaciones, Michael me pidió que me quedara, que él corría con todos los gastos, pero hijo, como yo no soy una gorrana, le dije que sin trabajo no me quedaba. Él me aseguró que no había problema, movió sus hilos, me encontró en tres días un curro de recepcionista en un hotel de San Antonio, y yo acepté, porque Michael me ponía mogollón y porque además en Madrid solo me esperaba el trabajo de mierda y una habitación que compartía con una chiflada budista en un zulo de Lavapiés, así que ni me lo pensé... Además mi familia está en el pueblo y la veo de Pascuas a Ramos. Me daba lo mismo estar en Ibiza que en Madrid...Y salió todo genial, aquellos seis meses fueron un sueño, cuando salíamos de currar me llevaba a follar a calas retiradas y luego sacaba un mantel, me ponía velitas y abría una botellita de algo... No se podía ser más salvaje ni más romántico... —musitó Amanda evocando todo aquello.

—¿Botellita que sacaba del hotel? —preguntó Mario, convencido de que

ese tío estaba haciendo un auténtico desfalco al bar.

—La compraba en el Eroski, cositas de oferta y eso. Un vinito, un tequila... Cerveza jamás, los checos son muy suyos para la cerveza. Todas las de aquí les parecen una porquería.

La respuesta de Amanda a Mario le hizo deducir que si no era un ladrón era un auténtico irresponsable:

—¿Y a qué hora era eso? Porque Michael suele salir entre que recoge y tal a las doce de la noche...

—Tardísimo... De madrugada...

Mario de nuevo sonrió, seguro que ese tío estaba llegando a diario a las doce la mañana como poco...

—Michael tiene el turno partido, por la mañana tiene que estar a las nueve.

—Y estaba, como un reloj a su hora —comentó Amanda—. Es que él es de esos que duerme cuatro o cinco horas y está perfecto. Por lo visto es de familia, en su casa duermen todos muy poco... Su familia tiene un restaurante y él pasa siempre el invierno currando con ellos. De hecho, cuando terminó aquel verano Michael me pidió que me fuera con él y ahí fue cuando se estropeó todo. Una cosa era Ibiza y otra Praga con treinta bajo cero... Me cagué viva, era un cambio muy radical para mí y le dije que no. Michael se lo tomó fatal y yo me enfadé con él. En fin estas cosas de pareja que se embrollan y que no hay manera de arreglar. Para hacértelo corto te diré que...

—Menos mal que lo vas a hacer corto... —masculló Alicia sintiendo una vergüenza ajena tremenda.

—Sí, tía, porque aquello fue muy intenso, bueno, como nos vamos a ver en el hotel, ya te lo contaré con más detalle otro día, Mario, ahora así para ir resumiendo te diré que me agobié cantidad, le pedí que lo dejáramos y hasta hoy... Pero chico, que no le olvido... ¿Te lo puedes creer?

—Joder, claro... —respondió Mario, con una contundencia que sorprendió

muchísimo a Alicia.

—¿Te ha pasado algo de eso? —quiso saber Amanda.

Mario pensó que no solo le había pasado eso, sino que era la razón por la que estaba allí, pero no era plan de contárselo a la recepcionista, puesto que él la había contratado para que sacara información a los demás, y no a él mismo...

—No, a mí no me ha pasado, pero por lo que cuentan es algo frecuente...— repuso Mario en un tono que resultó bastante convincente.

Y Amanda siguió habla que te habla, abriéndose en canal...

—Yo pensé que iba a olvidarle, que sería el clásico amor de verano al que le haces el duelo con cinco tíos que te tiras en invierno y listo. Pero nada... Me volví a Madrid, cayeron unos cuantos y fatal... Es que Michael dejó el listón tan alto... No te imaginas qué joya de empleado tienes... ¿Tú sabes si se ha casado o algo? —preguntó Amanda, como el que no quiere la cosa.

—No tengo ni idea.

—Yo tampoco, es que perdí el contacto totalmente. Le he pedido amistad por las redes sociales, pero el muy rencoroso no me la concede. Por las cosas que tiene en abierto, aparece etiquetado en fotos de cientos de guarrillas, pero no tiene pinta de que vaya en serio con ninguna. Desde luego, que yo he venido a por todas, ojalá esté a tiempo de enmendar un gran error del pasado...

Mario pensó lo mismo, que ojalá *Sacha tuviera agallas de enmendar de una vez la cagada que cometió aquel verano en que sus vidas cambiaron para siempre.*

—Mientras hay vida, hay esperanza...—comentó Mario, más para recordárselo a sí mismo, que para aconsejar a Amanda.

—Eso es lo que le digo a Alicia, pero ella está convencida de que Michael va a pasar de mí. Es que es una descreída, como su novio se fue con otra hace unos meses...

—Lo lamento —dijo Mario mirando de refilón a Alicia, que abochornada tenía clavada la vista en la ventana.

—No hay nada que lamentar. Son cosas que pasan... —farfulló Alicia encogiéndose de hombros.

—El tío fue un cabrón, pero ahora me voy a encargar de darle a Ali un empujón para que se desquite con algún italiano buenorro... —aseguró Amanda.

—A mí déjame tranquila que vengo a descansar y nada más, que me lo he ganado a pulso... —comentó Alicia, muy agobiada con la conversación.

Y si había dicho que se lo había ganado a pulso era porque trabajaba muchísimo en la empresa de Mario, casi doce horas diarias, fines de semana incluidos, porque se los pasaba trabajando igual pero en casa...

—Es que ella es de darse solo por amor —volvió a recordar Amanda—, pero yo creo que si la empujamos, lograremos que se desmelene un poco...

Y entonces, sucedió que al escuchar esas palabras, a Mario se le cruzó un pensamiento de lo más tonto, se imaginó desmelinando a Salcedo a fuerza de besos locos y le entró una alegría en el cuerpo tal, que decidió cortar de raíz el asunto, poniendo a las París Sisters y no abriendo más el pico hasta que llegaron a su destino...

## Capítulo 6

Mario dejó a las chicas en la puerta del hotel en Sant Josep de sa Talaia, sacaron las maletas y él se marchó a aparcar. Luego, apareció al rato y, mientras ellas hacían fila para el registro, él pasó a la recepción, saludó a las empleadas y cogió sin más la tarjeta de su habitación.

Acto seguido, se despidió de Alicia y Amanda con un gesto con la mano y se metió en el ascensor, convencido de que esa iba a ser la última vez que las viera hasta que regresaran a Madrid...

Alicia deseó lo mismo con todas sus fuerzas en cuanto lo vio desaparecer por el ascensor, en tanto que Amanda se moría de ganas por bajar al bar para reencontrarse con Michael:

—Tía, no puedo esperar más. Quédate tú con las maletas que yo me bajo a ver a Michael...

—¡Ni de coña! ¡Yo no puedo sola con todo esto! —protestó Alicia—. Si has esperado cuatro años, digo yo que podrás esperar unos minutos más.

—¿Unos minutos más? Tenemos delante a catorce personas...

—No te vayas, que parece que esto va rápido. Subimos, dejamos el equipaje y nos vamos a comer... El bufé termina a las tres, todavía estamos a tiempo...

—Yo paso de comer, me voy a ir derechita a por una piña colada... ¿Qué tal estoy? —preguntó Amanda, alborotándose el pelo con la mano.

—Teniendo en cuenta que te has indispuerto en un barco, después de una travesía de más de tres horas, pues bueno...

—¡No me jodas que tengo resto de pota en el vestido! —exclamó

horrorizada Amanda, mientras se buscaba alguna mancha en el minivestido rojo, entallado y escotado, que se había puesto para la ocasión.

—El vestido está bien...

—¿Entonces soy yo la que estoy mal? Dime la verdad, que me estoy jugando la vida entera...

—No seas exagerada, se te ha corrido un poco la pintura de los ojos, pero vamos...

Amanda encendió la cámara de su móvil, se miró y horrorizada, gritó:

—¡Ali, por Dios, que te tenía por una amiga!

—Y lo soy —afirmó con rotundidad.

—Pues me estás haciendo dudar, porque has estado a puntito de enviarme al cadalso. Me llego a presentar ante Michael después de cuatro años, con esta cara de que acabo de zamparme un salchichón en los lavabos y ya sí que no le recupero en la vida...

—¿Un salchichón? —preguntó despistada.

—Un pollón —aclaró Amanda, con total desparpajo.

—Calla, qué vergüenza... —le exigió Alicia, abochornada.

—Son guiris...

—Pueden saber perfectamente español...

—Buah, sí, seguro... Estos solo saben decir, sangría y fiesta...

Alicia, loca por cambiar de tema, ya le dio todo igual, y preguntó:

—¿Te vas a ir a por la bebida o no?

—¿Cómo me voy a ir a por la bebida esta cara de mamo...?

—Ya, ya...—farfulló Alicia—. Que sí, que lo pillo... Esperemos entonces... Yo creo que ya no queda nada para que nos atiendan...

Media hora después de una espera de lo más tediosa, lograron hacer el registro, y por fin las chicas pudieron subir en el ascensor hasta el tercer piso, donde les aguardaba su habitación con vistas al mar, sin tan siquiera sospechar

que en cuanto llegaron a la planta y se adentraron por un largo pasillo, iban a encontrarse con él...

—No, no y no... —murmuró Alicia, apenas con un hilo de voz, y con una cara de espanto tremenda.

—Tía, sí, es una putada tremenda, pero tú tienes que ser digna y regia. ¿Me oyes?

—Calla, te lo ruego... —suplicó Alicia, a la que le temblaba todo.

—Dientes y tetas para afuera, que sufra por lo que ha perdido...

—¡Este qué va a sufrir! ¿No ves lo contento que se le ve y la tía que lleva al lado? ¡Tiene como tres tallas más de sujetador que yo, por no hablar de los dientes que le llegan hasta las orejas!

Oliver, su ex, iba con una chica al lado que casi le sacaba una cabeza, rubia, guapa, de sonrisa perfecta y blanquísima, y con curvas por todas partes.

—Tú hazme caso, digna, regia y sonriente, como si estuvieras a punto de empezar las vacaciones de tu vida.

—Unas vacaciones de cine, sí. Con mi ex y mi jefe en el mismo hotel... —murmuró cuando estaba apenas a unos pasos de Oliver, que se había percatado desde el primer momento de la presencia de Alicia.

Y entonces, sucedió lo inevitable:

—¡Hola! ¿Qué tal? —preguntó Oliver cortado, nervioso y sintiéndose tremendamente culpable y feliz al mismo tiempo, porque acababa de percatarse de que su ex todavía llevaba las gafas redondas que él le regaló, a modo de diadema, y eso según él solo podía ser una señal inequívoca de que no podía olvidarle.

Alicia, atacada, forzando la sonrisa, no atinó a decir otra cosa más que:

—Genial, genial, genial...

Oliver había dejado a Alicia por wasap hacía unos meses, después de cuatro años de relación, y no se habían vuelto a ver desde entonces...

—Cómo me alegro... ¿Todo bien, entonces? —preguntó Oliver, mirándola con pena, porque la encontró más flaca y con una tristeza profunda en la mirada, pero a la vez crecido al comprobar que aún seguía colgada de él.

*Por alguna perversa razón, pensó Oliver, prefería verla así, o sea hecha una mierda, con ese rictus de viuda doliente, que colgada del brazo de cualquier imbécil con cara de recién orgasmada.*

—Sí, ya te digo, todo genial —replicó Alicia aferrada a sus maletas.

*Menos mal que no estaba sola y que le acompañaba la loca de su amiga, que siempre le cayó como el culo, pensó Oliver.*

—¡Hola Amanda! —saludó Oliver, porque él se tenía por un tío educado.

—¡Menudo pájaro estás tú hecho, cabrón! —replicó Amanda, sin más.

Oliver lo escuchó perfectamente, pero prefirió hacerse el sordo.

—¿Cómo dices? —preguntó Oliver arrugando el ceño *y por alguna extraña y perversa razón feliz de que la amiga le hubiera insultado, porque eso significaba que Alicia estaba jodida de verdad. Y eso era altamente gratificante. De hecho, le ponía hasta duro saber que nadie iba a ser capaz de reemplazarle. Y no porque quisiera volver con ella, porque él estaba feliz con Tamara, sino porque acababa de descubrir que era un perfecto perro del hortelano, que ni comía ni dejaba comer.*

—Te ha llamado cabrón en toda tu cara, Oli... —se chivó la acompañante.

—Tranquilo. Está todo genial —insistió Alicia y la acompañante la miró pensando que *esa pobre no podía ser más pava.*

—¿Venís u os vais? —preguntó Oliver con cierto interés.

—Por favor, cómo se te ocurre, tan blancucha como estoy. No tío, no. Yo me voy a ir de Ibiza más negra que tus huevos, esos que tienes y bien gordos, porque ya te vale, so puerco... —le reprochó Amanda.

Alicia no sabía dónde meterse, tan solo se limitó a mirar a Oliver con cara de “ya sabes cómo es mi amiga”, y él se sintió de repente tan culpable que

hasta se vio obligado a excusarse con una cara de aflicción infinita:

—La vida tiene estas cosas, nos pone pruebas muy duras, pero hay que seguir adelante...

Y para rubricar las palabras de su pareja, la rubia colocó una mano en el culo de su novio y lo empujó hacia ella, como diciendo: “esto es mío, nenas”; mientras Alicia pensaba si se podía ser más cínico que su ex, al que la vida le había puesto una prueba tan dura y tan rubia y con unas tetas como balones.

—Ya, ya... —musitó Alicia, lamentando que la vida no le hubiese puesto a ella una prueba como esa, para restregársela a ese cretino, en ese justo momento.

—¿Sigues con el curro y eso, no? —preguntó Oliver, con el mismo tono compasivo con el que se pregunta a una abuelita que si se ha tomado las pastillas.

Alicia tras la pregunta se sintió peor que nunca, porque *¿qué quería decir con “y eso? ¿Acaso ese “y eso” significaba que si seguía siendo una adicta al trabajo de mierda, que no tenía ni siquiera ni un gatito que la lamiera?* Cómo lamentó en ese momento no estar colgada del brazo de algún buenorro para darle en las narices a ese gilipollas y a la rubia que sonreía triunfante con esa cara de “te levanté al novio por patética, nena”.

Sin embargo, cuando Alicia estaba a punto de dejarse abatir por la derrota, milagrosamente se abrió la puerta que tenía a su lado y salió él, Lord Cactus, que nada más verla, exclamó con cara de pocos amigos:

—¡No me jodas, Salcedo! ¡Tú otra vez aquí!

Y Salcedo vio el cielo tan abierto que, como si acabaran de hacerle el regalo más maravilloso del mundo, se le iluminó la mirada, sonrió con todos los dientes, soltó las maletas y se lanzó al cuello de su jefe al grito de:

—Sí, amor, sí. ¡Ya estoy aquí!

Y le besó en la boca con todas sus ganas...

## Capítulo 7

Mario lo primero que pensó después del pedazo de morreo que le había propinado Salcedo, fue que estaba borracha... Aunque el caso era que le había metido la lengua en la boca, porque el beso había sido de los intensos, y no sabía a alcohol... *¿Se habría metido una rayita de cocaína?*, se preguntó mientras no dejaba de mirarla alucinado. *Con lo formalita que parecía en la oficina, había sido llegar a Ibiza, ponerse las gafitas y desfasarse completamente. ¿Y por qué le habría besado? ¿No estaría secretamente enamorada de él y, con la desinhibición provocada por la droga que se hubiera metido, le estaba confesando a las claras sus sentimientos? ¡Y qué sentimientos, porque esa tía le había cogido por el cuello, había aplastado esos labios que le gustaban tanto contra los suyos y él no había podido evitar abrir la boca... Puro instinto. El caso era que Salcedo tampoco se había quedado atrás, había abierto la boca y hasta había habido un intercambio de lenguas que le tenía erecto otra vez...*

—Salcedo ¿estás bien? —preguntó Mario, parado frente a ella.

Alicia se echó otra vez a sus abrazos y apretándole fuerte contra ella, como si fuera su osito de peluche favorito, respondió en voz alta para que los otros la escucharan sin ningún tipo de problema:

—Ahora que estamos juntos otra vez, sí, cariño...

Y tras decir esto, Alicia pensó *que qué caray con el peluchito que estaba duro como una roca... ¿Pero cómo podía haberse empalmado Lord Cactus con un beso de mentira? ¡Si le llega a besar de verdad, le hace un hijo ahí mismo!*

—¿Estás liada con Lord Cactus? —preguntó Oliver, alucinado con lo que estaba presenciando.

*Su ex estaba besando al tío que supuestamente más odiaba en el mundo, ¡al gilipollas cuya foto colocaba en una diana cada domingo para acribillarle a dardos, que por eso le había reconocido al instante! ¿Cómo podía haberse liado con él?*, se preguntó Oliver, totalmente desconcertado.

Alicia se apartó un poco de Mario y le respondió a su ex, tras lanzar un suspiro de enamorada y poner cara de imbécil:

—Ahora le llamo Lord Esponja. Es tan dulce y amoroso...

A Oliver aquella respuesta le dolió tanto que al momento concluyó que solo podía tener una explicación:

—¿Te liaste con él por despecho? ¿Fue eso verdad? Te dejé y te enrollaste con el primero que tenías a mano...

—Por favor... ¿Qué estás diciendo? —inquirió Alicia, haciéndose la ofendida.

—Lo que oyes. Tú odiabas a este tío, le tirabas dardos todos los domingos por la tarde, hasta que le destrozabas la cara. Perdí la cuenta de la de veces que fotocopié la foto del LinkedIn de este tío en el trabajo...

—Salcedo ¡tú estás como un puta cabra! —exclamó Mario, mirando perplejo a su empleada.

Alicia volvió a abrazarle muy fuerte y repuso toda amorosa:

—Cielo, pero eso fue antes de darme cuenta de que estaba locamente enamorada de ti.

Mario, sin entender absolutamente, habló sin que la maldita erección se le bajara:

—¿Y eso cuándo fue porque tengo un lío tremendo?

—Pues poco a poco, hace un año nos miramos y saltaron los chispones...

—¿Cómo? —preguntó Oliver que estaba todavía más desconcertado que

Mario—. ¿Te tirabas a este cuando estabas conmigo?

Alicia sonrió triunfante, respiró hondo feliz, porque la venganza estaba siendo deliciosa, y contestó:

—¿Por qué crees que trabajaba tanto? ¿De verdad que nunca te pareció raro que últimamente llegara a casa pasadas las diez de la noche?

Mario de repente lo entendió todo, Salcedo le estaba utilizando para dar celos a su ex, que iba acompañado de una rubia despampanante que juraría que conocía de algo...

—Ali, dime que esto no es verdad. Venga, va... Ya has hecho la broma, nos reímos todos y regresamos a la normalidad —le exigió Oliver, sin poder soportar la idea de haber sido un cornudo.

—¿Ves, Oli? Ya te decía yo... Tú que te sentías tan culpable de dejarla plantada y resulta que la mosquita muerta es más puta que las gallinas...— intervino Tamara y a al hacerlo, Mario recordó de repente de qué la conocía.

¡Era Callo Seco! No recordaba su nombre, solo su mote, pero aquella chica se tiró a toda su clase de bachillerato, menos a él, que siempre tuvo a Sacha en la cabeza. *¡Callo Seco, qué chiquilla! Era tan morbosa que le gustaba llevarse a sus compañeros al cementerio para hacerles pajas con los pies. Según contaban, además de tener una técnica impecable, tenía unas durezas podales impresionantes, que le hicieron ganarse por méritos propios tan bonito apodo.*

—Perdona... ¿Tú estudiaste en...? —Mario la interrumpió y Tamara se quedó mirándole fijamente.

—¡Mario Mondéjar! Si es que te estaba mirando y yo pensaba: “se parece tanto a él”, pero es que no estaba segura. ¡Claro, la última vez que nos vimos teníamos 17 años! Entonces, eras el más guapo de la clase, pero es que ahora eres un megacañón sideral...

Tamara tomó a Mario por los hombros y le plantó dos besos bien sonoros en

las mejillas:

—Muchas gracias, eres muy amable... —dijo Mario lamentando no recordar el nombre de esa chica.

—Pues fíjate que cuando escogimos este hotel, le dije a Oli: “yo conozco al hijo del dueño”, lo que jamás imaginé es que fuera a encontrarte...

—¡Y que sea Lord Cactus! —replicó Oliver, ofuscado.

—¡Que es Lord Esponja, coño! —le corrigió Alicia.

—¡Oli tenías que haberme contado que el jefe de tu ex era Mario! ¡Qué fuerte, qué fuerte! ¿Y qué haces aquí? ¿Ya no lleva tu padre los hoteles? —preguntó Tamara, muy interesada, pasándose la lengua por los labios.

Entonces, Mario se dio cuenta de que a esa chica todo le había aumentado dos tallas, los pómulos, los labios, las tetas...

—Mi hermano Tristán es el director, yo me dedico a otra cosa... Tengo una empresa de marketing digital...

—Ya, si lo sé... Me encontré con Araceli Parrales y me contó lo de tu empresa, por eso me ha extrañado verte aquí.

Araceli Parrales vivía enfrente de él y era una cotilla del quince... Mario tenía la sensación de que se pasaba el día vigilándole tras las cortinas...

—Estoy de vacaciones, pero siempre me gusta mezclar trabajo y placer.

—Araceli me dijo que estabas solo, que eres el soltero de oro de la urbanización por el que todas suspiran... —comentó Tamara, mordiéndose los labios.

—Era... Ahora es mío... —dijo Alicia, cogiendo a Mario por el culo y empujándole hacia ella.

Amanda soltó una carcajada porque el morro que le estaba echando su amiga, era como para sacar palomitas y pasar la tarde frente a semejante espectáculo.

—Chica, no hace falta que marques territorio que nadie te lo va a quitar —

saltó Tamara, ofendida—. Yo soy muy feliz con Oli, precisamente me fijé en él porque estaba más que harta de empresarios de éxito que viven consagrados a sus negocios. Necesitaba a alguien en mi vida para el que yo fuera su absoluta prioridad, y para Oli lo soy. Además está buenísimo, es un gran amante y un jefe de Business Planning and Investment en una hidroeléctrica, ¿se puede pedir más?

—¿Que te lleve de veraneo a un hotel de cinco estrellas? —replicó Alicia, mordaz.

—Esa era la idea, pero estaban todos completos, como nosotros no somos de hacer planes... No como otras... Que hay que ver cómo dejaste de traumatizado a mi Oli con tus jodidas previsiones... Bueno, a lo que iba, resulta que el Cala Turquesa fue el único hotel en el que encontramos habitaciones disponibles, cuando decidimos venirnos a Ibiza. Oli estaba un poco agobiado por si era una birria de sitio, pero yo le dije que no se preocupara, que conocía al hijo del dueño y que además me habían hablado maravillas de su hotel. Y de verdad que estamos encantados... ¡El hotel es ideal!

—No creo que sea tan ideal, cuando es el único sitio en la isla donde quedaban habitaciones libres —apuntó Mario, sorprendido por el dato que acababa de facilitarle Callo Seco.

—Habrá sido casualidad, te repito que me han hablado muy bien de este sitio, Mario... —comentó Tamara, encantada con el reencuentro.

Sin embargo Oliver, que ya no aguantaba ni segundo más frente a ese tío que según él no podía ser más gilipollas y al que su ex miraba derretida de amor, dijo para salir cuanto antes de ahí...

—Sí, está todo perfecto. Pero apenas falta media hora para que cierren el comedor y estoy muerto de hambre. ¿Bajamos, Tama?

—¡Ay, yo también tengo un hambre que me muero! —exclamó Alicia,

mirando a Mario con una cara de enamorada total—. ¡Ábreme la puerta de la *habita, cari!* ¡Dejo mis cositas y bajamos nosotros también!

Mario se quedó petrificado, *¿Salcedo le estaba pidiendo meterse en su habitación? ¿Pero hasta dónde iba a ser capaz de llegar, con su sed de venganza...?*, pensó sin poder dejar de mirar la boca de pato de esa chica tan extraña.

## Capítulo 8

Oliver tiró de la mano de su novia y la arrastró hasta los ascensores por donde se perdieron. Amanda se marchó a la habitación para ducharse y cambiarse, y Alicia y Mario se quedaron solos...

—Salcedo ¿no pretenderás que pasemos las vacaciones compartiendo habitación porque es un absurdo mayúsculo? —preguntó en la puerta de la habitación.

—No me hagas esto, Mario... —le rogó muy nerviosa—. Además, me lo debes porque todo es culpa tuya.

—¿El qué es mi culpa?

—Que mi novio me dejara, trabajo tanto que Oliver se cansó de mi dedicación exclusiva y acabó largándose con esa rubia...

—Realmente, Callo Seco es castaña clara...

Alicia parpadeó muy deprisa, con una sonrisita cómplice, y le preguntó a su jefe:

—¿Cómo dices que era su apodo?

—Callo Seco, pero mejor no quieras saber el porqué, hazme caso... Te haría daño...

—¿Daño por qué? —preguntó Alicia, en su inocencia, encogiéndose de hombros—. Al contrario, me hace muy feliz saber que esa petarda tiene los pies hechos mierda...

—A lo mejor ahora va al podólogo...

—Pero debían ser tremendos los callos si la gente le puso ese mote, ¿se tenían que ver de lejos!

Mario respiró hondo y, como conocía de sobra lo terca que era su empleada, le explicó:

—Los chicos se lo veían de cerca, porque era una pajillera podal de cementerio.

Alicia se llevó la mano a la boca y soltó perpleja:

—*Noooooooooooooooooooooo*. ¿Masturbaba con los pies?

—Y al parecer con gran virtuosismo —contestó Mario, arqueando una ceja.

—Y con otras partes del cuerpo imagino que también será igual de virtuosa...

—En aquella época solo trascendió lo de los pies. Era una chica muy morbosa... Se enrolló con toda mi clase, fui el único que no caí.

—Dice mucho de ti, se la ve tan petarda... La verdad es que no sé qué habrá visto Oliver en ella... ¿Será por lo de los pies?

—Salcedo, yo no tengo ni idea. A mí estos temas la verdad es que no me gusta mucho tocarlos... La intimidad es la intimidad.

—Le debió pillar por ahí. Por el morbo de lo diferente. Yo es que estoy anquilosada, como me paso el día echando horas en tu oficina, no tengo el cuerpo como para pelar plátanos con los pies —confesó Alicia, poniendo esos morritos que a Mario le ponían cardiaco.

—Te quedas tantas horas porque te da la gana, anda que no te digo todos los días que te marches a casa.

—Me gusta hacer las cosas bien...

—Créeme, eso es un don... Hay que nacer con él... Por mucho que te esfuerces, si no te salió en su día de forma natural...

—¿De qué hablas? —preguntó Alicia, frunciendo el ceño.

—Del arte para de plátanos con los pies...

—¡Yo del trabajo y de las miles de horas que hago por culpa tuya! Me contrataste porque sabías que era una adicta al trabajo... Así que en

compensación tienes que ayudarme...

—¿Ayudarte a qué? —preguntó Mario, echándose el pelo hacia atrás.

—¡A pelar plátanos! Mario por Dios, céntrate. ¿A qué va a ser? A seguir con el teatrillo, hazte pasar por mi novio, por favor. No te cuesta nada... Necesito que Oliver me vea feliz y enamorada, es la mejor venganza después de lo que me hizo ese cabrón. ¡Me dejó por wasap tras cuatro años de relación para irse con esa pajillera podal! ¡Es horrible! —confesó Alicia en voz baja, para que no la escucharan.

—No exageres, Salcedo. Es el pan nuestro de cada día. La gente se pone los cuernos todos los días...

—¿Con una pajillera podal de cementerio? Y qué mala suerte la mía que con todos los hoteles que hay en Ibiza, Oliver haya tenido que venir al mío...

—Pasa página, Salcedo. Es lo mejor.

—Ya he pasado página, no siento nada por él. Pero necesito que ese cabrón me vea feliz junto a alguien, porque de lo contrario conociendo el ego que tiene pensará que no le he olvidado... Es una cuestión de dignidad, ¿me entiendes?

—Mira que te complicas la vida, Salcedo.

—No hace falta que estemos juntos a todas horas, solo cuando estemos en el hotel. No te pido mucho: solo comer juntos, darnos un bañito en la piscina, solo eso... No te pido más...

—Pensé que también ibas a instalarte en la habitación...

—No hace falta, solo si algún día coincidimos con ellos en el pasillo. Venga, di que sí, es sencillito...

Mario pensó que a Salcedo se le había ido completamente la pinza, pero tenerla pegada como un sello en el hotel podía tener una gran ventaja: *¡Cuatro ojos ven más que dos!*

—A cambio de una cosita... —propuso Mario, muy serio.

—¿El qué? —preguntó Alicia, a la expectativa de qué era lo que le iba a pedir.

—Quiero que me ayudes a optimizar el hotel, eres una gran analista, necesito que detectes todo lo susceptible de corrección o mejora...

—Pero yo soy analista digital, estoy acostumbrada a trabajar con datos, con estadísticas, con estrategias... y esto es un hotel. ¿Qué es lo que se supone que tengo que hacer? ¿Comprobar que las empanadillas del bufé estén calientes por dentro o que el chorro de la ducha salga con la suficiente fuerza?

—Tienes que hacer lo propio de un buen analista: estar al tanto de todo y reportármelo para que gestionemos los cambios que sean necesarios. Tenemos previsto que en un par de años este hotel sea de cuatro estrellas y busco la excelencia máxima. ¿Cuento contigo?

Mario buscaba la excelencia y de paso estresar todo lo que pudiera a Tristán, tocarle las pelotas hasta desestabilizarle por completo, y así forzar más las cosas para lograr su objetivo final que era Sacha.

Sacha era su cuñada, la mujer de su hermano Tristán, y la única mujer de la que había estado enamorado en su vida. Se conocieron en Ibiza desde niños, porque los padres de Sacha tenían una casa en Santa Eulalia, muy cerca de la casa de los padres de Mario.

Sacha fue su primer amor, se besaron con quince años en una puesta de sol en San Miguel y estuvieron saliendo juntos dos años, dos veranos más bien, porque Sacha vivía en Londres con su familia.

Mario recordaba aquellos dos años como los más felices de su vida, pero todo aquello se fue a la mierda por culpa de Tristán, que también se enamoró perdidamente de Sacha y lo que es peor, Sacha también de él.

El día de su dieciocho cumpleaños se enteró de que estaban juntos, más que nada porque pilló a su hermano comiéndose los morros de su novia en la caseta del perro donde ambos se habían escondido.

Pero es que lo terrible era que lo que había empezado como una comida de morros, había terminado en matrimonio cinco años después, y que ahora tenían tres niñas preciosas que eran sus sobrinas.

Con todo, a pesar de que había intentado sacar a esa chica de su corazón infinitas veces, seguía enamorado de ella, en silencio y en secreto, sin esperanza ninguna, pero siempre enamorado...

Realmente, sin esperanza hasta las Navidades pasadas que Sacha le confesó que no estaba bien con Tristán, que trabajaba demasiado, que estaba muy estresado, que ya no era el mismo, y que como las cosas siguieran así, iba incluso a plantearse el divorcio...

Pero su esperanza se hizo mucho más grande todavía, cuando dos semanas atrás, Sacha le llamó una noche para confesarle que la situación con Tristán era ya insostenible, que estaba insoportable, y que por favor este verano acudiera a Ibiza porque tenían que hablar y se moría por revivir viejos tiempos...

Esa era la verdadera razón por la que Mario estaba en Ibiza y por lo que estaba completamente ilusionado. Claro que eso no le importaba nada a Salcedo...

Y mientras Mario hacía esas reflexiones, Alicia por su parte, pensaba que no le hacía ninguna gracia ponerse a trabajar en vacaciones, pero que sin duda bien valía la pena el esfuerzo con tal de darle en los morros al *cerdocabronasqueroso* de su ex, por eso dijo:

—Estaré al tanto de todo y te entregaré un informe espectacular. Es algo nuevo para mí, pero lo voy a dar todo...

—Yo también —replicó Mario.

—¿Ah sí? —inquirió Alicia porque no sabía bien qué quería decir.

—Sí, seré un novio-novio, con todo lo que eso implica —aclaró Mario, con rotundidad.

—Bien, gracias —susurró Alicia, con una sonrisa tímida.

Y sin apenas sospechar la que estaba a punto de venírsele encima...

## Capítulo 9

Porque después de que Mario acompañara a Alicia a que dejara las maletas en su habitación, bajaron con Amanda al comedor, donde apenas quedaban veinte minutos para que cerraran.

A pesar de ir con el tiempo en contra, a Alicia le dio tiempo a tomar notas mentales de todo, de la variedad, calidad y cantidad de la comida, de la atención al cliente, de la distribución de las mesas y hasta de la correcta regulación del aire acondicionado.

Y Mario por su lado, cumplió con su parte y se comportó como un novio solícito, no solo llevando a su amorcito todo aquello que podía gustarle: pizza, croquetas, alitas de pollo y empanadillas, sino que también se tomó la molestia de abrirle la tarrina del helado de fresa y nata que le había traído, coger una cucharadita y pedirle como si fuera su bebé:

—Abre la boca, mi amor, que te lo tienes que comer todo...

Alicia que todavía tenía atravesadas en la garganta las empanadillas estuvo a punto de replicarle que la abriera él, pero en ese justo momento se percató de que Oliver estaba mirándola, tres mesas más allá y ella no solo abrió la boca sino que le hizo una felación a la cucharita.

Mario que en la vida había visto a nadie comerse un helado de esa forma tan *sexy* y salvaje se erectó otra vez de una forma escandalosa.

—Dame más, mucho más... —pidió Alicia, mientras se pasaba la lengua por los labios y miraba a Mario con cara de cachonda.

—Madre mía, Salcedo, lo tuyo con los helados es casi perverso... —murmuró Mario, mientras metía la cucharita en el helado y luego le daba a

probar otro poco, que Alicia devoró como si aquello fuera pura ambrosía.

—*Mmmmmm* —musitó Alicia, poniendo los ojos en blanco.

—¿A qué está rico, guapa? —preguntó con una sonrisa enorme, una camarera andaluza, de mediana edad, con el pelo de Cleopatra y unas gafas Gucci de concha negra enormes.

—¡Delicioso! —respondió Alicia, sin dejar de mirar a Mario de aquella manera.

Entonces, la camarera se percató de quién era el acompañante de la devoradora de helados...

—¡*Maríito!* ¡Pero qué alegría verte!

La camarera que se llamaba Rita, se echó a los brazos de Mario y este la abrazó con cariño:

—¿Has llegado hoy? ¡No me han avisado de que fueras a venir!

—Es que he venido sin avisar, quería daros una sorpresa.

—Pues vaya si me la has dado... ¡Y has venido con novia por lo que veo!  
—dedujo a tenor de la cara de vicio con la que esa chica le estaba mirando.

—Es Alicia, trabaja conmigo, y Amanda también... Chicas, os presento a Rita, lleva trabajando en el hotel como unos treinta años...

—Un poco más... He visto a este niño echar los dientes... Y digo niño porque para mí siempre será un niño —dijo apretando el hombro de Mario.

—Pues voy a cumplir treinta y seis...

—Madre mía, cómo pasa el tiempo y dentro de nada, vendrás con tus hijos  
—vaticinó Rita, mirando a Alicia que ponía morritos a Mario, para joder más Oliver que no le quitaba los ojos de encima.

—Para eso queda mucho todavía... —bufó Mario, dando un manotazo al aire.

—Uy no creo, que se te ve totalmente enamorado... Me alegro tanto de que por fin hayas encontrado a una chica que te quiera, porque es que te mira

encandilada...

—Sí, así es, Rita, tengo un encandilamiento máximo —asintió Alicia, lanzando un besito al aire para Mario.

—¡Ay qué simpática eres, Alicia! ¡Me alegro mucho de conocerte! — exclamó cogiendo esta vez a Alicia por los hombros—. Yo ahora os dejo que tengo que terminar de recoger... Hoy ha librado Antonia y estamos hasta arriba de faena...

—¿Cuántas personas atienden el comedor normalmente? —preguntó Alicia que se estaba tomando también muy en serio su cometido.

—Cuatro, pero harían falta al menos dos más porque no damos abasto. Pero bueno, con lo que hay nos apañamos y lo sacamos todo adelante —dijo con una sonrisa enorme.

Rita se marchó precisamente a recoger la mesa de Tamara y Oliver, que indignado por las estupideces que estaba haciendo su ex con el gilipollas de Lord Cactus, decidió dejar el postre a medias y le propuso a su novia que se tomaran un café helado en la piscina.

Otra que estaba loca por salir a la piscina y pedirse lo que fuera en el bar, era Amanda que había bajado a comer maquillada como una puerta, con un conjunto de crochet tejido por ella misma, cual Penélope en las noches en que tanto había pensado en Michael, y después de regresar de fiesta a eso de las cinco de la mañana, formado por pantalón por la ingle y sujetador con flecos largos de colores que le cubrían el vientre.

—Estoy nerviosísima. No me puedo creer que esté aquí... —musitó Amanda, tamborileando con los dedos en la mesa.

—Pues créetelo, maja... —aseguró Alicia, cuando Mario estaba a punto de meterle otra cucharadita en la boca—. Trae, trae... —le pidió a Mario, quitándole la cucharilla—, que Oliver ya se ha ido y llevaba una cara de cabreo tremenda. Jajajajajajaja. ¡Has clavado tu papel de novio coñazo! ¡Te

felicito!

Mario lo había clavado tanto que seguía con una erección tremenda, que no había manera de que se le bajase.

—Tened cuidado con estos juegos, porque quien juega con fuego siempre se quema... —advirtió Amanda, colocándose bien un tirante.

—No hay peligro ninguno porque los dos tenemos las cosas muy claras —comentó Alicia, mientras terminaba su helado.

—Exacto, Salcedo y yo tenemos las cosas clarísimas... —farfulló Mario que, tras ver de nuevo cómo su empleada se pasaba la lengua por los labios, tuvo un pensamiento de lo más sucio.

—Creo que no sois conscientes de los riesgos: es verano, es Ibiza, la carne es débil, del odio al amor hay un paso... —insistió Amanda.

—Chica, deja de soltar topicazos, además Mario y yo ni nos odiamos... Tenemos una relación laboral, adulta y madura, o sea que todo bien. No seas pelma, Amanda.

—Es tan adulto y tan maduro este teatrillo que estás montando... —ironizó su amiga, mientras Mario clavaba la vista en la ventana con vistas al mar, para dejar de pensar en todas las cerdadas con mayúsculas que se le estaban viniendo a la mente, de solo ver cómo Salcedo se estaba comiendo ese maldito helado.

—Pues sí que lo es —replicó Alicia, convencida—. Es gestión estratégica del cambio y es también amor propio, dignidad, autoestima, empoderamiento... ¡No voy a permitir de ninguna manera que ese cabrón se vaya de rositas después de lo que me hizo! No voy a darle el gusto de que me vea llorando por las esquinas...

—Bueno, yo solo os digo que tengáis cuidado, que se empieza metiendo la cucharita y se termina...

Mario tosió, nervioso, solo de pensar que la recepcionista era tan intuitiva y

sabía que le estaba leyendo el pensamiento.

—¡Se termina como se ha empezado! —afirmó Salcedo—. Es solo un plan estratégico de acción y un intercambio de talentos. Él ejerce de novio y yo le voy a hacer una evaluación del estado y funcionamiento del hotel.

—Si lo peor que puede pasar es que acabéis enrollados y luego a ver cómo lo gestionáis a la vuelta. Porque tú eres de darlo todo, te vas a enamorar de tu jefe, y por dar en los morros a tu ex, va terminar siendo peor el remedio que la enfermedad... —comentó Amanda, poniéndose de pie.

—Por favor, no seas trágica. Esto está totalmente controlado, además nosotros nos somos totalmente indiferentes. No sentimos nada el uno por el otro. ¿Verdad Mario? ¡Es que ni atracción!

Mario que seguía con la vista puesta en la ventana, y que no pensaba apartarla de ahí hasta que Salcedo se terminara el puñetero helado, mintió:

—Nada, no sentimos nada de nada. Tú, tranquila, Amanda.

—Somos compañeros de trabajo y punto —concluyó Alicia, que por fin se terminó el helado.

—De momento, porque tanto va el cántaro a la fuente que al final... —advirtió Amanda, tras colgarse un capazo de paja redondo enorme en el hombro.

—Este cántaro es irrompible. Te lo garantizo 100% —aseguró Alicia.

—Si tú lo dices, chata. Bueno, yo me voy que no puedo más, ¡me está esperando el hombre de mi vida! ¿Os venís?

Alicia y Mario asintieron, sin saber que aquello no acababa más que empezar...

## Capítulo 10

Cuando Amanda bajó al bar, aferrada a la ficha verde que le habían dado en la recepción para canjear por cuantas bebidas quisiese, previo depósito de dos euros, y con todo temblando incluso las pestañas, casi se cayó del pasmo, cuando comprobó que Michael estaba más bueno que nunca.

Las fotos que tenía colgadas en las redes no le hacían ni la más mínima justicia, porque ese tío estaba infinitamente mejor al natural. Rubio, alto, fuerte, bronceado, camisa negra un poco abierta remangada al codo, sonrisa perfecta y una presencia con un poderío sexual tal que la pobre Amanda se quedó sin aliento.

Y estaba sola, frente a él, porque Alicia y Mario se habían subido a ponerse los bañadores, y para más horror ya solo tenía una persona delante y a Michael no le quedaría más remedio que reencontrarse con ella.

Porque hasta entonces, Michael había estado concentrado preparándole un combinado a un señor de Manchester de sesenta años que llevaba borracho desde de las diez de la mañana...

O eso pensaba, porque lo que Amanda no sabía era que Michael se había percatado de su presencia desde el primer momento que había descendido por la escalera hasta el bar, ya que él no era de los que olvidaba unas piernas. Y menos unas piernas que le habían vuelto tan loco como lo había hecho Amanda.

*Amanda había vuelto, ¿para qué?*, se preguntó, con un nudo en el estómago que hasta le impedía respirar bien, intentando mantener el tipo.

—¡Hola, quiero una piña colada! —pidió Amanda, muerta de nervios, en

cuanto el inglés se marchó tambaleándose con el combinado en la mano.

Michael la miró a los ojos y tuvo que pestañear para convencerse de que no estaba soñando.

*Amanda estaba allí y le estaba mirando como siempre...*

—Perfecto, *lady* —dijo con todo el aplomo del que logró hacer acopio y se dispuso a prepararle la bebida.

Al escuchar la palabra “*lady*”, Amanda no pudo evitar suspirar, largo y profundo. Michael lo escuchó, pero hizo como si nada y se concentró en la piña colada.

Amanda se fijó en las manos de Michael, esas manos anchas y fuertes, que habían estado por todo su cuerpo y volvió a suspirar.

—Su piña colada, *lady* —habló con ese acento de guiri checo que a Amanda le gustaba tantísimo.

—Muchas gracias, Michael... —musitó entregándole la ficha que llevaba en la mano.

Al sentir otra vez el tacto de la mano de Amanda, Michael se estremeció por completo y le dio tanta rabia que lanzó la ficha a la caja donde las guardaban, como si aquello ardiera...

Aunque el que ardía era él, le ardía todo y se sentía fatal. *¿Cómo podía seguir provocándole todo eso, Amanda?*, se preguntó ofuscado.

—¿Todavía recuerda mi nombre? —preguntó Michael con el ceño fruncido.

—¿Por qué crees que he vuelto? —replicó Amanda, tras dar un sorbito a la piña colada.

—Siempre le gustó Ibiza... Es normal que vuelva... —replicó Michael encogiéndose de hombros.

—Me equivoqué —se sinceró Amanda, que no podía soportar la mirada de Michael, cargada de reproche, de pena, de enojo.

—¿Quiere algo más, *lady*? —inquirió apretando fuerte las mandíbulas.

Amanda con los ojos llenos de lágrimas, y triste como no recordaba, respondió:

—No me llames más de usted, Michael. Joder, soy yo... Vale que lo hice todo fatal, pero tutéame, coño...

Michael pensó que no era que lo hubiese hecho todo fatal, es que sencillamente le había desgraciado la vida. Y no exageraba...

Después de ella, había conocido a muchas chicas, demasiadas tal vez... Pero ninguna como ella, tan loca, tan espontánea, tan descarada, tan alegre, tan sin importarle una mierda lo que los demás pensarán de ella, tan diferente a todas... La luz hecha carne y qué carne, porque esa mujer le había puesto como ninguna...

—Eso es pasado y en mi tierra decimos: pasado, pisado —habló Michael, mirando a los ojos verdes de Amanda que brillaban como nunca.

—Pues mi pasado contigo fue de puta madre, jamás lo pisaré...

Michael pensó que cómo podía tener tanta caradura de decir eso, cuando con su rechazo hizo trizas todo...

—¿Está segura, *lady*? —preguntó Michael, echando chispas por los ojos de enojo.

—¡Joder, Michael, que no me llames de usted! Ódiame todo lo que quieras, pero tuteándome...

—No te odio —dijo Michael, con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero te soy indiferente... —matizó Amanda, mordiéndose los labios.

Y ese gesto a Michael le trajo tantos recuerdos, que la sangre entera le ardió... Y es que para su desgracia, esa chica jamás podría serle indiferente. Era una cuestión de piel, de mirada, de olfato, era algo primitivo y salvaje, era una atracción brutal, irremisible, que hacía que quisiera desnudarla a todas horas, follarla hasta quedar exhausto y luego protegerla, cuidarla, mimarla...

Solo esa mujer sabía sacar al cromañón de la caverna que llevaba dentro y

al tío moñas que se esforzaba por dárselo todo, por cenar con velas, por hacerle un maldito masaje de pies con la crema de coco que tanto le gustaba...

Y estaba de vuelta...

*Por qué... Por qué a él...*

—¿Qué es lo que quieres, Amanda? —se limitó a decir muy serio.

—Al menos recuerdas mi nombre.

—Respóndeme, ¿para qué has vuelto? —habló más ofuscado todavía, apretando fuerte los puños.

—Después de la pifiada, me arrepentí. Pero me bloqueaste el móvil, en las redes sociales y no respondiste a ninguna de las cartas que te escribí.

Michael había decidido cortar el contacto porque había acabado aceptando con todo el dolor de su corazón que lo suyo no podía ser. En el fondo Amanda tenía razón, su vida estaba en España... Lo suyo no habría salido bien de ninguna de las maneras.

—Cuando se dice no, es no. No creo en los arrepentimientos... —aseveró Michael, con dureza.

—Porque eres un terco de mierda y que sepas que si no me planté en Praga para llamarte de todo menos bonito, fue porque mi hermano se quedó en paro y tiene tres hijos. Lo poco que podía ahorrar, se lo pasaba a ellos...

—Hiciste bien en ayudar, Amanda...

—Aunque lo que te acabo de decir es mentira —reconoció Amanda—, no me refiero a lo de mi hermano, que lo pasó fatal pero que gracias a Dios ya encontró trabajo, sino a lo de bonito.

—¿Qué pasa con eso?

—Que te habría dicho bonito, macizo, tío bueno, fóllame entera y hazme gemelos, porque estás de toma, pan y moja, Michael. Pero no pude plantarme en Praga por lo que te digo... Sigo ganando una porquería y pagando un pastón por una habitación enana, matando por un cupón de descuento del

supermercado y pareciéndome un lujo un bolso de saldo del Primark.

—Da igual, Amanda. Ya todo eso quedo atrás... —dijo Michael, dando un manotazo al aire y poniéndose a colocar unos vasos que acababan de traerle limpios.

—No, no da igual. Quiero que sepas que nos tocó un pellizco de lotería en Navidad y que en lo primero que pensé fue en ir a buscarte. Mi primer impulso fue irme a Praga en Nochebuena, pero como mi jefe no me daba más que cuatro días de vacaciones y tú eres un cabezón de pelotas, y sé que como poco voy a necesitar el doble para que me perdones, decidí venir a Ibiza en verano...

—¿Qué te tengo que perdonar? No hay nada que perdonar, Amanda. Está todo bien, así como está. Te veo estupenda con tu vida y yo estoy de maravilla con la mía...

—Joder, Michael, yo estoy bien pero te necesito para estar de puta madre. Han pasado cuatro años y no te olvido... Eso es por algo... Creo que eres el jodido amor de mi vida y he venido a luchar por ti —confesó tras dar otro sorbo a su piña colada.

Michael respiró hondo porque esperaba cualquier cosa de la vida menos que Amanda regresara para declararse de esa forma y, bloqueado como no recordaba, solo pudo decir:

—Si no deseas nada más, voy a seguir trabajando. Que tengas una buena tarde, *lady*.

Y se marchó a un cuartito donde guardaban las bebidas, mientras Amanda pensaba que ahora más que nunca, no iba rendirse...

# Capítulo 11

Alicia y Mario bajaron a la piscina y se encontraron con que Amanda se había quedado dormida en una hamaca, debajo de una palmera, con la piña colada en la mano.

Ellos cogieron sendas hamacas que estaban apiladas a su lado y las colocaron bajo una sombrilla blanca que Mario abrió con cierta dificultad...

—Esto está duro de cojones, apunta Salcedo que hay que ser Hulk para abrir una puta sombrilla —le exigió Mario—. ¿Cómo es que nadie se ha dado cuenta?

Alicia que acababa de percatarse de que su ex estaba mirándola desde otra hamaca en el otro extremo de la piscina, le dijo a Mario, entre dientes, y forzando una sonrisa enorme:

—Tomo nota, pero quita esa cara de avinagrado que Oliver nos está mirando...

—¿Y qué cara tengo que poner si veo que tenemos unas sombrillas que no hay forma humana de abrir? —replicó Mario frunciendo el ceño.

—Deben tener algún truco... —contestó Alicia, sin dejar de sonreír.

—Sí, como el de la puerta. Resulta que nos hemos gastado un ojo de la cara en poner puertas nuevas en las habitaciones y para que queden bien cerradas hay que dar unos porrazos tremendos...

—Pero ya te ha dicho, Maru, la camarera de planta, que con el truquito de cerrar con el picaporte bajado no se hace ruido ninguno...

—¡Esto es de traca! ¿Cómo va a estar el cliente pendiente de cerrar la puerta con truquito? ¡Y más teniendo en cuenta que la mitad de nuestra

clientela está borracha perdida! De verdad, que este hotel es un despropósito completo...—bufó Mario, que seguía peleándose con la sombrilla.

Fue entonces cuando apareció María Jesús la socorrista, una chica delgada y fibrosa, con una sonrisa amable:

—¡Hola, Mario! ¿Qué tal estás? ¡Espera que te ayudo, lo de la sombrilla es más maña que fuerza!

Mario saludó con dos besos a la empleada que trabajaba con ellos desde hacía siete años, y en un par de segundos abrió la sombrilla, como si aquello fuera la cosa más sencilla del mundo.

—¿Esto pasa con todas las sombrillas del hotel o solo con esta?

—Con todas —respondió María Jesús, encogiéndose de hombros—, pero no pasa nada, yo estoy siempre al tanto... Me alegro de verte, Mario, me voy a la otra piscina que tengo a un tío que se ha metido de todo y no quiero quitarle ojo de encima...

Mario se despidió de la socorrista y Alicia le preguntó mientras se tumbaban en las hamacas:

—¿Solo hay una socorrista para las dos piscinas?

—Sí, en este hotel, como en todas partes, una persona hace el trabajo de tres. Son los tiempos que nos tocan vivir... Y antes de que me llames explotador capitalista, te recuerdo que yo trabajo por quince y tú bien que lo sabes, Salcedo.

—Y yo por dieciséis, pero esto es demasiado grande para una sola socorrista. ¿Has visto la cara de agobio que tiene la pobre? Ha sido muy gentil y servicial, pero se la ve estresada...

—Toma nota de todo, que le voy a encasquetar a mi hermano tal informe que no le va a quedar más remedio que ponerse las pilas de una vez.

*Y si de paso se encolerizaba un poco más y Sacha le mandaba definitivamente a la mierda, mejor que mejor, pensó pero obviamente no se*

lo dijo a Salcedo, porque *seguro que iba a parecerle un manipulador, un mezquino y un rastrero. Y puede que hasta tuviera razón, pero el amor de su vida bien merecía todo eso y más...*

—El caso es que todo funciona bien y el personal es tan atento y tan majo. Mira, Maru, nos ha resuelto lo de la puerta en un periquete y encima nos ha invitado a una fiesta flamenca en el yate de un diseñador.

Maru además camarera de planta, era bailaora flamenca y actuaba en fiestas privadas por las noches, siempre que podía.

—Porque necesitarán palmeros para darle más marcha al diseñador.

—El diseñador le ha dicho que puede invitar al yate a todos los amigos que quiera...

—A los amigos flamencos, obvio, para hacer más ruido. ¿No se te habrá pasado por la cabeza ir a esa fiesta, Salcedo? Te recuerdo que nosotros, los no flamencos, no sabemos dar palmas...

Alicia no pudo evitar echarse a reír...

—Relájate que tienes un personal de lo más gentil y artista y mírame con cara de enamorado, anda...

—Joder, qué coñazo. No tengo ganas... Además me quema la sangre de estar aquí parado... No recuerdo cuándo fue la última vez que estuve tumbado en una hamaca... Soy un hombre de acción, Salcedo, me aburre soberanamente no hacer nada —reflexionó Mario, mientras se revolvía en la hamaca.

—Tenemos un trato, lo siento si te aburre, pero tienes que hacerte pasar por mi enamorado, si es que quieres ese informe, claro...

Mario resopló, giró la cabeza y se puso a mirar a Salcedo como si tratara de hipnotizarla...

—*Cari, chiqui, mon amour, fififi* —masculló, mientras rozaba con el pie el tobillo de Salcedo.

—*¿Fififi?* ¿Por quién me has tomado? ¿Por tu gata? Además se te ve tan

rígido... ¡Suelta el cuerpo! —le exigió mientras Alicia, le lanzaba un beso.

—¿Cómo no voy a estar rígido si esto es patético, Salcedo? —protestó Mario, hablando entre dientes y más rígido todavía.

—Calla y dame la mano —ordenó Alicia, tendiéndosela.

Mario cogió la mano de Salcedo y sintió como un latigazo interno que para él solo podía significar un mal presagio.

—Me da yuyu... —murmuró Mario, soltando la mano y erecto otra vez.

—Joder, no me hagas esto, que Oliver no nos quita ojo de encima. No seas aprensivo, ¿cómo te va a dar yuyu que te coja la mano? ¡Yo no doy mala suerte! Venga, trae. Cierra los ojos y te duermes... Es muy sencillo...

Alicia volvió a coger la mano de Mario y él cerró los ojos porque aquello le estaba doliendo demasiado, sobre todo en la entrepierna, incomprensiblemente, pero sí... Justo en ese punto... Y Mario se sintió tan mal, que aguantó con la mano cogida a la de Salcedo cinco minutos y luego se puso bocabajo, a ver si así lograba sofocar aquello... En vano, porque se quedó dormido y tuvo tal sueño *hot* con Salcedo, que en cuanto se despertó casi una hora después, tuvo que lanzarse de cabeza a la piscina para ver si lograba borrar hasta el más mínimo recuerdo de la pedazo de guarrada con la que acababa de soñar.

Llegados a ese punto, Alicia no se lo pensó dos veces, y como vio que Oliver seguía ahí, como un búho sin dejar de mirarla, se tiró detrás de Mario al grito de:

—¡Espérame, mi amor!

Alicia se tiró de pie y al hacerlo se le salió una teta, gajes del bañista:

—Salcedo ¡por lo que más quieras! ¡Tápate esa teta! —exigió Mario en cuanto la vio, como si aquello fuera algo abominable.

—Solo es un pecho, no te pongas así... —susurró Alicia, con esa sonrisa de enamorada pelma que ponía para dar celos a su ex, al tiempo que se cubría el

pecho.

Lo que Mario no sabía era que Alicia no tenía esa cara de mema por el plan de dar celos al cretino de Oliver, sino por ver el torso desnudo de su jefe que estaba como un cañón.

No sabía cómo tenía ese cuerpazo si se pasaba el día en la oficina, pero Lord Cactus *tenía unos pectorales tremendos y unos abdominales marcados lo justo como para recorrerlos con la lengua*, pensó para su asombro. Luego, recordó que era verano, que el calor derretía el cerebro, que era normal que le asaltaran esos pensamientos y se quedó más tranquila.

Y Mario, entretanto, pensaba que *cómo no se iba a poner así, si le estaban entrando ganas de meterse esos pezones duros en la boca y empotrarla contra el fondo de la piscina*.

—Voy a hacer unos largos... —masculló erecto perdido.

—Déjate que no es momento de hacer deporte. Ven aquí y dame un abrazo...  
—canturreó Alicia, colgándose de su cuello.

—Joder, Salcedo, no me extraña que te haya dejado ese tío. Eres la novia más pesada que he conocido en mi vida... —bufó Mario, mientras le clavaba tal erección en el pubis que la chica se quedó estupefacta.

Lo mejor, o tal vez lo peor, fue que la cosa no fue más allá, porque una señora con pituda chilló desde la otra piscina pidiendo socorro y los novios postizos tuvieron que separarse...

## Capítulo 12

La socorrista, con ayuda de Michael, sacó al joven que iba pasado de alcohol y de coca, y que había caído a plomo a plomo la piscina, en tanto que Mario presenciaba la escena de lejos, porque no se atrevía a salir del agua.

Alicia en cambio con la excusa de ver qué era lo que sucedía, huyó hasta la otra piscina y no se movió de allí hasta que llegó una ambulancia y se llevó al joven grogui.

Luego, Alicia se tumbó en una hamaca junto a Amanda y tomó notas de todo lo sucedido en el móvil para el informe, al tiempo que su amiga se retocaba el maquillaje delante de un espejito, antes de volver otra vez a la barra...

—Mario tiene que estar muy orgulloso del personal de su hotel, la socorrista y el resto del personal han resuelto esta incidencia con gran profesionalidad —comentó Alicia, en un tono de analista.

—Calla, que cuando he visto que Michael se quitaba la ropa y saltaba en calzoncillos para ayudar a la socorrista a sacar a ese guiri borracho de la piscina, casi me da un pasmo. ¡Y pensar que yo he estado debajo de ese cuerpo! —recordó atusándose una ceja con el dedo.

—Amanda, no seas frívola...

—Dirás que no está bueno.

—Más que eso, pero vamos hemos pasado unos momentos de angustia tremendos...

—Michael es un superhéroe, lo mismo te sirve un combinado que ayuda a la socorrista a rescatar a un guiri puesto de todo...

—El tío estaba fatal, esa pobre chica no podía sacarlo sola de la piscina...

—Pero Michael puede con eso y con más, pues no me levantaba a mí bien en alto y me hacía unas comidas de chichi que ni imaginas...

—No, no imagino, ni quiero imaginar. Y de verdad que no estoy para frivolidades...

—No, claro, y me lo dice la tía que se dedica a hacer teatro barato con su jefe. Por cierto ¿qué haces que no estás con él, jugando a la novia tan feliz como cachonda?

—Somos unos novios modernos y libres, no hace falta que estemos todo el día pegados... —mintió Alicia, porque después de lo sucedido con anterioridad, tenía pavor a entrar en la piscina, donde Mario seguía chapoteando, y que se le volviera a clavar esa cosa.

—Pues el cabrón del Oliver no te quita ojo... Cómo son los tíos estos cerdos, no hay nada como pasar de ellos, para tenerlos ahí babeando...

—¿Tú crees? —preguntó Alicia, después de que terminó la nota y se percató de que tenía un wasap de Oliver.

—Ya te digo, tía.

—Anda, mira, pero si me ha enviado un wasap: *Pareces otra, Ali, ni te reconozco. ¿Dónde está la chica que conocí y qué haces con ese cretino de tu jefe? Los rollos de oficina nunca acaban bien* —leyó Alicia en voz alta, con los ojos como platos.

—¿Ves? ¡Lo que te decía! Trae para acá el móvil, que le voy a responder a ese cabrón como se merece.

—Ni se te ocurra. No pienso entrar al trapo de nada.

—Ali, que este es el tío que te dejó con un wasap de mierda, sin darte ni la más mínima explicación, y que después desapareció de tu vida como por arte de magia.

—¿Y?

—Que lloraste océanos enteros, tía, que ese puerco se negó a responder a

llamadas y mensajes, que tuvimos que subir a su casa cuatro jueves, aprovechando que el señorito jugaba al pádel, para sacar todas tus cosas...

—Por eso voy a darle de su propia medicina: no pienso responder a sus wasaps, ni loca...

—No te tenía que haber hecho caso y debía haber llevado al perro de mi vecina para que se lo cagara todo, pero bien cagado, hasta los calzoncillos...

—Esto parece que le está haciendo más pupa —dijo levantándose y cogiendo la toalla de Mario para acercársela al borde la piscina, en plan novia solícita.

—¡Déjate de toallas y dale un morreo! ¡No se merece otra cosa! Ahora que yo no me canso de advertírtelo, te vas a quemar tía, que Mario está muy bueno...

—Tranquila que yo controlo...

—Que si acaba en polvazo, genial: eso que te llevas para el cuerpo. Pero tú no sabes follar a secas, tú follas con el corazón, y vas a terminar hasta las trancas de Lord Cactus... —le recordó Amanda, levantándose de la hamaca para ir a por otra piña colada.

—Qué pesada, Amanda. Que no va a pasar nada de eso, jamás podría enamorarme de un tío como Mario, de verdad. Es mi antihombre, tiene todo lo que más puedo detestar en una pareja...

—Pues yo veo a un tío con carácter, carisma, determinación, coraje, que está más bueno que el pan... Qué quieres que te diga, Ali...

—Llevo tres años currando con él y lo tengo clarísimo: no le soporto.

Y sin más, Alicia se acercó al borde de la piscina, mientras Amanda regresaba a la barra otra vez...

—¡Hola, Michael! ¡Me he quedado alucinada antes con lo del guiri borracho!

Michael cogió un vaso y, mirándola muy serio, le preguntó:

—¿Lo de siempre, *lady*?

Amanda suspiró y, con los ojos muy brillantes, respondió:

—Podría volver a ser lo de antes, si tú quisieras...

—¿Una piña colada, entonces? —inquirió con ese acento guiri que a Amanda le parecía tan *sexy*.

—No hablo de bebidas, hablo de ti y de mí. Joder, Michael, lo que vivimos fue muy fuerte...

Michael le retiró la mirada y se concentró en prepararle la piña colada, que dejó finalmente sobre la barra, susurrando:

—Tú lo has dicho, fue. Y ahora, si no te importa, voy a atender al señor...

Amanda comprobó que había un señor detrás de ella esperando su turno, tomó la piña colada y volvió a su hamaca, pensando que la reacción de Michael estaba dentro de lo previsto.

Sabía que iba a ser un hueso de roer, *pero ya caería... Vaya sí caería...*

Entretanto, Mario acababa de salir del agua y su amiga colocaba sobre los hombros de su jefe, con mimo y cuidado, la toalla que le había acercado hasta el borde de la piscina:

—Estás todo arrugadito mi amor, pareces una chufa... Mira que te gusta el agua, *cari* —dijo vocalizando bien para que Oliver, que seguía sin quitarle la vista de encima, con la Callo Seco al lado que ojeaba una revista, pudiera enterarse bien de lo que decía.

Mario pensó que precisamente porque tenía algo que no había manera de que se arrugara, no había podido salir del agua hasta ese justo instante, pero obviamente no se lo dijo, y replicó:

—Hacía tiempo que no estaba tan ocioso y estoy a punto de colapsar... —gruñó Mario, secándose las gotitas de agua que le caían por la frente con la punta de la toalla.

Y la verdad era que estaba a punto de colapsar por pasarse la tarde sin

hacer nada y por culpa de Salcedo que *inexplicablemente le ponía como una moto. Ver para creer.*

—Tranquilo grandullón... —replicó Alicia, cogiéndole por los hombros y luego deslizando las manos por la espalda de ese tío cañón, para calmarle.

Sin embargo, ese gesto a Mario para lo único que le sirvió fue para ponerle histérico...

—¡Salcedo, ya está bien! Ya me seco yo solo... —exigió apartándose un poco de ella, dando un paso atrás.

—No, no, no...

—¿Qué no, qué? —inquirió Mario, restregándose la toalla por el pecho.

Alicia se quedó con la vista puesta en esos megapectorales y farfulló, alucinando con lo que estaba viendo:

—Madre mía...

—¿Madre mía, qué? ¡No te entiendo para nada, Salcedo!

Antes de que ese tío arruinara de pronto su plan, Alicia se pegó a él y le cuchicheó al oído, tapándose la boca con las manos, para que Oliver no pudiera leer sus labios:

—Coño, el plan... No te apartes de mí, que está Oliver mirando... ¡Haz como si te murieras de deseo y amor por mí! ¡Tenemos un pacto, joder!

Y tras decir estas palabras, Mario estaba tan ansioso por perder de vista a Salcedo que la cogió por el cuello, le mordió los labios y los besó con fuerza. Alicia, muy metida en el papel, entreabrió los labios, su jefe le metió la lengua hasta la campanilla, luego volvió a morderle los labios, le dio una sonora palmada en el culo y le gritó:

—¡Y ahora, a la habitación, a follar con *amoooooooooor!*

## Capítulo 13

Mario condujo de la mano a Alicia, que todavía estaba alucinada con el beso, hasta su habitación y tras abrir la puerta, dijo:

—He estado de Óscar, ¡no me digas!

—Madre mía, se te ha ido un poco de las manos...

—¿Qué dices? Te he dado justo lo que me estabas pidiendo... —replicó Mario muy satisfecho con su beso, tanto que incluso se había venido arriba otra vez.

—La frasecita final te la podías haber ahorrado, era un poco ordinaria. No te pega para nada decir esas cosas, eres Lord Cactus, estirado, recto, sin corazón... —repuso Alicia, mientras pensaba que además de todo eso, besaba de maravilla.

Mario al escuchar aquello, frunció el ceño y bufó:

—Tú no sabes nada de mí, Salcedo. Pero nada de nada...

Y se metió en su habitación dando un portazo, más que porque estuviera cabreado, que no lo estaba porque el beso a Salcedo le había dejado incomprensiblemente contento, porque las puertas nuevas que habían colocado eran una mierda. Por eso, abrió otra vez y cuando Salcedo ya corría hacia su habitación para evitar encontrarse con Oliver y Calló Seco, le pidió con su tono de jefe cabrón de siempre:

—Quiero en el informe lo de las puertas, escrito en negrita, cursiva y subrayado. ¡Se le va a caer el pelo al cerebro que se le ocurrió contratar esta mierda!

Salcedo asintió con la cabeza, levantó el pulgar y luego le recordó a su jefe:

—Nos vemos en la cena, en media hora, que quiero ir después a ver la puesta de sol.

Y corrió hacia su habitación, mientras escuchaba de fondo otra vez el portazo de Mario.

Ya en su cuarto y con el beso de Lord Cactus todavía colgado de sus labios, apareció Amanda con una cara de curiosidad tremenda:

—¿Te lo has tirado con amor? Jajajajajajaja.

Alicia se dejó caer en la cama y, hundiendo la cara en las manos, susurró:

—¡Qué vergüenza, madre mía! Menos mal que la mayoría de la gente que había en la piscina no hablan nuestro idioma...

—Perdona, pero el beso que te ha plantado y la nalgada se entienden en todas las lenguas. Jojojojojo.

—Qué mal, qué mal, qué mal...

—¿Pero por qué? ¿Le huele el aliento, la lengua es flácida, segrega toneladas de saliva? —preguntó Amanda, con cara de asco.

—No, besa bien, mejor que bien. Vamos que besa de puta madre. Pero es que lo de follar con amor, así a gritos, como si fuera el guión de una película porno de las malas ha sido de un patético...

—Qué va, qué va. Además todas las pelis esas son malas, quiero decir que la gente no consume porno por los guiones. Y tenías que haber visto la cara de Oliver, por poco no se cae de la hamaca...

Al escuchar aquello, a Alicia se le cambió el semblante y, con una tímida sonrisa, preguntó:

—¿Tú crees que ha colado? ¿No ha quedado demasiado sobreactuado? Oliver sabe que Lord Cactus es insoportable, frío y despiadado...

—Hala tía, no te pases, es un jefe exigente pero tiene su corazoncito, es normal que quiera follar con él también. Jajajajajajajaja.

—¿De verdad que tú crees que se lo ha tragado? Si estoy haciendo el

ridículo dímelo, te lo ruego. Lo que menos quiero parecer es una tía patética y despechada que utiliza a su jefe para urdir una venganza absurda.

Amanda se mordió los labios y luego contestó:

—Tragárselo se lo ha tragado, porque estaba con la boca abierta y ya te digo que a punto de caerse de la hamaca. Pero tú estás cruzando unos límites que dudo que puedas manejar...

—¿Qué límites? —quiso saber, Alicia, arqueando una ceja.

—Los límites de que tu jefe buenorro te meta la lengua en el esófago y te dé palmadas en el culo, esos límites...

—Están totalmente controlados, porque obviamente no estaría aquí ahora mismo sino haciéndolo en su habitación. Los dos sabemos muy bien a lo que estamos jugando.

—¿Y el morreo que te ha pegado no ha cambiado absolutamente nada? ¿Estás segura? —insistió Amanda, mientras buscaba en el armario la ropa que se iba a poner para la noche.

—Besa bien, pero solo es un beso. No se me va a ir la pinza, por muy bien que bese...

—Como te bese unas cuantas veces más, ya veremos...

—Verás cómo no... Y ahora me voy a duchar que he quedado con Mario en un rato para la cena, así nos da tiempo a ir a ver la puesta de sol.

—Creo que me voy a poner esta cucada... —dijo Amanda, mostrando un vestido corto de rayas azules con triple volante en las mangas de Zara—, combinado con las sandalias fucsias de taconazo con tiras hasta la rodilla, para centrar más todavía la atención en mis piernas. A Michael le vuelven loco, mi plan es torturarlo hasta que caiga rendido a mis pies...

—¿Y cómo va el plan? —preguntó Alicia, justo antes de meterse en la ducha.

—Como esperaba, es terco como una mula. Sé que me va hacer sudar la

gota gorda para darme su perdón, pero ya sudaremos juntos después, ya. Porque como que llamo Amanda González te juro que Michael Holub volverá a ser mío —aseguró agitando al aire la sandalia fucsia.

—A ver si luego me lo presentas, bueno me voy a la ducha porque se nos va a hacer tardísimo.

Y se les hizo, porque media hora después, Mario estaba llamando a la puerta de la habitación, al grito de:

—Salcedo ¿dónde coño te has metido?

—Uy, tu novio *fake* te regaña como si llevaréis cuarenta años casados... Eso es que se ha quedado con ganas de más nalgadas... —bromeó Amanda, mientras se terminaba de pintar la raya del ojo.

—Es que vamos fatal de tiempo, tía.

Y corrió hasta la puerta en bragas y sujetador, por lo que la abrió y solo asomó la cabeza:

—Ya vamos, no nos queda nada.

—He bajado al comedor a la hora convenida y me he encontrado de bruces con Callo Seco y el otro que me mira con una cara como si le hubiera envenado al canario.

—Jajajajaja.

Y al partirse de risa, Alicia se echó para atrás y Mario pudo contemplarla perfectamente en ropa interior.

Mario al verla con un conjuntito de lo más *sexy*, que Alicia se compró una tarde de depresión para levantarse el ánimo, pensando que algún día se lo pondría para algún hombre que mereciera la pena, sintió un calor de lo más tonto...

*Solo era una mujer en ropa interior, se recordó, una mujer guapa, con boca de pato, bonitas curvas y piernas largas... Y encima era Salcedo, la empleada más pelma que había conocido en su vida. Su pesadilla oficial, la*

*analista digital que le mandaba wasaps a las cuatro de la mañana para decirle que tenía la clave de por qué no funcionaba el negocio de un cliente... Y encima la tía acertaba... porque Salcedo era brasas, pero una auténtica crack en lo suyo, la verdad sea dicha.*

*Pero ¿eso era para empalmarse? ¿Por qué narices cada vez que se encontraba con Salcedo se ponía firme como si fuera un adolescente en celo, si en la oficina jamás le había pasado?*

Muy enfadado, con su inesperada reacción fisiológica, replicó:

—A mí no me hace ninguna gracia, Salcedo. ¿Estás todavía sin vestir?

Alicia al percatarse de que Mario la había visto en ropa interior, entornó más la puerta hasta que casi no podía vérsela y respondió muy apurada:

—Ya vamos, un segundo por favor.

—Les he dicho que había bajado a comprobar si había burritos, ya que tú tenías un antojo. Y Callo Seco me ha preguntado que si te he preñado, que no le extrañaría para nada porque me encuentra muy alfa... ¡En qué líos me meto por tu culpa, Salcedo!

—Jajajajajajajaja. Un segundo y salimos...

## Capítulo 14

Alicia se puso lo primero que encontró en su armario y así le pasó que, cuando bajaban los tres en el ascensor, Mario le preguntó arqueando una ceja:

—Salcedo, un poco de coherencia en el guión. ¿No decías que ahora soy una esponja?

—¿Qué? —replicó Alicia, sin tener idea de qué estaba hablando Mario.

—¡Llevas un vestido con estampado de cactus, cuando le has dicho a ese tío que ya no soy Lord Cactus, sino Lord Esponja!

Alicia cayó entonces en la cuenta de que llevaba un vestido de tirantes estampado con pequeños cactus y empezó a partirse de risa:

—Los cactus son tendencia —explicó sin parar de reír—, te prometo que no pensé en ti cuando me compré el vestido. Jajajajajaja.

El ascensor se abrió y Mario dejó a las chicas que salieran, mientras decía:

—Odio los cactus y de verdad que no entiendo por qué me llamas así. Ni pincho, ni necesito poca agua, ni acumulo polvo...

—No, más bien tiene un polvo... —cuchicheó muerta de risa Amanda, al oído de su amiga.

Alicia no hizo ningún comentario al respecto del polvo que tenía su jefe, pero si le aclaró a Mario:

—No te lo tomes a mal, es solo un mote que se me ocurrió, sin más...

—Frío, seco, desalmado, borde... y a saber por qué me hiciste Lord... Menuda imagen tienes de mí, Salcedo —comentó cuando el ascensor se cerraba detrás de él.

Alicia se percató de que su jefe parecía molesto de verdad y decidió mentir

un poco, diciendo:

—Lord es también por tu elegancia, te queda muy bien todo lo que te pones...

—Sí, seguro que sí. Mira, déjalo y céntrate en tu *vendetta* que ahí tienes a tu ex otra vez, mirándome con cara de odio... —comentó Mario, en cuanto entraron en el comedor y se toparon con Oliver que estaba sirviéndose una cerveza en uno de los dispensadores.

—Buenas noches... —canturreó Alicia, enganchándose del brazo de Mario.

Oliver miró de arriba abajo a su ex y no daba crédito al verla vestida con ese estampado de cactus.

—Buenas noches, vaya si te gustan ahora los cactus —observó Oliver, tras dar un sorbo a su cerveza, porque de la impresión se le había quedado completamente seca la garganta.

—Los amo, además ahora hago colección. ¡De plantitas, obviamente! Porque mi cactus humano favorito y único es él... El vestido es un guiño a la adoración que le profeso —comentó Alicia, apoyando tiernamente la cabeza en el hombro de su jefe.

Mario sonrió exageradamente y luego se encogió de hombros:

—Me adora, soy tan afortunado...

—Genial —replicó Oliver, forzando también la sonrisa, pero sin que le saliera más que una mueca de lo más extraña—. Si no os importa, voy a terminar de cenar, vamos a ver la puesta de sol en Kumharas y queremos llegar antes de que se llene de gente...

—¡Qué casualidad! Nosotros también teníamos previsto ir, lo veníamos hablando en el ascensor. ¿Verdad, chicos? —preguntó Alicia.

—Sí, sí. Me apetece una barbaridad... —mintió Mario, porque detestaba la puesta de sol con gente y con música de bar de fondo. Él era más de disfrutarla en lugares tranquilos, escuchando a María Callas y con una copa de champán

Cristal Louis Roederer en la mano.

Lo que le dio por pensar que Salcedo después de todo tenía razón, porque en esas cosas sí que era un poco bastante Lord Cactus.

—Nos vemos allí... —se despidió Oliver, levantando una ceja y sin que le hiciera la más mínima gracia tener que ver cómo Alicia disfrutaba de la puesta de sol, en un sitio tan romántico, con ese gilipollas de Lord Cactus.

Luego, Alicia escogió una mesa un poco más allá de donde se encontraba su ex, para que no perdiera ripio de lo feliz que era con su jefe, y tras cogerse unas cuantas cosas del bufé, volvió a la mesa, donde ya estaban sentados Amanda y Mario.

—Toma, te he preparado un burrito... —le dijo Mario, aproximándolo a la boca de pato de Salcedo, que tanto le gustaba—. Abre la boca, mi amorcito...

Alicia abrió un poco la boca, con timidez, porque a pesar de que era teatrillo, Mario estaba mirándola con una cara de sátiro que parecía que aquello era de verdad.

—Tía, abre bien la boca, ¿no ves que el burrito es fálico total? Que ese cabrón piense que esto es la antesala de lo que te vas a comer luego... Venga, abre y traga... ¡hasta el fondo! —le exigió su amiga, entre dientes, para que Oliver no pudiera leerle los labios.

Alicia obedeció, abrió la boca y se tragó aquello hasta casi la arcada, fue una cosa tan brutal que a Mario le dolió:

—¡Madre mía! Un poco más y te llevas mi mano, Salcedo —murmuró Mario, quitando la mano y con calor repentino que le hizo alzar la cabeza buscando el aire acondicionado.

—¡Así se hace, nena! Jojojojojo. Oliver se ha quedado a cuadros, no se le ha caído la cerveza de la mano de milagro —comentó Amanda, tapándose la boca con la servilleta.

—Salcedo apunta que el aire acondicionado es una puta mierda, estoy asado

de calor... —le ordenó Mario.

Alicia no podía hablar, demasiado tenía con intentar tragar todo lo que se había metido en la boca, tanto que al final decidió, tras comprobar que Oliver no la estaba mirando, escupirlo en una servilleta.

—Yo estoy justo debajo del chorro del aire, si quieres te cambio el sitio —le sugirió Amanda.

—Yo también estoy bien, no hace calor... —añadió Alicia, tomando un sorbo de agua.

—Pues yo estoy achicharrado, tú apunta lo de aire...—exigió muy serio y rezando para que la imagen de Salcedo zampándose el burrito no le asaltara en las más terribles pesadillas.

Pesadilla por decir algo. Porque la boca de Salcedo era un sueño, un prodigio, una fantasía incendiaria. Pero *¿qué coño hacía él pensando en la boca de su empleada, como si fuera un jefe salidorro de una película porno? Además, él estaba en Ibiza por Sacha, a la que tenía pensado escribir en cuanto lograra librarse de la plasta de Salcedo...*

Tras la cena, se marcharon al Kumharas que estaba muy cerca de allí, solo había que caminar un poco, si bien cuando llegaron se encontraron con que estaban todas las mesas ocupadas...

Menos mal que una mano solidaria se alzó y una voz les gritó por encima de la música *chill out*:

—Chicos, venid con nosotros... ¡Os hacemos hueco!

Era Callo Seco, con una sonrisa enorme y sin dejar de mirar a Mario con una cara de hambre tremenda.

—Venga, vamos... —dijo Alicia, cogiendo la mano de Mario, con un ansia infinita de torturar a su ex.

—Están sentados delante del *dj*, yo paso, no soporto esa musiquita, me pone de los nervios... —advirtió Mario.

—Pero si es *dj* Horcajo, Mario, es buenísimo... —comentó Amanda, eufórica y marcándose un bailecito.

—No lo dudo, pero es que me jode muchísimo que me impongan cortinas sonoras. Para la puesta de sol yo prefiero algo más contundente... Mejor salgamos fuera a verlo, está todo lleno de cagadas de perros, porque los de la zona vienen a sacar a las mascotas, de hecho yo de pequeño venía a este lugar con Poseidón, pero prefiero estar entre cagarrutas que quedarme aquí dentro con esta música taladrante...

—¿Tu perro se llamaba Poseidón? —preguntó Alicia, entre risas, porque desde luego que bien merecido tenía lo de Lord Cactus.

—Sí, ¿qué pasa? —replicó Mario a la defensiva—. Era el dios del mar, tenías que haberle visto en el agua. Hubiese sido una aberración ponerle Canelo o Tinky Winky...

—Mario, es que mira qué taconazos llevo. No puedo caminar sobre esas rocas de ahí fuera... Si no te agobia mucho, preferiría que nos quedáramos aquí —comentó Amanda, mostrándole los taconazos de sus sandalias de tiras.

Mario se fijó en las sandalias y no le quedó más remedio que entregarse a lo inevitable:

—Pero que sea breve, os lo ruego...

—Gracias, amorcito —canturreó Alicia, mientras que con una mano hacía gestos a Callo Seco y Oliver—. ¡Ya vamos, gracias! —les gritó, eufórica.

Y Oliver bufó, revolviéndose en la silla...

## Capítulo 15

Como no encontraron más que dos sillas, después de buscar por todo el local, a Alicia no le quedó más remedio que contemplar la puesta de sol sentada en las rodillas de su jefe.

—Alicia, siéntate aquí, por favor... A mí no me importa estar de pie... —propuso Oliver, ofreciéndole la silla, porque no soportaba verla pegada a ese tío.

—Estoy fenomenal, gracias —replicó Alicia, poniendo el culo justo encima de la entrepierna de su jefe.

—Estarías mejor en la silla... —insistió Oliver.

—¡Oli, no seas pesado y siéntate de una vez! —le exigió su novia—. ¿Dónde va a estar mejor que en los brazos de su pareja?

—Eso es... —aseveró Alicia, con una sonrisa triunfante—, como en los brazos de mi *churri*, en ningún sitio...

A Mario lo de *churri* le dolió más que si le hubiera llamado *cabronhijodeputa*, ¡él no era *churri* de nadie! ¡En todo caso *churro entero*! Churrazo más bien, porque tener el culo de Salcedo en esa parte tan sensible de su anatomía, estaba provocándole auténticos estragos.

Así que decidió concentrarse en la puesta de sol, en los naranjas y rojos del cielo, y en cómo el sol descendía poco a poco de una forma tan mágica que parecía como si bailara alegre, ajeno a las miradas de todos.

—Dios mío, qué pasada... ¡Nunca he visto nada igual! —exclamó Alicia, fascinada, ya que además era su primera puesta de sol en Ibiza.

—Te lo dije, tía —musitó Amanda, retirándose dos lagrimones enormes, al

recordar la última puesta de sol que disfrutó en ese mismo lugar junto a Michael.

—Y yo también, me harté de pedirte que nos escapáramos algún *finde* a Ibiza, pero tú siempre tenías tanto trabajo... —le reprochó Oliver, crispado.

—Oli, cariño, que ya sabemos que esta tía te tenía aburrido. ¿Nos quieres dejar disfrutar de la puesta de sol? —le recordó Callo Seco.

—Es que prefería venir con él —repuso Alicia, dándose la vuelta y plantándole un beso en los morros a su jefe.

—Aburrido y cornudo. Ya ves... Chúpate esa mandarina... —comentó Callo Seco.

—Si me lo cuentan, no me lo creo —farfulló Oliver, mirando a Alicia perplejo.

—Lo mismo digo —dijo ella, cogiendo la mano de Mario y entrelazándola sobre sus muslos.

Y ese gesto improvisado, pequeño y tal vez a los ojos de cualquiera ridículo, le estremeció tanto a Mario, que hasta le entraron ganas de llorar.

Hacía tanto que nadie le cogía la mano de esa forma tan íntima y tan tierna a la vez que, a pesar de que sabía que era puro teatrillo, no había podido evitar emocionarse.

Emocionarse y erectarse, porque a medida que el sol seguía con su descenso rojo hacia el mar infinito, él estaba cada vez más erotizado y ya solo pedía al cielo que Salcedo no se percatara de nada.

Pero era imposible, porque aunque al principio Alicia creyó que lo que estaba clavándole su jefe en el culo era el móvil, enseguida se dio cuenta de que no, más que nada porque Lord Cactus se puso a hacer fotos con el iPhone y aquello continuaba sintiéndolo y cada vez más duro.

Pero Alicia no le dio la menor importancia, para ella era una reacción fisiológica normal que además le venía de maravilla para seguir mortificando

a Oliver.

Por lo que estuvieron así, sentados y cogidos de la mano, hasta que el mar naranja se tragó al sol, y todos rompieron en aplausos.

Mario aprovechó entonces para fingir que tenía que ir al cuarto de baño y así separarse un poco de Salcedo, antes de que se le siguieran pasando cosas extrañas por la cabeza y no solo calenturientas, que también.

Puesto que, y para su alucine más absoluto, cuando el sol ya casi agonizaba, le habían entrado unas ganas irremisibles de abrazar a Salcedo, de olerle el pelo, incluso de susurrarle al oído que pasara definitivamente de ese gilipollas y que todo iba a ir bien...

*¿Se podía ser más moñas y más absurdo?*, pensó. Él por nada del mundo podía permitirse sentir nada parecido, primero porque su corazón pertenecía a Sacha y segundo porque Salcedo era su empleada y él tenía como norma no tener jamás nada con gente de la oficina. Y menos con alguien tan fundamental en su empresa como Salcedo, su mano derecha, su analista *megacrack* responsable tanto de captar como fidelizar a una importante cantidad de clientes.

No, pensó, *él no estaba tan loco como para poner en peligro su empresa por culpa de un calentón romántico, en una puesta de sol con musiquita del infame dj Horcajo de fondo.*

Él tenía la cabeza sobre los hombros y los pies en el suelo, por eso había decidido apartarse de esa mujer que solo podía traerle problemas, de hecho ya se los estaba creando porque no sabía qué hacía empalmado como un pipiolo por un simple roce, así que lo más sensato era acabar con aquello cuanto antes y refugiarse en el baño.

Con lo que Mario no contaba era con que Callo Seco fuera a levantarse detrás de él, a colarse en el aseo de caballeros, a cerrar la puerta con pestillo y a proponerle con unos ojos de vicio que daban susto:

—Déjame que te la coma...

Allí no había nadie más, el aseo era solo para una persona y ahí estaban los dos, Mario agarrándose la pinga para no mear fuera y Callo Seco mirándole con ojos golosos.

—Por favor, sal y déjame mear tranquilo...

—No te voy a dejar tranquilo, porque eres mi asignatura pendiente —replicó ella poniéndose de rodillas.

Mario terminó de orinar y muy nervioso, apartó a esa mujer arrodillada ante él como si fuera un santo, para lavarse las manos...

—No sé qué broma es esta, pero no me gusta nada —gruñó mientras se lavaba las manos.

—En el colegio me gustabas mucho, Mario. Ya va siendo hora de que saldemos la cuenta que tenemos pendiente. ¿No te parece?

Mario que seguía sin recordar cómo se llamaba esa tía, se limitó a responder:

—Tienes a tu novio fuera esperándote...

—Le tengo exprimido como un limón, soy hipersexual, siempre lo he sido. Con un solo hombre no me basta... Necesito más, mucho más. Fóllame la boca, si lo estás deseando —susurró acercándose hasta él de rodillas—. Esa pavisosa es imposible que te llene, a ti te gusta lo bueno, Mario... Y yo lo soy, pruébame, que te va a gustar. No imaginas lo lejos que te puedo llevar con mi boca...

—Seguro que sí, a Australia, como poco, pero yo estoy bien servido... Gracias —dijo apartándose de ella y abriendo el pestillo de la puerta.

—¿No me hagas reír! ¿Bien servido? Esa tía es una calentapollas nada más. Os he observado un poco y ella no hace otra cosa más que ponértela dura y luego aire... ¿Por qué crees que Oliver me eligió a mí? Estaba aburrido de esa zorrita que nunca tenía tiempo para abrirse de piernas. Tú eres un tío de

verdad, Mario, y necesitas a una mujer de verdad para que te lo dé absolutamente todo... —musitó con unos ojos de loca tremendos, echándole la mano a la entrepierna.

Mario se zafó de ella, abrió la puerta y huyó de allí antes de que esa mujer acabara volviéndose loca de remate.

Nada más regresar a la terraza, vio cómo Alicia y Amanda estaban bailando junto a la mesa de dj Horcajo y se acercó hasta allí...

—Callo Seco ha estado a punto de violarme en los servicios... —le susurró a Alicia al oído.

Alicia abrió los ojos como platos y, muerta de risa, replicó:

—¡*Nooooo!*

—Ríete, pero me ha puesto la mano en la bragueta y la tía estaba empeñada en comérmela. Dice que es hipersexual y que con un solo tío no le basta... ¡He salido de allí por piernas! ¡Si no llego a estar listo esa tía se zampa enterito mi Calippo de fresa!

—Lo siento por ti, por el mal rato que habrás pasado. Pero que se joda ese cerdo, que menuda joyita de tía se ha llevado... —comentó Alicia, sin poder evitar partirse de risa.

—Qué situación, madre mía. Yo me piro ya, que he tenido bastante por hoy...

—Espera que nos vamos contigo, no olvides que soy tu novia... —canturreó cogiéndole de la mano y luego dándole un beso en los labios—. Es que Oliver nos está mirando... —le susurró al oído.

Y juntos, y de la mano, como dos enamorados más, se marcharon del Kumharas...

## Capítulo 16

Al regresar al hotel, porque Amanda quería pasarse otra vez por el bar hasta que Michael lo cerrara a las once, Mario se despidió de ellas:

—Me retiro ya, que he actuado suficiente por hoy.

—¡No te vayas todavía, Mario! Hay una actuación de un tío que toca canciones de los ochenta y los noventa... —le pidió Amanda.

—Madre mía, Amanda. Pensaba que me ibas a proponer un Amnesia, un Pachá, un Ushuaïa, pero un Peter Sanders cantando éxitos del año de la pera jamás...

—Eso, Peter Sanders, ¿le conoces?

—Desde que tengo memoria, ese gordo actúa en el hotel... Es bueno, lo mismo te canta por Nirvana que por Lionel Richie, pero te garantizo que tenéis planes mucho más interesantes que escuchar a Peter Sanders rodeadas de tíos que aprovechan el todo incluido, hasta el último minuto que cierra el bar, para ponerse hasta arriba de alcohol.

—A mí lo que me interesa precisamente es el bar, bueno más que el bar es Michael...

—¿Qué tal con él?

—Pasa de mí, pero entraba dentro de lo previsto. Sé que me lo va a poner muy difícil y lo entiendo... —confesó Amanda encogiéndose de hombros.

—Pues si os vais a quedar, te pido Salcedo que tomes nota de la actuación, el animador me da que es un vago de pelotas. Mira a ver si dinamiza a la gente y demás... El escenario he visto que es una cutrada, cuatro palos mal puestos y ocho luces de colores arriba... Y el sonido imagino que será otra basura...

—Quédate con nosotras y lo compruebas por ti mismo... —propuso Amanda.

Mario pensó que ya había tenido bastante con todo lo sucedido, como para arriesgarse a tener que pasar ni un instante más junto a Salcedo.

—¡Coño que vuelven! ¡No puedes irte, Mario! —exigió Alicia, histérica al ver que regresaban Callo Seco y Oliver.

—Sube conmigo en el ascensor, que yo me encargo de gritar que mis ansias de follarte con amor son insaciables —gruñó Mario, ofuscado.

Alicia muerta de risa, comprobó cómo su ex y Callo Seco, bajaban a la zona del bar y las piscinas, donde también se encontraba el escenario:

—Otro día me lo dices. Hoy necesito que nos vea cantando juntos cancioncitas de amor de los ochenta y los noventa, cogidos de la mano.

Mario que solo quería tumbarse en su habitación y escribir a Sacha, replicó:

—Ya nos han visto juntos mucho por hoy, Salcedo. No seas cansina...

—Se supone que estamos muy enamorados, ¿dónde vas a estar mejor que a mi lado escuchando temazos? —inquirió Alicia, que necesitaba a Mario a su lado, para terminar de amargarle la noche al cretino de su ex.

—Se me ocurren tantos sitios, Salcedo.

—Por favor, te lo suplico... Solo será una horita y te dejo libre...— aseguró, Alicia.

—Me dejas libre... ¡Y luego el jefe cabrón soy yo!

Alicia cogió a Mario de la mano y tiró de él, mientras decía:

—Venga, anda, que no te va a doler...

Y Mario se dejó llevar, a pesar de que le dolía y mucho, porque solo de sentir la mano de Alicia otra vez, le entró un estremecimiento súbito de lo más idiota.

Y mientras ellos se iban a la terraza a buscar una mesa desde la que disfrutar de la actuación y lo suficientemente cerca de Oliver para que no

perdiera detalle de nada, Amanda se puso en la fila para pedirle una copa a Michael.

Michael la vio enseguida y se puso tan nervioso que por poco no se le cayó el vaso de la mano en el que estaba vertiendo el whisky a un borrachín.

*Mira que era porfiada, pensó, pero él no estaba dispuesto a que le hiciera daño otra vez. Había sufrido demasiado para lograr sacarla de su corazón, como para permitir que esa mujer volviera otra a vez a su vida.*

Claro que el caso era que ya estaba allí, otra vez, con esas piernas tremendas que le volvían loco, su vestido corto, ese brillo en la mirada y ese descaro tan *sexy* que era una tentación para cualquiera, pero sobre todo para él.

Porque a pesar de que se había jurado a sí mismo que jamás volvería a tener nada con Amanda, ahora que había vuelto de lo único que tenía ganas era de besarla con todas sus fuerzas y hundirse muy dentro de ella.

*Pero solo era deseo, algo que podía controlar perfectamente, y nada más, se recordó. Porque ya sabía a la perfección cómo era la verdadera Amanda y no estaba dispuesto a caer en sus garras otra vez.*

—¡Buenas noches, Michael! Quería saber si podíamos hablar luego, cuando termines. Y también un mojito, por favor...

Michael se dispuso a prepararle el mojito, sin decir absolutamente nada y solo cuando lo colocó sobre la barra, susurró:

—Aquí tiene, *lady*.

—Gracias, y ¿respecto a lo otro, qué me dices? Solo te estoy pidiendo que hablemos un rato.

Michael se pasó la mano por la frente, resopló y replicó:

—No hay nada que hablar, Amanda. Lo que pasó, pasó... Disfruta de tus vacaciones y olvídate de mí.

—Joder, Michael, ¿cómo me voy a olvidar de ti? ¡Estoy aquí por ti, que no

te enteras!

Michael apretó fuerte las mandíbulas y masculló:

—Llegas demasiado tarde. Y ahora, si me disculpas, tengo que seguir poniendo copas...

—¿Cómo que tarde? ¿Estás con alguien? —preguntó ansiosa.

—Estoy solo, pero para ti siempre será tarde...

Y se calló porque justo en ese instante comenzaron a sonar los primeros acordes de la canción *Always in my mind*.

—¿Escuchas? Es una señal —musitó Amanda con los ojos llenos de lágrimas.

—Me sé el repertorio de Sanders de memoria, es solo una canción —farfulló Michael, mientras cogía una servilleta de papel y se la tendía a Amanda—. Y ahórrate esas lágrimas de cocodrilo, que van a arruinar tu maquillaje...

—Me importa una mierda el maquillaje. ¡Joder, Michael! —exclamó cogiendo la servilleta de un manotazo—. ¡Permite al menos que hablemos!

Amanda enjugó sus lágrimas y Michael, que no pensaba ceder ni un milímetro, dijo:

—Solo estoy aquí para poner copas, no me pagan para hablar con los clientes. Buenas noches, *lady*.

Michael se puso a atender al señor que estaba guardando su turno detrás de ella y regresó con el mojito a la mesa, donde Alicia y Mario seguían la actuación con las manos entrelazadas.

—Me vas a desgastar la mano, Salcedo... —gruñó Mario y Alicia muerta de risa, le dio un beso en los labios.

—Y los labios y el cuello y la... —le dijo vocalizando bien, para que Oliver se enterara.

—Calla, por favor, calla... ¡Me estás poniendo nervioso con tanta moñada!

—le suplicó Mario, al que el corazón le estaba latiendo a mil.

—Iba a decir la vida...

—¿Vas a desgastarme la vida? ¿Cuál es tu plan, Salcedo? ¿Ponerme de los nervios hasta que acabe estallándome una arteria?

Alicia cogió a Mario del cuello con ambas manos, le planto otro beso en los morros y justo cuando la canción tocaba a su fin y todo el mundo estaba en silencio, gritó:

—¡Mi plan es quererte para *siempreeeeeeeeeeeee*!

El grito se escuchó alto y claro pero por si acaso los guiris no se habían enterado, Sanders, lo tradujo al inglés, al francés y al ruso...

El público entero rompió a aplaudir y Mario muerto de la vergüenza, levantó una mano para saludar, a ver si así dejaban de mirarlo.

—Joder, pero si es Mario Mondéjar —gritó Sanders, al percatarse de que era él—. Señores, déjenme que les cuente que el amor de esta joven tan bella es nuestro jefe, el hijo del dueño de este hotel, otro aplauso muy fuerte, por favor, y si tienen alguna queja, aprovechen que está enamorado... ¡Quién sabe si en una de estas les deja dos horas extras de barra libre!

La gente rompió a aplaudir, entre risas, y luego les dedicó *You're the first, the last, my everything* de Barry White, mientras Mario pensaba que qué había hecho para merecer eso...

## Capítulo 17

Cuando la actuación terminó, Alicia y Mario se fueron de la mano a la habitación, como si tuvieran algo muy urgente que hacer. Y ya arriba, se recogieron en sus respectivos cuartos...

Alicia esperó a que llegara Amanda, pensando en que aunque todo hubiese sido de mentira se lo había pasado genial, en la piscina, en la puesta de sol y con el momento de la canción dedicada que no había podido ser más romántico, aunque fuera todo falso.

Pero qué más daba, era una canción bonita, era verano y la había disfrutado mucho, sobre todo por la cara de panoli que se le había puesto a Mario mientras la escuchaba...

*No, si después de todo, Mario se había enrollado, pensó. Y había momentos que estaba tan metido en su papel que hasta parecía que sentía cosas por ella y todo, y no solo lo decía porque se hubiera puesto duro unas cuantas veces, sino porque la miraba de una forma como si de verdad tuviera sentimientos por ella.*

*¡Quién iba a decirle que Mario tenía dotes de actor! Pero vaya si las tenía...*

Tantas que Oliver se lo estaba tragando todo y cada vez lo llevaba peor, a tenor de la cara de amargura que se le estaba poniendo. *Que se jodiera, pensó, y encima tenía que cargar con la ninfómana de su novia, que estuvo mirando a Mario con ojos de vicio durante toda la actuación de Sanders.*

*Sin embargo, Mario era suyo, pensó con una sonrisita en los labios. Al menos, durante el tiempo que durara el teatrillo iba a serlo y además era*

*tan divertido...*

Lo que Alicia no sabía era que Mario estaba pensando lo mismo, si bien no lo encontraba tan divertido. De hecho, estaba empezando a agobiarle las cosas que estaba sintiendo por Salcedo, y no se refería solo a que se pusiera duro como el pedernal cada vez que su empleada le tocaba, como si fuera un Benny Hill cualquiera, es que cuando habían estado escuchando las canciones de amor cogidos de la mano, había sentido un cosquilleo por dentro, *casi tan desquiciante como Salcedo.*

Y no era que tuviera miedo a que aquello se le fuera de las manos, porque su corazón pertenecía Sacha, por supuesto, *es que aquello era tan ridículo que hasta le daba vergüenza sentirlo.*

*Era eso, sí, pensó. Vergüenza y solo vergüenza... Menos mal que en unos días ese teatro espantoso echaría el telón y volvería a ser como antes. Mejor dicho, como antes pero con Sacha...*

*La verdadera razón de todo, se recordó.*

Luego, se quitó la ropa, se metió desnudo en la cama, cogió el móvil y tras quedarse un buen rato mirando la foto de Sacha, como hacía cada noche, le envió un wasap:

*Buenas noches, Sacha. Ya estoy en Ibiza, estoy en el Cala Turquesa, dime cuándo nos vemos...*

Mario imaginó que Sacha leería el mensaje por la mañana, porque solía acostarse pronto, pero se equivocó porque al momento respondió:

*¡Buenas noches, Mario! ¡Qué bien que estés aquí! ¿Pero qué haces en el hotel? ¡Coge tus cosas ahora mismo y vente a casa! Las niñas están locas por verte y nosotros también...*

A Mario ese nosotros le chirrió muchísimo, pero pensó que por la costumbre de estar tantos años juntos, habría incluido a Tristán. Lo que tenía claro, era que ni borracho iba a compartir el mismo techo con Sacha, estando

su hermano presente. Por eso, escribió:

*Te lo agradezco mucho, pero estoy bien aquí. Cuando quieras quedamos para hablar de lo que me dijiste...*

Mario lo dejó ahí, no quería ser demasiado explícito, por si al memo de Tristán le daba por fisgonear el móvil de su mujer.

*Pásate por casa cuando quieras, aunque mañana por la tarde Tristán tiene una reunión con un proveedor importante...*

Mario tomó esa información como una invitación en toda regla...

*Mañana entonces. ¿A las ocho te viene bien?*

Al instante, Sacha respondió:

*Sí, cuando quieras. Es tu casa...*

Mario sonrió de oreja a oreja pues, después de tantos años de soledad y tristeza, por fin había llegado el momento que llevaba tanto soñando...

Y así, con una sonrisa feliz, de hombre que estaba a punto de tocar el cielo con las manos, se quedó dormido mientras en el bar de su hotel, Amanda y Michael volvían a verse las caras...

Porque Amanda esperó a que Michael terminara su turno, para abordarle cuando ya se iba a casa...

—Michael tenemos que hablar... —le dijo cuando ya salía del vestuario con la ropa de calle y el casco de la moto en el brazo.

—Amanda, no me hagas esto más difícil... —masculló Michael.

Michael solo quería llegar a casa, tumbarse un rato en el sofá y quedarse dormido para olvidar durante un rato que esa mujer había regresado a su vida.

—Perdona, pero tú eres el que lo está haciendo difícil. ¿Tanto te cuesta dedicarme unos minutos? —replicó Amanda, revolviéndose el pelo con la mano.

—¿Unos minutos para qué? ¿Qué es lo que buscas, Amanda? —inquirió Michael, muy borde.

—Quiero que me dejes que te explique... —contestó Amanda, con los ojos llenos de lágrimas.

—Mira, Amanda, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. Yo sé muy bien a lo que has vuelto... —aseguró Michael, apretando fuerte las mandíbulas.

—¿Ah sí? Pues entonces me entenderás perfectamente...

Michael se acercó a ella y le susurró al oído:

—¿Tan mal te han follado todos los que han venido después de mí?

—No vengo buscando sexo —negó Amanda con la cabeza.

—¿Ah no? —inquirió Michael, tan cerca de ella que sus cuerpos casi que podían ya rozarse.

—No solo eso —susurró temblando al tener a ese hombre otra vez tan cerca.

—Vienes a follarme y luego a joderme, lo de siempre —masculló Michael, cogiéndola de repente por la cintura y atrayéndola hacia él, de tal forma que los cuerpos se quedaron pegados.

—Michael ¿qué haces? —preguntó Amanda, sin entender nada. Porque ese tío la estaba rechazando, pero al mismo tiempo le estaba clavando la tremenda erección en el pubis.

—Darte lo que has venido a buscar. ¿No es esto, Amanda?

Michael sentía que después del tiempo que había pasado no debía estar furioso con Amanda, pero lo estaba y de una forma tan extraña que estaba tan empalmado como en los tiempos en que habían sido felices.

—Si quisiera solo follar, al último lugar del mundo al que habría venido sería a este hotel. Siento por ti demasiadas cosas, y lo sabes Michael.

—Ya... Por eso hace cuatro años follaste conmigo como si no hubiera mañana y luego te piraste en cuanto te cansaste...

—No me cansé ¡estaba asustada! ¿Tanto te cuesta entenderlo? —protestó

Amanda, mientras Michael colocaba una mano en el culo de la chica para estrecharla más todavía contra su erección.

—No te creo... —susurró con los labios pegados a los de Amanda.

—Llévame a algún sitio y déjame que te explique, por favor.

Michael no quería que esa mujer le explicara nada, solo quería besarla hasta dejarla sin aliento y hundirse dentro de ella. Lo demás, le daba lo mismo.

—No hace falta que me expliques nada. No me interesa más que una cosa...

Michael posó los labios sobre los de Amanda, la agarró por el cuello y la besó con tanta dureza y contundencia que ella abrió los labios y la lengua de ese hombre invadió su boca por completo.

Al volver a besar esa boca que había amado con locura, Michael recordó cosas que le dolieron tanto que susurró con los labios pegados a los de ella:

—Ya no puedes hacerme daño, Amanda. Ya no...

Entonces, se marchó de nuevo al vestuario y regresó con un casco negro, la cogió de la mano y la llevó hasta el aparcamiento, donde les esperaba la moto que iba a llevarles al sitio donde se amaron la última vez...

## Capítulo 18

Amanda se quedó mirando el casco negro que Michael acababa de tenderle y, muy sorprendida, le dijo:

—Todavía conservas mi casco...

—Me costó un pastón, caduca a los ocho años.

—¡Lo has conservado por si volvía! —exclamó Amanda con una sonrisa enorme, mientras se lo ponía.

—Lo conservo porque tienes una talla muy común —mintió porque nadie se había puesto el casco de Amanda. De hecho, jamás había vuelto con ninguna mujer a los lugares donde había estado con ella.

—Ya —replicó, sin que le hubiera hecho ninguna gracia la observación de Michael.

Michael se sintió tan mal al ver la cara que había puesto Amanda, que la tranquilizó diciendo:

—Tranquila que no se lo ha puesto ninguna. No he vuelto a ir con nadie a las calas por las noches, me trae mala suerte...

Michael se puso el casco, se subió a la moto y Amanda hizo lo mismo con una sonrisa enorme.

—Pues no sabes lo que me alegro... —gritó antes de que Michael arrancara.

—Yo no... —dijo Michael y arrancó en dirección a la parte norte de la isla, a la cala de Portinatx.

No volvieron a hablar en todo el camino, hasta que Michael paró en una gasolinera y se bajó a comprar una botella de vino, unas copas de plástico y

condones. Cuando regresó Amanda, le preguntó curiosa:

—¿Qué traes ahí?

—Vino y condones —contestó Michael, sin más.

Amanda tragó saliva porque no imaginaba que la venganza de Michael fuera a tomar esa forma y replicó:

—Michael he vuelto porque...

—Déjalo, Amanda. De verdad que me importa un bledo por qué estás aquí.

Y de nuevo se pusieron en marcha hasta que llegaron a la Cala de Portinatx, y aparcaron en un lugar apartado frente al mar y rodeado de pinos, donde juntos habían estado muchas veces...

—Parece que fue ayer... —susurró Amanda, mientras Michael tendía en el suelo un pañuelo enorme de los que vendían en La Sirena.

—Pues no fue ayer, fue hace cuatro años... —le recordó Michael, mientras se tumbaba en el suelo y contemplaba el cielo estrellado.

Amanda se tumbó a su lado, sin rozarse y le habló emocionada porque todavía ni se creía que pudiera estar en ese lugar con Michael, otra vez:

—Hay una palabra en ruso que expresa perfectamente lo que siento. Es *ralzjubit*...

Michael se giró y, arqueando una ceja, bufó:

—¿Ruso? ¿También te has tirado a rusos? ¿Qué pasa que te vas a especializar en países del Este?

—Entiendo que estés enfadado, pero no voy a consentir que me hables así.

—¿Qué tiene de malo preguntarte eso? ¿Qué pasa que en este tiempo te has convertido en una monja? —inquirió, Michael, con la vista puesta otra vez en el cielo.

—Ni yo he sido una monja, ni tú un santo...

—Yo solo quería estar contigo y me mandaste a la mierda. Eso es lo único que sé.

—Era una loca, no estaba preparada para un amor tan grande. Vine a Ibiza a pasármelo bien, no a encontrar el hombre de mi vida. Todo me vino grande y me acojoné. ¿Entiendes eso?

—No. Tú eres una tía con agallas, ese cuento no me lo creo...

—Tengo huevos para todo, menos para el amor. Me asusté, de repente me vi que me había colgado de un tío como nunca en mi vida y ese sentimiento se me hizo tan grande que no sabía qué hacer con él.

—Cobarde de pacotilla... —masculló Michael, con rabia.

—Y luego me pasó lo que tú sabes y me alteró demasiado... —confesó, con los ojos llenos de lágrimas.

Amanda no se lo había contado nunca a nadie, pero ese verano una noche en una cala lo hicieron sin protección y se quedó embarazada. Aunque había sido algo inesperado, los dos estaban felices con la noticia, pero a las pocas semanas Amanda perdió el bebé y aquello la trastornó demasiado, más de lo que ella hubiera imaginado.

—¿Y crees que a mí no? Estaba tan ilusionado como tú...

—Me pasaron demasiadas cosas en muy poco tiempo y me temo que era una inmadura de mierda. Lo siento, pero en ese momento no supe actuar de otra manera...

—Solo tenías que haber actuado de una forma: quedándote conmigo. Y si no te gustaba Praga, podríamos haber estudiado otras alternativas, pero no me diste opción...

Amanda le miró con un nudo en la garganta y replicó:

—¿Qué alternativas? Tú tienes un restaurante en Praga, no había alternativa ninguna...

—Lo importante era estar juntos, yo estaba dispuesto a todo por ti.

—Yo te quería pero tenía mucho miedo, no estaba preparada para vivir algo así. Fue todo demasiado intenso y fuerte para mí... Yo vine a Ibiza a pasar

unos días de fiesta y me encuentro contigo y todo lo que pasó... Me desbordó y pensé que lo mejor era alejarme y aclarar mis sentimientos...

Michael se giró y, mirándola desafiante, le preguntó:

—¿No decías que me querías? ¿Entonces qué coño tenías que aclarar, Amanda?

—Fui gilipollas y me di cuenta enseguida, no creas... Pero tú te negaste a responder a mis llamadas y mensajes... Y lo pasé fatal... Estaba desesperada, además no tenía dinero para ir a buscarte... Sufrí como una bellaca...

—¿Y yo cómo crees que estaba en Praga? ¿Pasádomelo teta? —replicó Michael, mirándola con los ojos llenos de rabia.

—¿Por qué rompiste el contacto?

—Porque me hiciste tanto daño que necesitaba protegerme de tus emociones tan volubles. ¿Hoy me quieres, mañana no? —Michael negó con la cabeza—. El amor no funciona así, Amanda... En el fondo no me querías como decías...

Dos lágrimas enormes cayeron por el rostro de Amanda que susurró:

—Nunca he dejado de quererte. He conocido a otras personas, pero ninguna como tú. De hecho, te he buscado en ojos verdes como los tuyos, en manos fuertes, en rubios guiris como tú, pero lo único que he encontrado ha sido más dolor por haberte perdido.

—Me perdiste porque te dio la gana...

Amanda se retiró las lágrimas del rostro con los dedos y luego siguió hablando:

—*Razljubit* significa en ruso el sentimiento que tienes por alguien que alguna vez amaste. Y no, no me lo ha enseñado ningún amante ruso, lo vi una noche en Pinterest y pensé en ti... Ese es el maldito sentimiento que tengo metido tan dentro y que jamás voy a poder sacarme. Un sentimiento que además crece cada día y que es la razón por la que estoy aquí —confesó Amanda, estremecida.

Michael se acercó a ella y la besó en los labios despacio, luego la miró y le confesó:

—Yo he intentado olvidarte cada noche y cada día.

—Lo entiendo —suspiró Amanda.

—Me juré a mí mismo que jamás volvería a tener nada contigo, Amanda. Ni siquiera me he permitido fantasear con que algún día volverías...

—Pero estoy aquí...

Michael se quitó la camiseta negra que llevaba puesta y gruñó con los ojos chispeantes de deseo:

—Solo puedo darte sexo, nada más.

—Por hoy es mucho más de lo que esperaba... Yo solo quería una copa y explicarme...

Michael se acercó de nuevo a ella, la besó otra vez en los labios, pero estaba vez con más intensidad y susurró mientras deslizaba una mano por la espalda de la chica:

—¿Y ahora qué es lo que quieres?

## Capítulo 19

Amanda no dijo nada, tan solo se limitó a quitarse las sandalias, el vestido y luego la ropa interior, y salir corriendo así, desnuda y descalza, hacia la playa:

—¡Quiero bañarme! —gritó mientras corría.

Michael que esperaba cualquier respuesta menos esa, se despojó de todo también y salió detrás de ella, al grito de:

—¡Estás como una puta cabra!

Amanda lo sabía, menuda novedad, y muerta de risa siguió corriendo, hasta que llegó a la playa y se lanzó de cabeza al agua.

Michael que la última vez que se bañó de noche fue precisamente con Amanda, hizo lo mismo y nadó detrás de ella...

—¡Me encanta bañarme de noche! ¡Cuánto he echado de menos esto! ¡Me moría de ganas de estar aquí! —canturreó Amanda, que flotaba con la vista puesta en las estrellas.

—Pues yo no —gruñó Mario, que ya estaba a su lado.

Amanda que no había escuchado nada porque el agua le tapaba los oídos, se incorporó y le preguntó, mientras se retiraba unas gotas de agua de los ojos:

—¿Cómo dices?

—Que no tenía ganas de bañarme.

—Yo no te he obligado a que lo hagas. Haberte quedado tumbado ahí arriba...

Estaban solos, el agua les llegaba a la cintura, Michael se acercó más todavía a ella y le susurró:

—La última vez que me bañé en el mar de noche fue contigo...

—Yo también, el agua estaba tan caliente como hoy...

—Y tú me mentiste como lo acabas de hacer esta noche. ¿Me dijiste que me querías, recuerdas?

Amanda le cogió por el cuello, le dio un beso en los labios, salado y húmedo, y le confesó:

—Nunca te he mentado, ni antes ni ahora...

Michael enterró los dedos en el pelo de Amanda y volvieron a besarse mucho más largo y mucho más intenso, las manos volaban por todas partes y las lenguas se enredaban sin apenas darse tregua.

Sin aliento, Michael se apartó un poco de la boca de Amanda y musitó:

—Nunca debí creerte, pero es que besas como si fuera de verdad.

Amanda volvió a besarlo, como llevaba tanto tiempo deseando hacerlo y luego se apartó y se puso a nadar entre risas...

Michael salió detrás de ella y al momento la alcanzó, la estrechó entre sus brazos y confesó:

—Me olvidé hasta de tu risa... —Que le encantaba, pero no se lo dijo.

Amanda, con una sonrisa y abrazándole fuerte, le susurró:

—Detrás de mi risa hay tristeza aunque no lo parezca...

—No, no lo parece para nada. Sigo viendo la misma mujer fuerte y alegre de siempre...

—Nunca he sido fuerte, Michael, actúo como si lo fuera pero no lo soy. Y sé que parezco una loca de patio, pero no lo soy tampoco... No soy nada de lo que parezco... Me encanta la vida, me gusta reírme de todo, probarlo todo, soy muy curiosa, pero a la hora de la verdad tengo más miedo que vergüenza.

Michael cogió a Amanda en brazos y así la sacó del agua:

—Conmigo no tenías que haber tenido miedo, yo te quería... —le dijo muy serio.

—Lo sé, pero bájame. ¡Quiero seguir en el agua!

Michael se paró, se quedó mirándola con los ojos brillantes y luego preguntó con cierta aspereza:

—¿Por qué? ¿Acaso te arrepientes de haber venido?

Amanda negó con la cabeza, respiró hondo y susurró:

—No me gusta lo que veo en tu mirada.

—Es mi mirada, no tengo otra.

—Veo resentimiento, incluso odio hacia mí... Y no me gusta para nada.

—Yo no te odio, Amanda. Lo que pasa es que ya no te puedo mirar como antes, después de todo lo que pasó. Solo es eso...

Amanda entonces arrugó el ceño y se atrevió a preguntar lo que más temía:

—¿No me vas a perdonar jamás?

—No se trata de eso. Es una cuestión de confianza, la tienes o no la tienes.

Y yo en ti la he perdido por completo...

—Genial —musitó Amanda, decepcionada, forzando la sonrisa.

Lo que Amanda no sabía era que Michael se sentía tan triste que deseó que el tiempo diera marcha atrás y regresaran a aquel último verano, cuando todavía eran felices, cuando todavía era todo posible...

Porque estando junto a Amanda, escuchando su respiración, su risa, sintiendo su piel y su esencia otra vez, Michael no podía evitar volver a aquellos días, a aquel sentimiento que le volvió del revés, a aquel enamoramiento loco que sin buscarlo se convirtió en amor, en el amor más profundo y más grande que jamás había sentido por nadie.

Y esa mujer otra vez estaba en sus brazos, la misma de siempre, tan loca, tan divertida, tan diferente a todas...

*Pero él ya no era el mismo, el deseo sí, porque se moría de ganas de hacerle el amor ahí mismo, pero ya nada volvería a ser igual entre ellos. Ya nunca más...*

Y con esa convicción, la dejó sobre el pañuelo enorme que estaba tendido

en el suelo, mientras abría la botella de vino.

—Ese abridor te lo regalé yo... Ha salido bueno, ¿eh? —dijo Amanda, que estaba tiritando de frío.

—No he vuelto a utilizarlo desde que te fuiste. Te llevaste también mis ganas de ser romántico y hacer moñadas... Ahora soy mucho más práctico y me va mejor... —aseguró sin dejar en ningún momento ese tono de reproche.

—¿Mejor porque estás solo?

—No estoy solo nunca, tengo muchas amigas, conozco a mucha gente en el hotel. Me lo paso bien, muy bien... Estoy mejor que nunca. No conozco estado más ideal que este. Sin ataduras, sin complicaciones, solo placer y amistad —mintió mientras descorchaba la botella y vertía el vino en las copas de plástico.

—Pues para estar tan bien y follar como un mono, se te ve de un amargado, tío... —farfulló Amanda, que no se creía nada.

—Brindemos... —le dijo tendiéndole la copa.

—Porque estamos aquí, otra vez —propuso Amanda, alzando su copa.

Michael la chocó, bebió y luego habló, con ese acento guiri que tanto le ponía a Amanda:

—Pero ya no somos los mismos...

—Ahora somos mejores, como el vino ganamos con los años... —susurró Amanda, besándole en los labios.

Michael solo quería quitarle la copa de la mano y hundirse dentro de ella, sin más... Estaba harto de seguir hablando, porque ya daba igual todo. Por mucho que insistiera Amanda todo lo hermoso que tenían ya se había roto para siempre, ya solo quedaba el deseo... Y nada más.

—Solo sé que muero por hacerlo contigo... —le dijo Michael besándole los labios salados.

—Es un comienzo —murmuró Amanda, sin dejar de temblar.

—Es sexo, Amanda. Nada más...

Amanda le besó el cuello hasta hacerle gemir, porque sabía perfectamente qué era lo que le gustaba a ese hombre y pensó que de momento las cosas tendrían que ser así. No podía pedirle más...

—Está bien... —susurró tras volver otra vez a los labios de Michael.

—Desde que te he visto bajar por las escaleras, he deseado estar entre tus piernas. No te voy a engañar... —confesó Michael, tras dar otro sorbo a su copa y luego dejarla apartada en el suelo.

—Yo lo quiero todo, no te voy a engañar tampoco... —replicó Amanda, dejando la copa junto a la de Michael.

—Solo puedo darte esto...

Michael la empujó hacia atrás, la besó en el cuello y luego comenzó a descender a besos por su cuerpo, mientras Amanda que seguía temblando y no de frío, acariciaba la espalda de ese hombre que al menos esa noche iba a ser suyo.

## Capítulo 20

Michael estaba convencido de que podía controlar lo que estaba haciendo, que podía devorar a Amanda de la cabeza y los pies y que no afectara para nada a sus sentimientos.

Esos que había decidido enterrar hacía mucho tiempo en el cuarto más oscuro y remoto de su corazón.

Y como estaba convencido de que aquello era mera pulsión y deseo, solo placer, sin más, se entregó como nunca a esa mujer que gemía mientras le mordía los pezones, que se estremecía con cada caricia sobre la piel mojada y salada, y con cada beso desesperado con el que recorría su vientre hambriento.

Amanda se aferraba a la espalda de ese tío que sabía tocarla como nadie, mientras se derretía de placer. Un placer que fue a más, cuando Michael se perdió entre sus piernas y comenzó a *lamerla como* solo él sabía hacerlo.

Porque nadie sabía hacer aquello como Michael, había tenido mucho sexo con desconocidos, con *follamigos*, con novios de tres meses, pero ninguno sabía hacerla gozar como él.

Michael sabía perfectamente lo que hacía y ella, que iba preparada para todo menos para eso, solo pudo suplicar:

—No creo que aguante mucho más como sigas haciendo eso...

La respuesta de Michael fue estimular más todavía el clítoris con la lengua, con la intensidad y la precisión justas como para llevarla a un orgasmo que la hizo gritar de placer.

Pero no conforme con eso, cuando ella aún estaba sin aliento, volvió a

acariciarle el clítoris con el pulgar, con unos golpecitos tan certeros que se volvió a correr otra vez.

—De mi cuerpo al menos no te has olvidado, sigues haciendo de mí lo que quieres... —susurró Amanda sin apenas aliento.

—Todavía no tengo de ti lo que quiero —gruñó Michael.

Entonces, introdujo un dedo en el interior de Amanda, buscando el punto G, esa zona como mullida y rugosa detrás del hueso púbico, que conocía tan bien...

—Joder, qué cabrón... —susurró Amanda, excitadísima, mientras Michael estimulaba ese punto con la presión que necesitaba para volverse más loca todavía.

—¿No te gusta? —bromeó Michael, que sabía bien lo que hacía.

—Eres el puto amo... ¿Cómo no me va gustar?

Michael siguió centrado en el mismo punto, acariciándolo con movimientos circulares que la hacían jadear de placer, y poco a poco fue aumentando la presión y la intensidad, hasta que Amanda ya no pudo más.

—Tu cuerpo siempre respondió bien a mis caricias. Déjate llevar, Amanda...

La sensación de placer era tan intensa, que Amanda tuvo que gritar para poder soportarla...

—Así, vamos, dámelo...

Amanda estaba tan excitada y ese tío conocía tan bien su cuerpo que sucedió lo que solo le había pasado con él, un líquido viscoso salió de su interior, mientras Michael le exigía:

—Disfruta de tu *squirt*, nena.

Amanda cerró los ojos, todavía sin creerse que esa locura estaba ocurriendo...

—Madre mía, esto es demasiado... —susurró tapándose la cara con las

manos, para que Michael no viera que estaba llorando.

Porque de repente, le entraron unas ganas tan absurdas como irreprimibles de llorar. *Aquello era demasiado...*

Ella que pensaba que con Michael a lo sumo iba a intercambiar unas palabras delante de una copa, se encontraba practicando sexo de alto voltaje, con una intensidad y una complicidad que no había conocido con ningún otro hombre.

—Amanda ¿qué te pasa? —le preguntó retirándole las manos de la cara.

—¿Qué me va a pasar? Esto es tan bestia... Esto solo me pasa contigo...

Michael sin darle importancia, se levantó a por unos clínex y respondió como si fuera lo más normal del mundo:

—Solo es sexo.

Michael le entregó un clínex para que se secara las lágrimas y con otro la limpió con delicadeza...

—Joder, Michael mira que eres burro... —susurró ella, mientras Michael limpiaba la cara interna de los muslos de la chica.

—¿Te hago daño?

—Con tus palabras. ¿Cómo puedes seguir diciendo que es solo sexo? Los cuerpos no mienten...

Michael la miró muy serio y luego contestó con rotundidad:

—Tú lo has dicho, los cuerpos no mienten. Son los corazones los que lo hacen y el tuyo me engañó...

—No te engañé, joder. No insistas con eso. Solo tenía miedo...

—Los cobardes no aman. Así que si tuviste miedo nunca me amaste de verdad...

Michael se levantó, tiró los clínex usados en una papelera, luego regresó al lado de Amanda y ella replicó:

—Si no te amara, no habría vuelto...

Michael estaba demasiado herido como para creerla, por eso no dudó en ser sincero con ella:

—Esto es Ibiza, nena. Todas vuelven...

A cualquiera que le hubiera replicado eso, Amanda le habría dejado con el polvo a medias y un *gilipollascreíodemierra* escupido en la cara, pero Michael era mucho Michael, y se lo perdonaba todo...

—Pero yo no soy una más, lo nuestro fue diferente a todo. Y tú lo sabes...  
—aseguró Amanda.

—Creía saberlo, hasta que tú me convenciste de todo lo contrario.

Amanda se tumbó sobre él y, cargada de paciencia, le besó en los labios con todo lo que sentía. Luego susurró:

—Mis besos son de verdad. Los besos no engañan.

Michael puso las manos sobre las nalgas de Amanda y las presionó contra su erección.

—Tu culo siempre me fascinó, tan duro, tan redondo... —susurró Michael acariciándolo con fuerza.

A Amanda le encantó lo del culo, pero ella quería ser mucho más que un culo, obviamente:

—Lo nuestro fue mucho más que sexo, y hoy también...

Michael estiró un brazo, cogió la caja de condones que estaba junto a la botella de vino, extrajo uno y se lo pasó a Amanda...

—Si prefieres pasarte una película romántica, hazlo. Yo sé muy bien lo que es esto...

Amanda abrió el condón, lo colocó sobre el miembro erecto y luego se sentó sobre él, a horcajadas.

Michael gimió al sentir el calor y la estrechez de Amanda presionándole fuerte...

—Estás tan mojada... —gruñó.

Amanda le miró con todo lo que sentía y comenzó hacerle el amor, con corazón, a pesar de que él la observara con ese poso de recelo en la mirada.

*Todavía no creía en ella, pero lo haría*, pensó mientras se ondulaba sobre el cuerpo de Michael...

—Te quiero, Michael... —gimió, mientras él empujaba de las caderas de Amanda.

Michael gruñó, Amanda sabía ponerle como nadie y estaba excitado como no recordaba. *Pero solo era eso... Un polvazo. Nada más*. Así que repuso:

—Me importa una mierda que me quieras...

Amanda siguió moviendo las caderas, pero cada vez con más intensidad, con más profundidad, con más rapidez... Conocía tan bien el cuerpo de Michael que sabía a la perfección cómo tenía que hacerlo para volverlo completamente loco.

—Te importará una mierda, pero mira cómo estas....

—Es tu coño estrecho, no eres tú. Siempre me gustó follar contigo... — repuso furioso, y moviéndose con más fuerza para que las penetraciones fueran más duras.

Amanda estaba convencida de que estaba mintiendo, que aquello era más que un polvo descarnado... Por eso, siguió haciendo el amor entregándose todo lo que tenía y cuando sintió que estaba tan duro que no iba a poder resistirlo más, le pidió:

—Dámelo, Michael, dámelo...

Michael gritó y se corrió como no recordaba... O sí, se corrió como en aquellos días en que creyó que había conocido a la mujer de su vida.

## Capítulo 21

Después, se quedaron abrazos en silencio y luego Michael le pidió que se vistiera, que tenía que levantarse pronto para ir trabajar al día siguiente y necesitaba dormir...

Amanda sabía que era mentira, que Michael no necesitaba dormir demasiado para rendir en el trabajo, pero no quiso insistir, demasiado lejos habían llegado y ya habría más días para seguir con aquello.

Luego Michael la dejó en la puerta del hotel, se despidió con un triste “adiós”, sin más, sin besos, sin caricias, sin ninguna explicación.

Sin embargo, a Amanda le dio lo mismo porque lo que había sucedido en esa cala había sido tan intenso, mágico y especial, que sintió con más fuerza que nunca que todavía estaba a tiempo de cambiar su historia, que más que nunca la felicidad les estaba esperando a la vuelta de la esquina.

*Solo tenía que esperar, persistir y ser paciente... Nada más que eso, pensó.*

Acto seguido, subió a su habitación, se metió en la cama a oscuras para no despertar a Alicia, y con ese pensamiento y las huellas de las caricias de Michael aún impresas en su cuerpo, se quedó profundamente dormida.

Seis horas después, cuando soñaba con que Michael y ella caminaban de la mano, por el pasillo de un supermercado, como si fueran una pareja más, que hace la compra de la semana, se despertó porque alguien no dejaba de llamarla:

—Amanda, Amanda, Amanda...

—Coño ¿qué pasa? —preguntó Amanda con el corazón latiéndole muy

fuerte.

—Nada, el desayuno, que termina a las once y son las diez. No he querido despertarte antes porque me he figurado que anoche llegaste tarde...

—A las cuatro... —dijo, frotándose los ojos—. Follamos...

—¿Quiénes? —preguntó Alicia, sin entender nada.

—¡Michael y yo! ¡Con quién si no!

—Yo qué sé... Pero si ha pasado de ti durante todo el día...

—Le pillé a la salida, le dije que teníamos que hablar, me llevó a una sala donde íbamos mucho y nos liamos.

Alicia, muy contenta por su amiga, se sentó a su lado en la cama y dijo:

—¡Esto es alucinante! ¡Y eso que decías que te lo iba a poner muy difícil!

—Y tanto que me lo va a poner. Hemos estado juntos pero él insiste en que solo es sexo, que entre nosotros no puede haber nada más...

—¿Y le crees? —preguntó Alicia, preocupada.

—No lo sé. Le hice mucho daño, pero la atracción entre nosotros sigue intacta. No ha podido resistirse a pesar de todo...

—Por algo se empieza...

—¡Y qué algo! —resopló Amanda, emocionada de recordarlo—. Este tío es un terco de narices, pero a él le debo los mejores polvos de mi vida. No te doy detalles para no darte envidia...

—Pues sí, mejor. Porque a mí ya se me ha olvidado lo que es eso...

—Fue salvaje. El muy cabrón me lo encuentra todo: el clítoris, el punto G y hasta el DNI si lo perdiera en mitad de la noche. ¡Qué manera de entregarse! ¡Me comió entera! ¡Y bien comida! Y ¡cómo folla! —resopló feliz de recordar—. ¡Qué polvazo, madre mía!

—No sabes cuánto me alegro, Amanda...

—No te preocupes que como sigas jugando con fuego con tu jefe, vas a acabar como yo o peor...

—¿Peor? —inquirió Alicia, frunciendo el ceño.

—Sí, porque mira que yo lo tengo difícil con este cabezón, pero tú como te lées con Mario... Uf. No te cuento... Enrollarse con el jefe es siempre conflictivo.

—Eso no va a suceder jamás, en cuanto Oliver se pira: se acabó el teatro. Que todo lo tuviera tan claro como eso... De verdad que no insistas y sal de la cama de una vez que quiero desayunar.

—Yo paso. Voy a ver si duermo un poco más y luego me bajo a las doce al bar, en cuanto abra este...

—¿Habéis quedado en algo?

—Se despidió muy borde, con un adiós y ya está. Pero me da lo mismo, voy a estar pico y pala hasta que me perdone... Y si entretanto sigue castigándome a polvos feroces, de maravilla. Qué quieres que te diga, aceptaré el castigo con resignación... Follaré cuanto haga falta hasta que se ablande su duro corazón... Qué le vamos a hacer...

—Es terrible... —dijo Alicia, muerta de risa.

—Para mí sí, a ver que me encanta hacerlo con él, pero eso de que me diga que es solo sexo para mí es muy triste... Lamento tanto haberle hecho daño, me siento tan culpable de haber sido tan mema...

—Espera un poco a que asimile todo...

—Estoy loca por ver la cara con la que amaneció esta mañana. Yo me he pasado la noche soñando con que teníamos una vida normal, cuando me has despertado estábamos buscando zumos en un pasillo del supermercado...

—Qué romántico... —bromeó Alicia.

—Para mí sí que lo que es, es una fantasía recurrente que tenemos una vida de pareja y compramos zumos y pagamos facturas.

—Tienes un concepto un poco raro de las fantasías, pero tendrás esa vida, ya lo verás... Reconozco que no tenía mucha confianza en que lo vuestro

podiera ser otra vez, pero después de lo que has conseguido esta noche. Tía, lucha, que yo creo que lo tienes en la mano...

—Dios te oiga, Ali, de momento hoy vuelvo al ataque otra vez... Me voy a poner el bikini brasileño que me lo deja casi todo fuera, mientras le echo miraditas amorosas... A ver si consigo endurecerle la entrepierna y ablandarle el corazón...

Alicia se echó a reír y le dijo a su amiga:

—Entonces, te espero en la piscina... Me voy a llevar la colchoneta que por poco me deja sin pulmones para inflarla.

Alicia salió a la terraza y volvió con una colchoneta más grande que ella con forma de piña...

—Luego me la dejas que me voy a poner en la piscina de enfrente del bar bocabajo, para tentarle con mi culo que le chifla...

—De acuerdo, mi idea es jugar con Mario un poquito con la colchoneta si está Oliver... Pero no te preocupes que te la dejaré un rato... ¡Nos vemos!

Alicia bajó a desayunar y cuando llegó al comedor se encontró con que Mario estaba sentado en una mesa, leyendo la prensa en el móvil...

—¡Buenos días, amor! —le saludó con un beso en los labios, porque Oliver y Callo Seco estaban sentados en la mesa de al lado.

—¿Qué haces con esa piña gigante, Salcedo? —preguntó Mario con cara de pocos amigos.

—Nos lo vamos a pasar genial con ella. ¡Ya verás! Perdona que haya bajado tan tarde, pero es que como no he pegado ojo en toda la noche...

—Los malditos ruidos. Lo sé. Lo de las puertas es escandaloso, qué portazos, por no hablar de los puñeteros mosquitos...

—¡Pero da igual cuando estás enamorado! —exclamó Alicia, en voz alta para que Oliver lo pudiera escuchar perfectamente.

—Te dará a ti, a mí me parece más que lamentable que este hotel aspire a

tener cuatro estrellas, cuando no hay quien pegue ojo por las noches.

Alicia puso el dedo índice sobre los labios de su jefe y habló con un tono de voz de lo más meloso:

—Nosotros estamos tan enamorados que de cualquier forma no vamos a dormir por las noches, amor.

Mario estaba harto de aquel teatrillo barato, pero le siguió el rollo a Salcedo porque más que nunca necesitaba ese informe:

—Sí, eso sí, aunque el hotel sea una mierda nosotros siempre follamos como conejos...

Al escuchar aquello, Oliver por poco no escupe el zumo... Momento que Alicia aprovechó para dar los buenos días a su ex y su pareja con una sonrisa enorme...

—¡Buenos días! ¿Qué tal?

Oliver levantó una ceja a modo de saludo y Callo Seco les informó:

—¡Genial! Vamos con un poco de prisa porque en quince minutos sale la barca que nos lleva a Cala Conta...

—¡Qué casualidad! —replicó Alicia—. ¡Nosotros vamos también! ¿Verdad que sí, cielo?

Mario miró a Salcedo pensando que cada día estaba más loca, pero como no le quedaba otra, y además le venía bien pasar la mañana haciendo estupideces con ella, para no pensar demasiado en la cita de la tarde con Sacha y ponerse más nervioso de lo que ya estaba, dijo como si hablara al caniche de su abuela:

—Sí, una casualidad tremenda, *cuchuchú*...

## Capítulo 22

Alicia se entretuvo más de la cuenta desayunando y tuvieron que correr hasta el embarcadero de playa Xinxó, donde la barca estaba a punto de zarpar:

—¡Es ridículo que teniendo un yate tenga que correr para coger una barca! —protestó Mario, bufando.

—Y eso que no corres con sandalias de cuña de corcho, una piña gigante y un bolso de paja en el que he metido un universo entero...

—Madre mía, Salcedo, pásamelo todo...

Alicia se lo agradeció y le pasó primero la piña y luego el bolso...

—Gracias, Mario, eres muy gentil.

—Joder, pero ¿qué llevas en el puto bolso? —gruñó colgándose el bolso del hombro.

—Cositas que me pueden hacer falta en caso de que sucedan imprevistos...

—¿Cositas como ladrillos y cemento para construirte un chalé pareado? Te pasas con tus previsiones, siempre te lo digo. Y no, no soy gentil, lo hago para evitar que te rompas la crisma y te cojas tres meses de baja. Soy un jefe cabrón, ya lo sabes...

Alicia al verle correr con el bolso y la piña no pudo evitar partirse de risa:

—Jajajajajaja. Estás tan...

Mario le fulminó con la mirada y, muy mosqueado, replicó:

—No me toques las pelotas, Salcedo, que lo suelto todo ahora mismo y te vas tú solita a la cala...

—No, Mario, por favor, te lo ruego —suplicó sin parar de correr, cuando ya divisaban el embarcadero.

—Te vas a cargar mi reputación y la de mi familia, como me vea algún conocido cogiendo la barca, pensará que estamos tan mal que no tenemos ni para pagarnos la gasolina del yate.

—¡Qué bobada! Más bien pensarán que te preocupa el medioambiente y que por eso haces uso del transporte público.

—Y con una piña inflada, como si no tuviera pulmones para hincharla las veces que me dé la gana... —siguió Mario gruñendo.

—Pues yo no pienso desinflarla hasta que llegue a Madrid, mis pulmones no dan para más...

—Es absurdo ir con este armatoste a estas calas petadas de gente. Parece mentira que tú tan previsora no hayas reparado en ese pequeño detalle...

—Me compré la piña porque mi idea era hacerme fotitos con ella, para subirlas al Instagram y que Oliver viera lo bien que me lo paso sin él.

—Salcedo, espabila un poco hija, Oliver te dejó por Callo Seco: no tiene ninguna necesidad de fisgonear tu Instagram. ¡Pasa de ti!

—Pasará de mí, pero se pone malo cada vez que me ve contigo.

—Pero eso es como cuando vendes tu viejo coche y un día te lo encuentras por la carretera conducido por otro, al principio te da un poco de nostalgia, pero enseguida haces la comparativa con el nuevo y no hay color, Salcedo. El A8 es mejor que el A3, de toda la vida de Dios.

Alicia le miró ofendida y echándose la melena hacia atrás y, tras quitarse las cuñas, porque ya habían llegado a la playa y correr por la arena en cuñas de corcho ya sí que era una temeridad absoluta, replicó:

—Gracias por la cuenta que me tiene, Mario.

—Oye a mí no me mires así, que yo no soy el que te ha cambiado por Callo Seco. Ojo...

Alicia muy molesta, corrió hacia el embarcadero donde se estaban subiendo las últimas tres personas que aguardaban en la fila.

Cuando al fin llegó, le preguntó a la chica que vendía los tickets por el precio y luego le arrebató el bolsón de paja a Mario para buscar su monedero.

O esa era su intención porque ese maldito bolso era como un pedazo de agujero negro interestelar en el que era imposible encontrar nada.

Así que Mario se echó la mano al bolsillo, le dio un billete de 50 euros a la taquillera y, cuando la chica iba a darle el cambio, él replicó:

—Quédate con la vuelta...

Luego, empujó a Salcedo para que subiera de una vez a la pasarela de la barca y se sentaron en el único hueco que quedaba en un banquito en la popa del barco.

—Vaya si eres generoso con las propinas... —le dijo Alicia, mientras Mario colocaba la piña detrás de él para que no molestara a los otros viajeros.

—Todo el mundo me conoce, Salcedo. Al menos ya que se va a correr la voz de que monto en barqueta, que por lo menos digan que fui generoso... Además, no sé de qué te extrañas, yo te pago bien...

—¡Bien que me lo curro! Que por tu culpa se me ha desgraciado la vida entera...

Alicia entonces localizó a Oliver que estaba sentado un poco más allá, a babor, y le saludó con la mano:

—¡Qué exagerada eres, Salcedo! A mí me parece que te has quitado un peso de encima.

—¡Qué dices! ¡Oliver es perfecto para cualquiera! —masculló para que su ex no pudiera entender lo que decía.

—¿Un tío que monta en barca y que a la primera de cambio te deja por una pajillera podal? ¡A otro perro con ese hueso! Además, está siempre amargado y aburrido... Vaya birria de novio. ¡A qué poco aspiras, Salcedo! —exclamó Mario, dando un manotazo aire.

—¡Quién va a hablar! Mister Fiestas... —replicó forzando la sonrisa para que Oliver no se percatara de que estaban discutiendo.

—Seré Lord Cactus, pero tengo estilo, soy creativo, leal y siempre sorprendente...

—Si tú lo dices... —bufó mientras apoyaba la cabeza en el hombro de Mario, como si estuviese enamoradísima de él.

—Si vas a hacer teatro, hagámoslo bien... —farfulló Mario, cogiendo la mano de Alicia y entrelazando los dedos con los suyos.

—Gracias —dijo Alicia, forzando la sonrisa, porque todavía seguía molesta con lo del A3.

—Hazme caso, a ti te conviene otro tipo de tío, uno más como ese... —comentó Mario señalando al barquero que era un chico rubio, curtido por el sol y aspecto de irascible y hosco.

—No entiendo adónde quieres llegar... ¿Crees que lo que necesito es un tío intratable y colérico?

—Tiene cara de mala uva, pero solo es fachada...

—¿Ah sí?

—¿Tú qué cara tendrías si te hubieran dado unos cuantos golpes de calor, los riñones se te hubieran quedado secos como almendras y encima tuvieras que aguantar a esta tropa de guiris? No te dejes llevar por las apariencias, Salcedo. El barquero es un hombre de mar, aventurero, salvaje, indómito...

Alicia, a punto de partirse de risa, le recordó:

—Entiendo que te quieras librar de mí. Pero te recuerdo que ese tío un barquero, no un pirata...

—A ver que no te estoy diciendo que te vayas con él. Pero que te pega alguien que esté vivo y no ese zombi que no deja de mirarme con ganas de arrojarme por la borda.

—Es que preferiría verme triste, doliente y llorándole por las esquinas. El

muy cabrón...

—Créeme Salcedo, a veces cuando nos dejan nos hacen un favor. Un gran favor...

Alicia se revolvió en el asiento porque aquella revelación le llenó de curiosidad:

—¿A ti te han dejado alguna vez?

—Sí, pero en mi caso fue distinto. A mí me hicieron una putada bien gorda, pero ya da igual...

—¿Ves? ¡Te jodió como a mí!

—Sí, pero no compares a Sacha con ese mandril, por favor.

—¿Se llamaba Sacha? —replicó Alicia, divertida.

—Se llama. No ha muerto...

—¿Y sigues enamorado de ella? —preguntó Alicia, aun a sabiendas de que la pregunta a Mario iba a parecerle de lo más inapropiada.

Mario estaba tan ansioso con la cita de la tarde, que estuvo a punto de sincerarse con Salcedo, pero al momento lo pensó mejor porque con lo brasas que era iba a ponerle la cabeza como un bombo y más nervioso todavía, así que prefirió ser borde como él solo sabía serlo y replicar:

—No te lo tomes como algo personal, Salcedo. Pero no tengo por costumbre hablar de mi vida privada con mis empleados...

## Capítulo 23

A Alicia no le molestó en absoluto el comentario de su jefe, porque era Lord Cactus y estaba más que acostumbrada a sus asperezas.

En su lugar, prefirió dejar el tema aparcado y dedicarse a disfrutar de la travesía en barca, cogida de la mano de ese ser tan arisco, pero al que en el fondo estaba muy agradecida por haberle permitido disfrutar de momentos tan deliciosos como ese...

Porque el paseo en barca, esa mañana tan soleada, con ese mar en calma tan precioso y su ex mirándola con esa cara de seta tóxica, era lo más parecido al paraíso.

—Muchas gracias, Mario... —dijo Alicia, tras lanzar un suspiro profundo, cuando estaban a punto de llegar a su destino.

Mario arqueó una ceja, porque Salcedo era una caja de sorpresas y a saber por dónde salía...

—Cómo te va la marcha, Salcedo... —bromeó.

—En serio, gracias a ti lo que tenía todos los visos de ser la experiencia más humillante de mi vida, se ha convertido en algo muy divertido. Me lo estoy pasando genial...

—Yo no, pero necesito ese informe —reconoció mientras se giraba y cogía la colchoneta.

Luego, el barco atracó, el barquero sacó otra vez la pasarela para que los pasajeros pudieran abandonar el barco y Mario aprovechó para pedirle a Salcedo que le guardara las gafas de sol, el móvil y la cartera, y acto seguido, saltó desde popa al mar, aferrado a la piña...

Alicia estupefacta, sin entender por qué su jefe no se comportaba como la gente normal, le gritó desde la barca:

—¿Se puede saber por qué no sales por la pasarela como todo el mundo?

Mario señaló a lo alto, a una explanada por donde estaban llegando cuatro autobuses...

—Mira, si quieres coger sitio en la playa lo mejor es que nos adelantemos a todos esos... ¡Llegaremos a la cala antes en colchoneta que a pie! ¡Mete las cosas en el bolsón y títamelo!

—¡Estás loco! ¡Yo me voy andando! ¡Se nos va a caer todo al agua y vamos a perderlo todo! Los móviles, las tarjetas, la documentación...

—¡Tira el bolso de una vez! ¡Y sube a la piña, coño! ¡Es una orden de jefe cabrón! —gritó de tal forma que lo escuchó todo el mundo.

Oliver que hacía fila para desembarcar, se percató de que algo sucedía y preguntó a su ex, con cierta mueca de satisfacción:

—¿Qué le ha pasado a ese? ¿Es tan torpón que se ha caído al agua?

Alicia haciendo aspavientos con las manos y con una sonrisita nerviosa, contestó:

—¡Qué va! ¡Es que Mario es tan espontáneo y diferente que prefiere salir por popa! ¡Está todo bien! ¡Gracias! —exclamó quitándose las cuñas y las gafas de sol y echándolas al agujero negro del bolsón.

—Ese tío es gilipollas... —murmuró Oliver.

—Te equivocas, él conoce muy bien esto y la forma más rápida de llegar a la cala es por mar...

—Será cuando va en yate, no en una ridícula piña de plástico... —repuso Oliver que no podía ni ver ni en pintura a Lord Cactus.

Alicia entonces se quitó el vestido que llevaba y se quedó un bikini, uno de rayas marineras de aire retro, con la braga alta y el top *bandeau*, que a Oliver le pareció de lo más *sexy*.

*¿Por qué cuando estaba con él se ponía esos bikinis colgaderos que no ponían en absoluto y ahora que estaba con ese cabrón llevaba esos estilismos de pin-up?*, se preguntó mientras Alicia metía el vestido en el bolso y seguía con el papel que se traía bien aprendido:

—Mario lo domina todo, colchonetas, veleros, yates... Es un figura. ¡Toma *amooooooooooooooooor*, pilla el bolsón, cielo! —le pidió, justo antes de lanzarle el bolsón desde la popa.

—¡Alicia, por Dios! ¡Te estás volviendo loca de remate! Tú no eres así, ese tío es una pésima influencia para ti. ¡Se te va a caer todo al mar! Te vas a quedar sin móvil. ¡Tú no sabes vivir sin él!

Mario cogió el cestón al vuelo, se lo colocó en la tripa y luego le gritó a Salcedo:

—¡Venga, ahora tú! ¡Tírate de una vez!

Alicia que estaba loca por seguir dándole en las narices a su ex, replicó:

—No podía vivir sin el móvil porque era lo que me mantenía en permanente contacto con mi Mario, pero ahora que estamos juntos: ¡me importa un bledo lo que le pase al móvil!

Y a continuación, ni se lo pensó, saltó desde la popa de la barca al grito de:

—Ya *vooooooooooooooooooy*, amor.

Luego, cuando salió del agua con los pelos cubriéndole la cara, se los retiró con todo el estilo del que pudo hacer acopio en esas circunstancias y se despidió de su ex, diciéndole adiós con la mano.

Oliver de pasta de boniato, volvió a la realidad cuando Callo Seco tiró de su mano para que avanzaran en la fila, mientras le decía abanicándose con la mano:

—Mario sí que es listo. Lo que ha hecho es lo mejor, saltar y punto. Claro que para eso tienes que haber echado los dientes en un yate. El que vale, vale y el que no se queda chupándose una cola tremenda...

—Lo que ha hecho es ridículo y está poniendo en peligro la seguridad de Alicia...

—Tú sigue preocupándote por esa pavisosa, que total no es lagartona...

Y en tanto que Callo Seco y Mario aguardaban la fila para desembarcar, Alicia se enganchó a las hojas verdes de la piña y se puso a empujar hacia la playa...

—¿Qué haces, Salcedo? ¡Súbete y rememos juntos! —le ordenó Mario.

—Ni de coña, para que se caiga el bolsón y me quede sin móvil. A ti te da igual porque te sobra la pasta, pero a mí no...

—Amo a mis pertenencias tanto como tú, tranquila. Te lo digo para que te canses menos y lleguemos antes. Agarraré el cestón con los dientes si hace falta, confía en mí...

Alicia en quien no confiaba era en ella, que era una patosa y sabía que, si intentaba subirse a la piña, aquello iba a terminar en tragedia:

—Hazme caso a mí. ¡Es mejor que empuje la piña desde el agua!

El sol pegaba con tanta fuerza que no estaba el día como para ponerse a discutir...

—¡Como quieras! —gruñó Mario, que tras buscar las gafas de sol en el bolsón y ponérselas, le pasó a Alicia las suyas y se puso a remar a una velocidad pasmosa.

—¡Mario, por favor! ¡Que parece que hayas puesto el motor! —gritó Alicia, aferrada como podía a la colchoneta.

—Nado todas la mañanas, Salcedo. Y por las noches hago pesas... Podría llevarte a esta velocidad a tomar un arroquito a Denia, si me lo pidieras...

—No tengo otra cosa que hacer, con que me dejes en la orilla me basta...

—¿Sabes que estoy pensando? —reflexionó Mario, sin dejar de remar y agarrando fuerte el bolsón entre las piernas.

—Tú no sé, pero yo que qué coño hago aferrada a un piña en mitad del

mar...

—¡No seas dramática, Salcedo! Estamos al lado de la orilla... Pues estoy pensando que esto nos va a venir muy bien para el trabajo.

—Por supuesto que sí, perfeccionar nuestras habilidades en la colchoneta de goma nos va a ser de una utilidad bárbara....

—Pues sí. Todas estas chorradas que me estás obligando a hacer son como esas dinámicas de grupo que se hacen en las empresas para motivar, integrar al grupo y fortalecer el trabajo en equipo... Ya verás cómo lo notamos cuando lleguemos a la oficina, pero tienes que confiar más en mí y sobre todo en ti, Salcedo.

—¿Alguna cosa más? Me gustaría llegar a la playa antes de que me dé una insolación...

—Confía, Salcedo, confía...

Y así, sin que Alicia confiara para nada ni en ella, ni en que su jefe acabara perdiendo el equilibrio y su bolsón acabara en el fondo del mar, llegaron hasta la orilla de la playa...

—Tierra a la vista, ese es el Sunset Ashram. Tienen un sushi estupendo... ¿Te apetece? —le propuso Mario, que con tanto remar le había entrado hambre.

—Luego, tal vez. Ahora voy a aprovechar que junto a esas rocas hay una sombra para instalar el campamento base, antes de que bajen los trepecientos de los autocares.

Cuando el agua le cubría ya solo por la cadera, Alicia cogió el bolsón y salió del mar hacia la sombra que había fichado.

Luego sacó un pañuelo grande que tenía estampado un elefante con la trompa para arriba, que había comprado sin esperar que le diera demasiada suerte, pero ahí estaba: sana y salva, ella y sus pertenencias.

A continuación, tomó posesión del trocito de tierra a la sombra que se había

ganado con el sudor de su frente, colocó el bolsón encima y regresó al agua junto a su jefe...

## Capítulo 24

Mario estaba tumbado en la colchoneta, cuando Salcedo le pidió que se echara a un lado...

—Hazme un hueco que Callo Seco y Oliver están bajando las escaleras...

—¿No decías que eres torpe? —replicó Mario que estaba tan a gusto descansando de tanto brucear y no tenía ninguna gana de moverse.

—Sí, pero da lo mismo. Si nos caemos no pasa nada, porque el bolso por fin está en tierra fierra, a buen recaudo. Así que venga, mueve el culo...

—Déjame un poquito tranquilo, Salcedo, que necesito coger aire —se negó Mario clavado en el sitio.

—¡Joder que somos una pareja enamorada! ¡Tenemos que estar los dos juntitos haciéndonos arrumacos! —protestó Alicia.

—Mira Salcedo —explicó Mario incorporándose un poco—, no sé qué idea tienes tú de lo que debe ser una pareja, pero desde ya te digo que estás muy equivocada. Podemos estar muy enamorados y yo estar aquí, tan ricamente en mi piña, y tú a unos metros de distancia haciéndote la muerta.

—Ya, pero resulta que la piña es mía y que yo soy la guionista de esta relación. Así que allá que voy...

Alicia colocó las manos en la colchoneta y de un salto cayó encima de Mario...

—¡Salcedo por favor! ¡Vas a matarme! ¡Apártate de mí! —gritó Mario con Alicia tumbada encima de él.

—Calla que Oliver te va a escuchar y abrázame fuerte...

—¿Para qué? ¡Joder, con el calor que hace! ¡Déjame tranquilo un rato, te lo

ruego Salcedo!

—Si quieres ese jodido informe, abrázame...

Mario gruñó y, como necesitaba el informe, la abrazó sin muchas ganas, pero la abrazó.

—Ponme las manos en el culo...

—¿Qué? —preguntó Mario porque no creía haber escuchado bien.

—Que me agarres el culo con ganas, eso le va a poner de los nervios.

Mario pensó que a quien le iba a poner cardiaco era a él, porque no sabía qué le sucedía desde que estaba en Ibiza que estaba con la libido por las nubes...

—No creo que sea necesario, quédate mejor tumbada a mi lado. Así como si acabáramos de follar, descansaditos y felices... ¿Te parece?

—¿Y cuándo se supone que hemos follado? ¿En el trayecto hasta aquí? No cuela... Tú estás muerto de deseo por mí, tienes unas ganas infinitas, mi cuerpo es una tentación inagotable para ti... ¡Venga las manos al culo y estrújamelos como si estuvieras haciendo la masa de las croquetas!

—¿Para cuándo crees que tendrás listo el informe? —masculló Mario, ansioso porque ese teatro absurdo acabara cuanto antes.

—Tú mejor que nadie sabes que me gusta hacer bien las cosas. Necesito tiempo... —respondió Alicia, que se giró para comprobar si Oliver la estaba mirando—. No me quita ojo, así que vamos... ¡Sobetéame bien!

Mario resopló y obedeció porque no le quedaba otra, colocó las manos en el culo de Salcedo y ella empezó a besarle en el cuello...

—¿Besos también? ¡No es necesario, Salcedo! ¡No te pases! Estás cargando demasiado las tintas del guión...

—Calla y déjate llevar...

Mario se dejó tanto llevar que cuando Alicia posó los labios sobre los suyos, por un mero acto reflejo, por un puro instinto o por no sabía bien qué, él

abrió la boca, sacó la lengua y la empujó contra los labios de Salcedo que se abrieron sin ninguna resistencia.

Y se besaron, se besaron con tanta pasión que aquello parecía tan de verdad que Oliver se tumbó en la toalla y se tapó la cara con la camiseta que acababa de quitarse para no tener que presenciar semejante espectáculo...

Aunque no se libró de él, porque Callo Seco empezó a narrar la jugada con pelos y señales...

—Joder, cómo besa Mario, es que mira cómo la está cogiendo de la cabeza, tirando un poquito del pelo, lo justo para decir “estoy aquí nena y te voy a follar hasta los agujeros del cinturón”.

Oliver carcomido por la curiosidad, se apartó la camiseta de la vista y se dispuso a contemplar la escena con verdadero asco: *ese tío estaba amasando el culo de su ex como un cochino salido, mientras le metía la lengua tan adentro que la pobre de Ali debía estar al borde del vómito*, pensó.

—¡Qué horror! La tiene como hipnotizada... —farfulló Oliver, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—No, tío, la tiene en éxtasis, porque la anaconda le está presionando el clítoris...

Oliver frunció el ceño, de lo sorprendido que estaba por el comentario de Callo Seco:

—¿Y tú cómo sabes que ese tío tiene eso?

—Porque tengo ojos. Ese tío es un alfa de cabo a rabo, hasta la polla la tiene de *winner*.

Oliver se puso la camiseta en la cabeza otra vez porque no quería ver más. A él qué le importaba que su ex se estuviera restregando el clítoris contra una anaconda... *Ella era libre, podía hacer con su vida lo que quisiera, pero joder... ¿no podía haberle hecho un duelo en condiciones? ¿No podía haberse esperado un poco a dejarse magrear por el cerdo de su jefe? Y lo*

*que era peor, a saber desde cuándo lo estaba haciendo... Qué terrible era todo, él sufriendo y culpabilizándose de haberlo mandado todo la mierda y resulta que él era el cornudo... Joder, tenía que hablar con Alicia, los dos solos, mirándose a los ojos y diciéndose la verdad, porque Alicia le quería, puede ser que el jefe le provocara morbo y hubiese acabado siendo su amante, pero aquello no era más que folleteo barato, en cambio a él le había querido de verdad, esas cosas no podían fingirse... Es más, estaba convencido de que todos esos sentimientos no se podían haber esfumado. Por eso, tal vez si se miraban a los ojos, ella iba a percatarse de que podía follarse a miles de tíos, pero que su corazón solo pertenecía a una persona, a él, por supuesto. Y es que por más que le daba vueltas al asunto, en su cabeza no le cabía que Alicia pudiese estar enamorada ni de su jefe ni de nadie. ¿Pero qué locura era esa? ¡Alicia solo podía estar enamorada de él y de nadie más que él! Y sí, tenía clarísimo que no quería estar con ella, que su presente y su futuro estaba junto a Tamara, pero por alguna extraña y jodida razón, aunque ya no quisiera estar con Alicia, necesitaba saber que seguía ahí: rendidamente enamorada de él, y a ser posible babeando.*

Y mientras Oliver continuaba con sus divagaciones de *ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio*, Alicia y Mario, seguían besándose en la piña con tanta urgencia y necesidad que los dos acabaron en el agua...

—¡Dios mío! —exclamó Alicia, nada más salir del agua, mareada y todo, porque su jefe besaba como no lo había hecho nadie en su vida.

—Vamos a tomarnos algo porque esto se nos está yendo de las manos —farfulló Mario, echándose el pelo hacia atrás y con unas ganas tremendas de volver a besar a Salcedo.

—¿Qué? —replicó Alicia, alucinada, retirándose también los mechones que le caían por la cara.

—¡Joder Salcedo, un poco más y terminamos follando! —exclamó Mario

desesperado.

—Nos hemos entusiasmado un poco, nada más... Es verano, hace calor, esto Ibiza, el mar es de color turquesa... Todo influye... —se justificó Alicia para intentar calmar a su jefe.

—Solo sé que cada vez que te acercas a mí, acabo cardiaco y no puede ser. Seguramente sea lo que dices, el verano, Ibiza, nuestros cuerpos se atraen y surge la respuesta fisiológica normal. Pero esto no puede repetirse... Yo he venido por Sacha y me siento fatal retozando contigo... —confesó sin poder evitar que los ojos se le fueran a los pezones duros de Salcedo.

—Ya... —musitó Alicia, mordiéndose los labios sin saber qué decir.

—Y no hagas eso con los labios, que me entran ganas de mordértelos...

—Vale... —susurró Alicia, sonriendo—. Perdona porque haya ido un poco más allá, pero tú tranquilo que yo controlo. No va a afectar para nada a nuestra relación profesional. Esto de Oliver me ha vuelto loca de remate, pero cuando llegemos a Madrid todo volverá a ser como antes. De verdad...

—Entiendo que quieras vengarte del patético de tu ex, pero el teatrillo tiene que reducirse a lo mínimo, a darnos la mano y a lo sumo un piquito, porque aunque tú digas que controlas, podríamos confundirnos y hay que evitar complicaciones. ¿Te parece?

Alicia asintió con la cabeza y Mario le tendió la mano para que salieran juntos del agua...

Y entonces sucedió que Alicia, al sentir de nuevo la piel de Mario sobre la suya, sintió tal estremecimiento que por primera vez pensó si no le estaría pasando como a los adictos que aseguraban que controlaban y en realidad estaban enganchados sin remisión.

*Joder. ¿Se estaría colgando de Lord Cactus?, pensó angustiada.*

## Capítulo 25

Cuando regresaron del chiringuito, Callo Seco y Oliver ya no estaban en la playa, se habían marchado en la barca que regresaba a la una, para comer en el hotel, así que ellos esperaron a que pasara la siguiente a las cinco de la tarde, pero ya sin teatrillos de ningún tipo.

Los dos lo agradecieron... Alicia prefería no comerse más el coco con el asunto de que si controlaba o estaba perdida para siempre, y Mario prefería no volver a caer en la tentación de la boca de pato de Salcedo.

Así que mucho más relajados, se bañaron cada uno por su lado, tomaron el sol y ya cuando no les quedó más remedio que permanecer un rato sentados juntos a la sombra, mientras esperaban a que viniera la barca a recogerlos, hablaron de asuntos apasionantes para ellos, como la definición de los KPIs de seguimiento más relevantes para el próximo proyecto que tenían entre manos con una importante cervecera.

Y se lo pasaron genial, porque los dos eran unos fanáticos de lo que hacían y podían pasarse horas y horas hablando de cosas del trabajo, incluso en una cala paradisiaca.

Ya de vuelta, cada uno regresó a su habitación y Mario se preparó para la cita más importante de su vida.

*Porque se lo estaba jugando todo...*

Durante el día, con lo que había sucedido con Salcedo, había logrado mantener la ansiedad a raya, incluso hasta se había olvidado por completo de Sacha, si bien ahora que había llegado la hora de la verdad estaba atacado.

*Pero todo iba a salir bien, se dijo a sí mismo y aunque no sirvió de mucho,*

porque hasta que no tuviera a Sacha en sus brazos no iba a estar tranquilo, le infundió los ánimos suficientes como para ducharse y escoger como estilismo un traje de verano de Hugo Boss.

Muerto de nervios, fue al parking del hotel, se subió al coche y condujo despotricando contra el tráfico de la isla hasta Eulalia, con María Callas de fondo.

*No podía ser otra, un momento tan sublime exigía una Divina... como lo era Sacha.*

Y así, con una mezcla de ansiedad y de ilusión porque por fin se iba a hacer justicia, y su historia de amor estaba a punto de retomarse en el punto *en el que el cabrón de Tristán la jodió*, entró en la casa de los padres de Sacha en Santa Eulalia.

Aparcó en el porche, en el que solo estaba el coche de Sacha, pues Tristán estaba atendiendo sus asuntos, para su alegría máxima, y en cuanto salió al jardín la primera persona con la que se encontró fue con su abuela, que estaba jugando con Nancy, su caniche...

—Abuela ¿qué haces aquí? —preguntó Mario, mientras se agachaba para saludar a la perra—. *Cuchuchú* ¿cómo estás?

La perra gruñó: no le gustaba que la llamaran así.

—Me odia, esta tía me odia...

—Es que su nombre es Nancy, ven... Dame dos besos, Marito...

Mario besó a su abuela que no paraba de mirarlo con los ojos entornados...

—Abuela ¡no me mires así que me pones nervioso!

—Es que traes la cara que ponías de pequeño cuando estabas a punto de hacer una fechoría...

—Ni que hubiera sido un delincuente juvenil —protestó irguiéndose.

—Di lo que quieras, pero no me gusta nada la cara que traes. Tu hermano no está...—contó la abuela que se agachó para coger a Nancy y sostenerla en su

regazo.

—Vaya, he venido a veros un rato y me voy. Estoy alojado en el hotel, así compruebo de primera mano cómo está todo...

—Lo sé, pero tu hermano está haciendo las cosas muy bien. Así que espero que tu visita a la isla no sea para incordiar...

Y Nancy, como si así quisiera respaldar las palabras de su dueña, le gruñó otra vez.

—Abuela ni que no me conocieras, yo solo pienso en el bien de la familia...

—Espero que sí, Marito, porque como me decepciones te cortaré los cataplínes con mis propias manos.

—¡Abuela, por favor, pareces una mafiosa!

—Yo solo te digo eso. Me marcho que he quedado con tu madre para ir a tomar un helado a San Miguel, las niñas están en la piscina y Sacha en la cocina... ¡Nos vemos, Marito! ¡Sé bueno, prométemelo!

La abuela cogió a su nieto por los carrillos y le dio otro par de besos, al tiempo que Mario farfullaba:

—Claro que sí, abuela.

Luego se pasó por la piscina donde saludó a sus sobrinas que estaban haciendo una coreografía...

—¡Tío Mario, mira la *coreo* más chula que hemos inventado!

El tío Mario estaba tan nervioso que les pidió a sus sobrinas que esperaran un poco a que saludara a su madre y que luego le enseñaran el baile...

Y con un nudo en la garganta, el corazón a mil y un dolor de tripa tremendos, se plantó en la cocina donde Sacha estaba troceando unas frutas para meter en la licuadora...

—¡Hola! ¿Se puede? —susurró tras dar unos golpecitos con los nudillos en la puerta.

Sacha se volvió y, después de limpiarse las manos en un trapo, le dijo muy

sonriente:

—¡Mario, qué bien que estés aquí!

Se saludaron con dos besos afectuosos y Mario decidió ir al grano, porque no podía más con la ansiedad que tenía:

—Me dijiste que querías hablar y aquí estoy... Dime...

Sacha suspiró y Mario pensó que estaba más guapa que nunca, que sus ojos azules brillaban de forma muy especial y que tenía una dulzura y un encanto que eran totalmente irresistibles.

—Verás, Tristán no está bien... Está en tratamiento por la ansiedad y necesita más que nunca nuestro apoyo.

—¿Nuestro apoyo? —preguntó Mario sin entender nada.

—El de todos nosotros. Él trabaja muchísimo, la empresa funciona mejor que nunca, pero tiene que tomarse las cosas de otra forma porque está afectándole a su salud...

—Pues que haga yoga o taichí, qué sé yo... —soltó Mario, que le daba lo mismo lo que hiciera su hermano para relajarse, *excepto follar con Sacha*, pensó.

—Necesito que le apoyes. Por ejemplo, ahora que estás en Ibiza, me encantaría que valoraras sus logros en el Cala Turquesa...

Entonces, Mario cayó en la cuenta de que lo estaba haciendo Sacha era abonar el terreno *para que su hermanito se quedara tranquilo con los asuntos del trabajo y luego darle el golpe de gracia con la demanda de divorcio. El plan no estaba nada mal*, pensó.

—Sí, claro... Yo valoro todo lo que haya que valorar...

—Sería tan bonito que todo fuera como antes... —musitó Sacha mordiéndose los labios.

Mario sonrió feliz y, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón a mil, replicó:

—Todavía estamos a tiempo, Sacha...

Sacha le miró con una sonrisa enorme y le confesó:

—Me he dado cuenta de tantas cosas últimamente...

Mario tragó saliva, dio un paso adelante y le susurró:

—Por fin, Sacha, no te figuras cuánto tiempo llevo esperando este momento...

—La familia es tan importante... —aseguró ella, porque era consciente de lo crucial que era que todos estuvieran unidos.

—Sí, claro que lo es... —replicó Mario, sin comprender a qué cuento venía que sacara a colación a la familia. *¡A él solo le importaba ella!*

—Esa es la razón por la que te he llamado, Mario... La familia... Tenemos que ser familia de verdad...

—¿Quiénes? ¿Tú y yo?

—Mario te noto un poco espesito, debe ser el calor... ¿Quiénes vamos a ser? Pues todos, la abuela, tus padres, los míos, Tristán, las nenas, la perrita Nancy, tú y yo... ¡Todos!

Mario se quedó mirándola perplejo pensando que aquello no podía ser cierto, que tenía que ser una broma...

## Capítulo 26

Y para salir dudas, tras revolverse el pelo de la ansiedad, Mario resopló y le preguntó a Sacha:

—¿Me has llamado solo para esto? ¿Esto era lo que tenías que decirme?

Sacha cogió una naranja, que comenzó a mondar, con parsimonia, a la vez que contestaba:

—Para mí es muy importante que tu hermano recupere su salud mental. Y para eso tú eres fundamental...

—Joder, Sacha, olvídate de mi hermano por un momento ¿tú qué necesitas?

—¿Yo? —replicó Sacha, pestañeando deprisa y con el cuchillo en alto—. Ver a mi familia feliz, por eso te ruego que te acerques a Tristán, él te admira mucho y tu reconocimiento es muy importante para él.

—¿Mi reconocimiento?

—Eres muy duro con él, muy exigente y no digo que esté mal, pero también de vez en cuando a todos nos gusta escuchar que hacemos las cosas bien.

—Ya, sí todo eso está perfecto. ¿Pero nosotros? —preguntó Mario desesperado.

—¿Nosotros? —inquirió Sacha, terminando de mondar la naranja.

—Sí, tú y yo...

—No te entiendo, Mario... —repuso Sacha, frunciendo el ceño.

—Me dijiste que estabas mal con Tristán, que habías pensado incluso en divorciarte...

—Sí, por eso te he pedido que vengas, para que me ayudes a que mi marido se sosiegue y podamos recuperar la armonía familiar...

A Mario la ambigüedad de Sacha estaba a punto de sacarle de sus casillas, sin embargo ella estaba tan tranquila partiendo en cubitos un trozo de sandía...

—Mira, Sacha, no te entiendo... ¿No me dijiste que viniera a Ibiza para que todo fuera como en los viejos tiempos?

—Sí, eso es lo que me gustaría, que Tristán y tú os llevarais bien como en los viejos tiempos. Sé que os queráis mucho, que formabais un gran equipo, él te necesita mucho Mario...

A Mario se le cambió el semblante por completo: *¿Sacha le había llamado para pedirle que se hiciera amiguito de su hermano?*

—¿Me estás pidiendo que me vaya de cañas con Tristán?

Sacha se metió un trozo de sandía en la boca y, tras comérselo tan pancha, respondió:

—Creo que es absurdo seguir con el distanciamiento por aquello que pasó cuando éramos unos críos... Lo nuestro fue una tontería...

Que Sacha llamara a lo más hermoso que había vivido en su vida “tontería”, a Mario le dolió tanto como si le acabaran de clavar un puñal en el corazón.

—El primer amor es lo que tiene... es tontorrón... —murmuró Mario, intentando disimular su decepción.

—Mi primer y único amor es Tristán, contigo tuve solo un coqueteo sin la menor trascendencia...

Mario tuvo que aferrarse a la isla de la cocina para no caerse al suelo de la impresión de escuchar aquella crueldad.

*¿Pero cómo esa mujer desalmada podía decir que lo suyo no había tenido la menor trascendencia, si ese amor había sido lo más puro y bello que había tenido jamás?*

—Yo no lo viví así... —masculló Mario, apretando fuerte las mandíbulas.

Sacha cogió entonces un melón y le clavó un cuchillo tan profundo como Mario estaba sintiendo que esa mujer se lo estaba clavando en el corazón:

—Pero es lo que fue y tú lo sabes...

—¿Yo? Yo me estoy enterando ahora de que aquello no fue nada para ti.

—Ni para ti, ¿o me vas a decir ahora que sigues enamorado de mí en secreto? Jajajajaja. Mario, por favor, que te tengo por alguien inteligente y juicioso...

Su cuñada siguió troceando el melón sin parar de reírse y esa risa resonó en la cabeza de Mario como la carcajada de una madrastra perversa. De repente, su Sacha, esa criatura dulce y adorable a la que había idolatrado como ninguna, se le acababa de convertir en una bruja con verrugas...

—Tal vez no sea tan inteligente y juicioso como crees...—replicó Mario, reprimiendo su decepción.

—Tú eres Mario, el supertriunfador que vive única y exclusivamente consagrado a su trabajo... Dudo que hayas perdido ni medio minuto de vida reviviendo nuestro ridículo escarceo de verano.

—Te equivocas... En mi vida hay más cosas aparte del trabajo... —repuso Mario, con un cabreo monumental, después de escuchar los adjetivos que esa mujer había escogido para definir lo que para él había sido su gran historia de amor.

Y para más horror, Sacha se echó a reír, cogió un plátano, lo peló y, mientras lo troceaba, replicó:

—¿Tu fundación? Ok. ¿Alguna cosa más? ¿El cactus de tu oficina, tal vez?

Al mencionarle el cactus, Mario no pudo evitar pensar en Salcedo, *que era una tocapelotas sí, pero que seguro que tenía mucha más sensibilidad que Sacha para entender por lo que estaba pasando.*

—Da lo mismo, Sacha.

—Si no pasa nada, Mario. Nos conocemos desde hace mucho y sé perfectamente cómo eres. No tienes más vida que tu empresa, pero eso no es bueno. Nos tienes muy preocupados a todos con la vida que llevas de

ermitaño. Nos tienes a nosotros, seamos familia, de verdad. Cuidémonos y querámonos. ¿Por qué te crees si no que te he llamado? Olvida lo que tengas contra Tristán y volvamos a ser los de antes. Todos nos necesitamos a todos, tenemos que ser una piña...

—Una piña... —farfulló Mario, recordando de repente los megabesos de Salcedo en la colchoneta.

*Y qué besos... Tal vez fuera por su boca de pato, pero habían sido los mejores de su vida... Sin duda ninguna...*

Y no lo decía por despecho, porque Sacha se le hubiera convertido de repente en una bruja con verrugas, es que era la pura verdad.

—Mira, el jueves es tu cumpleaños... He pensado organizar un fiestón en casa de tus padres, me parece una bonita manera de que tú y Tristán retoméis vuestra relación... —propuso mientras pelaba un melocotón.

Llegados a ese punto, Mario ya no pudo más y estalló apretando fuerte los puños...

—¿Te parece bonito que reviva aquel momento en el que vosotros dos me jodisteis la vida para siempre? ¿Y qué me vais a regalar? ¿Otro polvazo en la caseta de la perra Nancy?

Sacha se quedó estupefacta, con los ojos como platos y, aferrada al melocotón que por poco no se le cayó al suelo, replicó:

—Jolín, Mario, ¿todavía te sigue doliendo aquello? Pero si entre tú y yo no hubo más que...

—No sigas, por favor. Mejor cállate... —le pidió cogiendo un trozo de melón y metiéndoselo en la boca.

—¿No me irás a decir que en todo este tiempo no has tenido pareja porque sigues enamorado de mí? ¿Es eso, Mario? ¿Estás enamorado de mí y por eso sigues guardándole tanto rencor a Tristán? —preguntó Sacha, temiéndose lo peor.

Mario lo único que tenía ganas era de salir de ahí y olvidar todo ese despropósito:

—No hagas ahora una telenovela barata...

—¿Me quieres explicar entonces por qué no tienes pareja?

Mario dejó vagar la vista por la encimera y entonces vio una piña... y sonrió:

—No estoy solo.

—¿Ah no? Pues tu madre no me ha dicho nada... No me engañes, sé que no tienes vida social... Solo trabajas y trabajas...—le recordó Sacha, con un deje de reproche.

—Mi madre no sabe nada todavía. Y es cierto que trabajo y trabajo, pero tal vez porque estaba destinado a conocer a la mujer de mi vida en la oficina.

A Mario no se le ocurrió salida más honrosa para aquel bochorno que esa mentira...

—¿Estás liado con una empleada? —replicó Sacha, alucinada.

—¡Estoy enamorado! ¡Soy terriblemente feliz! —exclamó llevándose la mano al corazón.

—Madre mía... ¿Y dónde está? —repuso Sacha, sorprendida.

—¿Dónde va a estar? ¡Esperándome en el hotel!

—¡Y nosotros preocupados por tu soledad! ¡Tenemos que conocerla! Tráela el jueves a la fiesta... Va a ser genial, ya lo verás...

## Capítulo 27

Mario condujo de vuelta al hotel, pensando que lo que había sido cero genial era descubrir que no había significado absolutamente nada para Sacha.

Se sentía tan estúpido y tan cabreado que solo tenía ganas de llegar al hotel, meterse en la cama y regresar al día siguiente a Madrid, en el primer *ferry* en el que encontrara plaza.

Pero todos sus planes se trastocaron por completo, pues nada más llegar al Cala Turquesa, se topó con Salcedo que estaba esperándole con cara de pena en la recepción:

—¡Ven conmigo a cenar, *porfa!* Es que el imbécil acaba de entrar al comedor con Callo Seco...

—Dile que me duele la cabeza...

—No, porque creerá que es una excusa para no follar conmigo. Concluirá que no me deseas y que estás harto de mí...

—Invéntate algo, pero hoy no cuentes conmigo. No tengo ganas de cenar...

—habló Mario, que estaba destrozado.

—¿Te ha ido mal con tu cuñada?

Mario le había contado de forma somera lo de Sacha, había cometido ese error. Le había confesado a Salcedo en el viaje de regreso en barca que se conocieron de adolescentes, que ese amor nunca había podido olvidarlo y que ahora ella con su matrimonio a punto de hacer aguas, quería reencontrarse con él...

—No me gusta hablar de mi vida privada, Salcedo.

—¿No se divorcia? —susurró como si así la pregunta fuera menos

impertinente.

—Salcedo, no es no. No quiero hablar de esto. Vete a cenar con Amanda, y a mí déjame en paz un rato.

—Amanda está en el bar, ya he perdido la cuenta de las piñas coladas que le ha pedido a Michael. De momento, está pasando de ella...

—Cena sola, entonces. Así podrás centrarte mejor en todo lo que falla y el informe te quedará niquelado...

—Ya, pero tenemos un trato. No es por tocarte las pelotas, Mario. Pero si quieres el informe, tienes que hacer el paripé. Solo es cenar y te piras... De verdad que sí...

Mario que más que nunca *necesitaba ese informe para metérselo por culo al cabrón de su hermano*, transigió con Salcedo y la acompañó a cenar...

Ella eligió la mesa que estaba justo al lado de Oliver, porque su jefe tenía razón y era marchosa, y cuando regresaron con los platos del bufé, Callo Seco les aconsejó:

—La parrillada de verduras está deliciosa...

—He cogido un poco de todo... —replicó Alicia con dos platos a rebosar de cosas, porque quería probarlo todo para el informe.

—Comes como una vaca, nena... —le soltó Callo Seco, con toda la mala baba del mundo.

—Es que lo quemo todo. Estamos tan enamorados... —replicó plantándole un beso en los morros a Mario.

—Como nosotros... —dijo Callo Seco, apoyando la mano en el paquete de su novio—. Esta noche después de que disfrutemos de la puesta de sol, nos vamos a Pachá...

—¡No me lo puedo creer! ¡Si es que parece que llevamos vidas paralelas! ¡Nosotros también! —exclamó Alicia, entusiasmada y loca por aguarle la fiesta a ese cerdo.

Mario miró a su empleada espantado porque esa noche solo tenía ganas de meterse en la cama y decidió improvisar...

—Ya, pero te recuerdo galletita que hemos cambiado de planes y hemos decidido quedarnos en el hotel follando hasta que me quede sin leche.

Alicia se quedó petrificada al escuchar a su jefe hablando en ese lenguaje tan de desayuno, en tanto que a Oliver por poco no se atragantó con la berenjena de la parrillada...

—Ah, sí... Sí... Sí... —masculló Alicia, intentando contener el ataque de risa.

—Ya iremos a Pachá otro día, o adonde quieras. Tengo pases VIP de todas las discos... —contó Mario, y era verdad, lo que pasaba era que él no pisaba una discoteca desde hacía siglos. Nunca tenía tiempo...

Alicia dio un beso en los labios a Mario y le dijo tan contenta por seguir con la terminología del desayuno:

—Vale, terroncito... A mí lo único que me importa es estar contigo...

—Nosotros nos vamos mañana tres días a Formentera, pero a la vuelta nos podías dejar algún pase —le pidió Callo Seco a Mario— porque las discotecas de aquí cuestan un pastón y nosotros dependemos de nuestras nóminas. No somos empresarios de éxito, jajajaja.

—Sí, sin problema... —dijo Mario, dando un manotazo al aire.

—Gracias, Mario. Eres guay —replicó Callo Seco guiñándole el ojo.

Luego siguieron con la cena, cada pareja por su lado, y cuando Callo Seco y Oliver se marcharon por fin, Alicia le comentó divertida a su jefe:

—Lo de galletita y la leche ha sido buenísimo, un poco burro, pero letal. ¡Casi me da algo de la cara que ha puesto Oliver! Jojojojojo.

—Me alegro mucho, Salcedo... —dijo Mario sin entusiasmo, mientras se comía una pera.

—¿Qué te pasa que estás tan mustio?

Mario se revolvió en su silla, muy inquieto, por un lado no tenía ganas de hablar sobre lo que le había sucedido, pero por otro necesitaba a Salcedo para que le acompañara a la fiesta de su cumpleaños, en calidad de novia trucha.

—No tengo muchas ganas de hablar, pero voy a tener que hacerlo porque te necesito, Salcedo... —confesó tras terminar de pelar la pera.

—Cuenta conmigo para lo que quieras, Mario. Claro que sí...

—Sacha pasa de mí, interpreté mal lo que me dijo hace unas semanas. Qué le voy a hacer... Soy un torpe de cojones. Resulta que lo que quería mi cuñada no era amarme locamente como yo creía, sino llevarme al redil familiar.

—Jajajajajajajaja —se carcajeó Alicia, doblada de la risa.

—Salcedo sé un poco piadosa con tu jefe cabrón, por favor.

—Mario lo siento, pero es que te pasan unas cosas...

—¡Qué sé yo! Tal vez me esté haciendo viejo... Los próximos que cumplo son 36, será que estoy ya medio chocho.

—Estás perfectamente, pero no entiendo lo de tu cuñada... ¿Quería verte para pedirte que pases más tiempo en familia?

—Quiere que me reconcilie con mi hermano, que por lo visto está muy estresado y según ella mi apoyo le sosegaría... Y yo de paso me libraría de las garras de la soledad en la que habito. ¡Y en la que estoy de puta madre! Pero no se lo dije, ¡me sentía tan estúpido por haber decodificado tan mal las señales!

—¿Pero llegaste a declararle tu amor?

—Casi, menos mal que en el último momento fui muy hábil y le confesé que tenía novia: tú.

—¿Yo? —replicó Alicia, dando un respingo en la silla.

—No me quedaba otra. ¿Cómo iba a confesarle que seguía enamorado de ella hasta las trancas? ¡Me habría puesto de inmaduro para arriba! Porque según Sacha entre nosotros solo hubo un simple coqueteo sin la menor

trascendencia.

—Y para ti fue algo muy importante...

—Lo más puro y lo más bonito que he tenido nunca —reconoció Mario tras dar un mordisco a la pera.

Alicia cogió una tarrina de helado de fresa que ya estaba casi derretida, la abrió y le dijo a su jefe:

—Quédate con eso. Lo importante es cómo lo viviste tú.

—Puede ser que con el tiempo no haya hecho otra cosa más que idealizarlo, porque tampoco es que haya tenido demasiada suerte en el amor. He tenido mis parejas y tal, pero ninguna ha terminado de cuajar. Faltaba siempre algo, ninguna me llenaba del todo, como lo hacía Sacha... Su recuerdo siempre ha estado ahí, torturándome, hasta que tuvimos esa conversación y yo pensé que quería estar conmigo. Si se puede ser más gilipollas que yo, me lo dices...

—No estoy en condiciones de llamar nada a nadie. O si no mira la que estoy liando para darle en las narices a Oliver... Es patético.

—Lo es. Pero no importa, es más como ya tienes experiencia en hacer el ridículo más espantoso ¿qué te parecería hacerte pasar por mi novia el jueves? Es mi cumpleaños, me van a hacer una fiesta y le he dicho a Sacha que iría contigo... A cambio invito a tu ex y a Callo Seco a Pachá, y hasta bailo contigo para desquiciar más a ese mamarracho...

A Alicia se le iluminó la mirada y dijo sin dudarle:

—Cuenta conmigo. *Siiiiiiiiiiiiiiiiii.*

## Capítulo 28

Los tres días siguientes, al no estar Oliver y Callo Seco en el hotel, Alicia y su jefe apenas se vieron. Además, como Michael pasaba totalmente de Amanda, porque no le dirigió la palabra aparte del: “su piña colada, *lady*” de rigor, se dedicaron a recorrer calas, visitar el castillo, ir de tiendas y mercadillos, tomarse helados, ver puestas de sol, y bailar como si no hubiera mañana en las nueve discotecas a las que entraron con los pases que les facilitó Mario.

Y aparte de todo esto, también dieron palmas, porque acompañaron a Maru a la fiesta flamenca del diseñador y, como Mario auguró, acabaron ejerciendo de palmeras en el yate de infinitas esloras.

Ellas no es que tuvieran mucho arte para el flamenco, más bien ninguno, pero ligaron con dos amigos del diseñador, dos modelos de aspecto misterioso, ojos oscuros y cejas mejor depiladas que las de ellas.

Alicia sintiéndolo mucho les contó que lo suyo no podía ser. Que su amiga había venido a recuperar a su gran amor y que ella vivía entregada a joderle las vacaciones a su ex.

Sus corazones no daban para más...

Ellos lo entendieron perfectamente, pero con todo les dieron los teléfonos por si un día les apetecía ver atardecer en el barco de las infinitas esloras...

Y así llegó el jueves y Mario, como habían quedado, pasó a las ocho por la habitación de Salcedo a recogerla para su fiesta de cumpleaños.

Y por extraño que parezca, Alicia estaba tan nerviosa como si fuera la novia de verdad de Mario y esa tarde fuera a conocer a toda la familia.

Había estado dando vueltas durante horas a qué ponerse, había probado distintos peinados, se había maquillado de cinco formas distintas y se había puesto todo lo que traía en la maleta...

Al final, se había decidido por un vestido de flores largo, de aire romántico y bohemio, unas alpargatas de cuña, una cesta que había comprado en una tienda del Dalt Vila, el pelo suelto y el maquillaje suave...

—¡Hola, Mario! Pasa, pasa...

Mario entró en la habitación, cerró la puerta y se quedó patidifuso al ver que había ropa tirada por todas partes, sobre las camas, las sillas, el suelo...

—¡Dios mío, Salcedo! ¿Os han robado?

—No, qué va. Es que he estado haciendo pruebas con distintos estilismos...

—Pero si aquí hay ropa como para llenar una tienda...

—Qué va, son cuatro trapos y ninguno me convence... Al final, me he decantado por este, pero no sé... Estoy muy insegura... ¿Qué tal voy? —preguntó dando una vuelta sobre sí misma—. Si no estoy apropiada, dímelo que tengo estilismos para todo tipo de familias... —preguntó muy ansiosa.

Mario la miró estupefacto, llevaban unos días sin apenas verse y Salcedo estaba como renacida... *Tal vez era porque se le había pegado el sol y los días de descanso le estaban sentando bien*, pensó Mario, el caso es que la encontró radiante.

—Estás perfecta para cualquier tipo de familia. Te brilla todo, el pelo, los ojos, los dientes, la piel...

—Joder, Mario, ¿qué quieres decir con eso que normalmente lo tengo todo marchito y apagado?

—No, mujer, quiero decir que el mar y el sol te sientan muy bien.

—Ah, ¿y mi estilismo qué tal? Es que como no sé si tus familiares son como tú o más relajados... —se excusó Alicia.

—¿Cómo yo de estirados quieres decir? —preguntó Mario, mordaz.

—Mario no me busques las vueltas que estoy muy nerviosa —pidió mientras abría el frasco de Fiesta Carioca de Escada y se perfumaba.

—¡Qué bien huele! —exclamó Mario aspirando ese aroma que esos días había echado de menos.

Salcedo era una tocapelotas tal que cuando no estaba dejaba un vacío tremendo, eso le pasaba a Mario siempre en la oficina cuando faltaba alguna vez, no mucho porque Salcedo había ido a trabajar hasta con 39 de fiebre, y ahora le estaba pasando en Ibiza...

Esos tres días que apenas la había visto, había acabado extrañándola... *Sus pesadeces, sus propuestas de lo más absurdas, sus dramatismos y su boca de pato...*

A decir verdad su boca de pato le estaba quitando hasta el sueño, porque desde que la había probado no podía dejar de pensar en los besos y morreos espectaculares que se habían dado...

De hecho, pensaba con tanto ahínco que se había pasado esos tres días pajeándose como un mono, cosa que no entendía aunque finalmente achacó al verano, a Ibiza y al mar...

Y, entretanto, Alicia seguía con sus dudas:

—Dime entonces, por favor, ¿voy bien o me pongo otra cosa más formal?

—Nos tenemos que ir ya o llegaremos tarde.

—¡Pero dime si voy bien o estoy haciendo el ridículo! —insistió Alicia, que volvió a darse una vuelta sobre sí misma.

Mario la miró y puede ser que fuera por el efluvio de su perfume floral, por el pelo que flotó en el aire, el pecho que se bamboleó un poco y esa boca tremenda de pato que no pudo evitar mirar, pero se puso duro como una barra de hierro.

—¡Que sí, Salcedo! ¡No seas plasta! Mi familia es gente normal, el único borde y estirado que hay soy yo. Así que estate tranquila...

El que no estaba para nada tranquilo era él, que por esas cosas del calor y los efluvios florares estaba deseando arrancarle la ropa a su empleada y empotrarla contra la pared del fondo.

—Antes de irnos, tengo que darte una cosita... ¡Por cierto, feliz cumpleaños, Mario! Con los nervios no te he dicho nada...

Alicia cogió a Mario por los hombros con la intención de darle dos besos, pero él giró la cabeza y acabó dándole un beso en los labios.

A Mario ese beso inesperado le hizo arder tanto la sangre que apretó a Salcedo contra su cuerpo, abrió los labios y empujó con la lengua los dientes de ella hasta que invadió su boca...

Alicia, feliz, no puso ni la más mínima resistencia, porque los últimos tres días no había hecho otra cosa más que pensar en los besos de ese tío que lo hacía como nadie.

*¡Quién lo iba a decir!* En contra de todo lo previsto, Mario que parecía tan tieso y tan borde, besaba con una pasión y un fuego que la tenían completamente loca.

Tanto que estaba besando a su jefe en la habitación de su hotel, y estaban los dos solos porque Amanda seguía pidiendo piñas coladas a Michael.

Pero la cosa no quedó ahí, porque Mario no pudo resistirse, la cogió por el culo y la empujó contra la durísima erección...

—Joder, cómo besas... —susurró Alicia, con los labios pegados a los de él.

—Pues tú... Salcedo tienes una boca que me pone...

—Ya veo, ya...

Mario enterró los dedos en la nuca de Alicia y volvió a besarla, desesperado...

—No puedo dejar de fantasear con que te como la boca, bueno y muchas cosas más...

Alicia sonrió, le lamió los labios, los mordió y luego volvieron a enredarse en un beso de lo más húmedo y guarro, mientras Mario le subía el vestido...

—Yo también le doy a las fantasías... contigo. Y hueles tan bien, tu Bvlgari Man, me mata...

Mario la cogió en brazos, ella rodeó el cuerpo de ese pedazo de tío con las piernas y él susurró sin dejar de besarla:

—¿Tienes condones? O si no te hago un lavado de alfombra...

Alicia le miró extrañada y preguntó muerta de risa porque no sabía de qué técnica sexual estaba hablando:

—¿Qué alfombra?

—El chichi, que si te como el chichi...

—Oye pero que tampoco tengo una alfombra de pelo largo...

—¿Tienes o no tienes condones?

—Amanda tiene en el bolso, se compró ayer unos de esos suaves y sensibles por si volvía a tirarse a Michael —dijo señalando el bolso que Mario tenía junto a él.

—Suaves y sensibles... —gruñó Mario con ganas de ser con Salcedo de todo menos suave y sensible—. Trae para acá...

## Capítulo 29

Mario la dejó en el suelo, buscó en el bolso de Amanda, encontró al momento los condones, abrió uno y se lo puso tras quitarse los *jeans* y los *slips*.

Luego coló las manos por debajo del vestido, le bajó las braguitas y las dejó sobre la mesa.

—Esto es muy fuerte para mí... Yo no me he acostado nunca con desconocidos, solo lo he hecho con mis novios. ¡Y no he tenido más que tres!  
—le advirtió Alicia, loca por llegar hasta el final.

—Yo no soy ningún desconocido... —susurró Mario tras cogerla del cuello y darle un beso muy húmedo en la boca.

—Tú eres mi jefe y es horrible porque aunque se supone que te detesto, no puedo dejar de pensar en ti —murmuró Alicia que estaba temblando de pura excitación.

Mario deslizó una mano por el escote del vestido, apartó el sujetador y pellizó suave el pezón duro de Alicia.

Ella gimió y él confesó...

—Te juro que para mí esto está siendo totalmente inesperado. Tres años trabajando juntos y sí, siempre me has parecido una mujer atractiva, pero nunca ha pasado de ahí... En cambio, ahora cada vez que te veo solo tengo unas ganas terribles de follarte por todas partes y perdona que sea tan burro...

—No hay nada que perdonar, me pasa lo mismo... —confesó Alicia, mientras Mario recorría ahora la boca de pato que tanto le gustaba con el dedo índice.

—No sé qué me está pasando, no sé si será el calor, Ibiza, el teatrillo barato que ha destapado la caja de los vicios, pero siento un deseo por ti que no puedo controlar.

—¿La caja de los vicios? —replicó Alicia muerta de risa.

—Me pones mucho...

—Y tú a mí...

Alicia abrió la boca y Mario hundió el dedo hasta el fondo más excitado que nunca.

—Madre mía... —gruñó en tanto Alicia lamía el dedo con los ojos cerrados.

Luego para sorpresa de Mario, Alicia cayó de rodillas, e hizo lo mismo con la erección que introdujo en su boca hasta arrancarle unos cuantos gemidos que la excitaron más todavía.

Después, Mario tiró de ella para que se levantara y tras besarse otra vez, ella susurró:

—No entiendo nada, para mí siempre has sido Lord Cactus, mi jefe cabrón y aquí me tienes rendida a tus pies —susurró Alicia, en tanto que Mario volvía a dar pequeños tironcitos a sus pezones.

—Y qué manera de rendirte... Tienes una boca divina...

—Eres tú, que sacas lo peor de mí...

—Tampoco soy tan malo... —replicó con una sonrisa mordaz.

—Pero ahora quiero que lo seas. Sé malo, muy malo...

Mario gruñó, volvió a coger a Salcedo en brazos y la empotró contra la pared blanca de la habitación, mientras le subía de nuevo el vestido:

—Me vuelves loco, Alicia... —susurró al tiempo que se devoraban las bocas.

Y al escuchar aquello, a Alicia le dio un vuelco al corazón porque era la primera vez que su jefe la llamaba por su nombre...

—¿Alicia? —replicó sin dejar de besarle.

—¿Te llamas así, no?

—Sí, pero es la primera vez que me llamas por mi nombre.

—Es Ibiza, me está trastornando por completo...

Mario deslizó una mano por el pecho de Alicia y tras besarla en el cuello, y apretarla fuerte del culo, la penetró haciéndola gritar:

—Sigue, no pares... —le rogó aferrada a los hombros de Mario.

Él obedeció, comenzó a penetrarla despacio, pero en seguida la notó tan mojada que aumentó el ritmo y la intensidad, sin parar de besarla.

Alicia sentía el frío de la pared a través de la tela fina del vestido pero le daba lo mismo, lo único que quería era que Mario siguiera besándola y haciéndole el amor hasta quedar exhaustos.

Como así fue, Mario siguió penetrándola cada vez con más dureza y contundencia, hasta que Alicia gimió de la tal forma que decidió llevarla hasta la cama...

Allí se deslizó a besos hasta la entrepierna húmeda de la chica y comenzó a lamerla hasta que su clítoris se endureció de tal forma, que alzó las largas piernas de Alicia, que ella colocó sobre los hombros fornidos de Mario, y la penetró de una forma tan intensa y profunda que ella creyó que no podría resistirlo.

—Esto es... —murmuró Alicia, sin dejar de jadear.

—El paraíso... —le susurró Mario.

—Dudo que pueda aguantar mucho más...

—Claro que sí... Conmigo vas a poder hacer de todo. Yo no soy como ese panoli de Benji... Yo soy un tío de verdad...

—¿Benji?

—Sí, como los de la serie, Oliver y Benji, los magos del balón...

—Se llama Oliver... —dijo partida de risa.

Pero él gruñó y soltó:

—Que le den...

Mario retiró la ropa que había sobre la cama, dio la vuelta a Alicia, la puso bocabajo, la levantó por las caderas, y así siguió penetrándola desde atrás haciéndola gemir más todavía...

Y es que Mario follaba con tanta vehemencia que Alicia estaba temiendo que ese tío con sus embestidas salvajes acabara cargándose el somier de la cama...

—Mario eres una bestia... —susurró al borde de las lágrimas porque en la vida había conocido nada igual.

—¿Aflojo?

—Ni de coña... No... Sigue... Sigue... —suplicó alucinada, porque se suponía que ella solo podía tener sexo con amor, y sin embargo estaba teniendo el mejor polvo de su vida con alguien a quien supuestamente detestaba.

Y es que Mario follaba poniéndole tanta pasión y tanta entrega que aquello era lo más excitante que había experimentado jamás.

—Esto es demasiado... —musitó Alicia, cuando ya estaba al borde el orgasmo.

—Esto es solo el principio, si quieres...

—Joder, por supuesto que quiero.

Alicia estaba tan excitada que Mario solo tuvo que deslizar una mano hasta el clítoris y darle unos golpecitos con el pulgar para que se corriera entre gritos que sofocó enterrando la cara en la almohada.

Luego Mario que estaba cachondo como no recordaba al sentir el orgasmo de esa mujer apretando su erección, la penetró más duro todavía, hasta que segundos después se corrió también aferrado a los pechos de Alicia.

Después se tumbaron juntos y Alicia suspiró, maravillada:

—Jo, qué polvo... Eres un máquina.

—No exageres, lo que pasa es que has debido dar con cada patán...

—No seas humilde...

—No se trata de eso, te deseo... Mucho además... —susurró besando a Alicia en los labios.

—Y yo —replicó Alicia, con una sonrisa enorme.

—Muchas gracias por este sorpresón de cumpleaños...

—Espera un momento...

Alicia se levantó y sacó de su bolso un paquetito que había envuelto en una bolsita de papel...

—Toma es para ti. El envoltorio es un poco cutre, perdóname, es que no he encontrado otra cosa mejor.

—¿Más regalos? —preguntó Mario, enarcando una ceja—. ¡No hacía falta!

—Es una tontería, pero lo vi y no pude evitar pensar en ti... ¡Ábrelo!

Mario abrió emocionado el regalo de Alicia y eso que él no era de celebraciones, ni de regalos, ni de nada... *¡Era Lord Cactus, qué coño!* Sin embargo, ese día estaba tan nervioso que hasta le temblaban las manos...

—De verdad que no tenías que haberte molestado... —insistió y entonces sacó de la bolsita un llavero con una piña dorada con incrustaciones de brillantitos—. Joder, este llavero es bueno, es de oro y brillantes... —murmuró alucinado.

—Estuvimos en la fiesta del diseñador y nos lo regaló porque por lo visto las piñas simbolizan la hospitalidad y el buen rollo. Yo al verlo no pude evitar acordarme de ti y de nuestra travesía en colchoneta.

Mario sonrió feliz como no recordaba y luego dijo tendiéndole el llavero:

—Te lo agradezco pero no puedo aceptarlo, es tu regalo...

Alicia cogió fuerte las manos de Mario y repuso:

—Es tuyo. Quiero que lo tengas tú, como recuerdo de un día tan loco y

especial... Además el diseñador nos aseguró que daba suerte...

Mario suspiró y tras darle un beso en los labios, solo pudo susurrar:

—Que estés a mi lado sí que es una suerte...

## Capítulo 30

Luego se arreglaron otra vez y se marcharon por fin a la fiesta a la que llegaron media hora tarde.

Mario le echó la culpa al tráfico y todos le creyeron menos su abuela que le conocía demasiado bien:

—Tú traes una cara que hacía mucho que no te la veía... —comentó la abuela después de que Mario hubiese hecho las presentaciones y cogiera a su nieto por banda, en un aparte.

—¿Cara de qué? ¿De fechoría? —replicó Mario, divertido.

—¿De feliz! Y no sabes cuánto me alegro, porque si tú estás feliz nos fastidias menos a todos...

—Ni que me pasara el día haciéndoos putadas...

—Pues casi... —replicó la abuela, encogiéndose de hombros—. Pregúntale a tu hermano que le tienes de los nervios con tu afán de excelencia y tus exigencias sin fin...

—¿Eso dice él de mí? Que no exagere tampoco, le exijo mucho más a Salcedo y no se queja ni la mitad...

—¿Quién es Salcedo? —preguntó la abuela arrugando el ceño.

—Mi mano derecha y mi pareja —dijo con orgullo, mientras observaba cómo Alicia hablaba con sus sobrinas.

—Me ha caído estupendamente, a ver lo que te dura...

—¿Por qué no me va a durar? —replicó Mario a la defensiva.

—Es una chica talentosa, inteligente, bonita, dulce y encantadora que debe tener miles de pretendientes. Y casi todos mejor que tú...

—Gracias abuela... —Y se lo agradeció de verdad porque su abuela sabía ser sincera como nadie.

—De nada, así que ponte las pilas y cuídala... ¡No la dejes escapar!

—No, por supuesto que no —murmuró mientras veía que Alicia no solo aplaudía las coreografías de las plastas de sus sobrinas, sino que se había puesto a bailar con ellas.

Y bailaba fatal, porque Salcedo era más bien patosa, pero la pobre le ponía tanta voluntad y empeño que a Mario le produjo una ternura tremenda.

—A ver si ahora que estás enamorado, perdonas de una vez a tu hermano.

—No tengo nada que perdonarle... —mintió Mario.

Pero a su abuela era imposible engañarla...

—No te figuras lo que he rezado para que te sacaras a Sacha de la cabeza...

—¿Sacha? —replicó Mario, haciéndose el tonto.

—Menos mal que Dios ha escuchado mis plegarias y te ha enviado una mujer que es perfecta para ti.

—¿Ah sí? —preguntó Mario, sin dejar de mirar a Salcedo que estaba intentando aprender un paso que le estaban enseñando sus sobrinas.

—Mira cómo estás de embobado mirándola...

—Lo suyo no son las coreografías, pero es una chica muy especial —suspiró Mario que no pudo evitar recordar los besos en la habitación.

—Yo estoy tan contenta de que por fin nos hayas traído una novia, a ver si así dejas a tu hermano tranquilo.

—Yo solo velo por el bien de la empresa, hago lo que debo. Ni más ni menos, abuela... —habló en un tono que intentó que fuera convincente.

—De pequeño no soportabas que tu hermano te cogiera nada, ni siquiera los juguetes con los que jamás jugabas.

—¿A qué santo de qué viene retrotraerse a la infancia? —replicó Mario, sabiendo perfectamente por qué su abuela estaba sacando ese tema.

—Le estás haciendo la vida imposible a tu hermano para que repare un daño que realmente no te hizo, porque Sacha no era para ti. A ti te estaba esperando ella... —aseguró señalando a Alicia, que acababa de trastabillarse tras dar varias vueltas sobre su eje.

Mario suspiró y justo en ese momento les llamó Sacha para que acudieran a cenar, en la mesa que había preparado con mucho encanto en el jardín.

Alicia se sentó frente a Mario, rodeada por las sobrinas, y él le sonrió mientras le decía entre dientes:

—Paciencia...

Alicia se lo estaba pasando genial porque Mario tenía razón: el único desagradable y antipático de su familia él. Todos los demás eran muy amables y acogedores, incluida la perra Nancy, que con ella era un amor, y la estaban haciendo sentir como en casa.

—¿Qué tal todo en el hotel? —preguntó Tristán, con ansiedad, tras sentarse al lado de Mario.

Tristán se parecía mucho a Mario, era alto, moreno, también tenía los ojos azules, no era tan guapo como él, pero tenía una presencia mucho más amable y cercana. Era risueño, atento, agradable, cariñoso... La noche y el día, vamos.

Mario sin prestarle ninguna atención, porque no podía dejar de mirar a Alicia, respondió:

—Genial. De maravilla. Formidable.

Tristán respiró tranquilo, había doblado su dosis de Lexatin del estrés que le generaba la visita de su hermano, pero esa respuesta le produjo un gran alivio y, con una sonrisa enorme, replicó llevándose la mano al pecho:

—¡Menos mal! No sabes qué peso me quitas de encima. Este año hemos introducido muchos cambios y la inauguración fue de lo más estresante...

Tan estresante que había terminado en el psicólogo para tratar la ansiedad

tan enorme que tenía.

—Ha merecido muchísimo la pena... —habló pensando en Alicia y lo que había sucedido en su habitación.

—Gracias, Mario —repuso Tristán, que desde que Mario estaba en el hotel ni se había atrevido a pasarse por allí por temor a que le endosara un informe de cien páginas plagado de quejas y de mejoras.

—Es un placer, un placer que jamás voy a olvidar —comentó refiriéndose a Alicia, obviamente.

Alicia se sonrojó, porque Mario no dejaba de mirarla y Tristán, emocionado de escuchar a su hermano por primera vez valorar su trabajo, replicó:

—Hemos trabajado muy duro, Mario. Me reconfortan muchísimo tus palabras, de verdad.

—Es lo que siento... —afirmó con la vista clavada en la boca de pato de Alicia, que se moría por besar otra vez.

Tristán entonces se vino a arriba, y preguntó para saber con más detalle:

—¿Las camas qué tal? Las hemos cambiado este año, las hemos puesto *twinbed* y *kingsize* en todas las habitaciones. Tienen más grosor, son mucho más confortables, firmes y estables, no tienes la sensación de hundirte como las antiguas... El descanso es una de las variables que más valoran los clientes y creo que hemos dado una respuesta satisfactoria a sus demandas.

—Sin duda, doy fe de que el núcleo de muelles garantiza una perfecta amortiguación y elasticidad —respondió Mario, muy serio.

Alicia por poco no se atraganta con la copa de vino, solo de recordar lo que había hecho Mario para comprobar la calidad del núcleo de muelles...

Y Tristán que todavía ni se creía que su hermano solo tuviera palabras de elogio para su trabajo, aun se atrevió a preguntar:

—¿No has encontrado nada que podamos mejorar?

Mario se sirvió un gazpacho que había hecho su padre, que desde que se

había jubilado le había dado por experimentar en la cocina:

—Todo es mejorable, pero la perfección es tremendamente aburrida.

—¿Ah sí? —replicó su padre, convencido de que ese no era su hijo, de que se lo habían cambiado.

—¿Qué tiene de raro lo que acabo de decir, papá?

—Como sueles agotarnos con tu obsesivo nivel de excelencia y perfección, me extraña que ahora te parezca aburrido. Porque lo es... Y mucho, no te figuras lo que nos has llegado a cansar con tus exigencias delirantes...

Mario probó el gazpacho de su padre y comentó:

—Al gazpacho parece que le vas cogiendo el punto...

El padre de Mario se echó a reír y le dijo a Alicia, agradecido:

—Te agradecemos profundamente lo que estás haciendo con él.

—No hago nada —replicó Alicia, encogiéndose de hombros.

—¡Quererle! ¿Te parece poco? —habló el padre y todos se echaron a reír.

## Capítulo 31

Mario pensó que su padre tenía razón, porque Alicia tenía que quererle bastante para hacer todo lo que había hecho por él y por su empresa, a la que vivía consagrada por completo, como si fuera suya.

De hecho, por su culpa había sacrificado hasta su vida personal, aunque bien pensado era mejor así porque el panoli de su ex no le pegaba para nada.

A Salcedo le pegaba otro tipo de hombre, *con más carisma, carácter y personalidad, alguien como él, ¿por qué no? Sin duda, él le pegaba mucho más que ese pelele que osaba a cambiar a una diosa como Alicia por alguien como Callo Seco.*

Y mientras Mario pensaba en Alicia, ella observaba a Sacha y entendía a la perfección por qué su jefe se había quedado tan enganchado de ella. Esa mujer era un portento, no solo era guapa, inteligente, adorable y considerada, sino que todo lo hacía de maravilla.

Era pediatra, tenía la carrera de ballet y la de piano, y por lo que estaba contando en la cena, había confeccionado los vestidos que llevaban sus hijas, por la mañana había reparado la moto acuática, el día anterior navegó el velero familiar y las flores del jardín las había plantado ella...

Además, había preparado una fiesta de cumpleaños perfecta, en la que no faltaba de nada, y encima se había tomado la molestia de hacer una tarta que tenía una pinta estupenda.

Alicia que no sabía coger una aguja, que no tenía ni idea de mecánica, que apenas sabía subirse a una colchoneta de plástico, que se le morían todas las plantas, y que la única vez que intentó hacer una tarta casi se le quema la casa,

sintió una gran admiración por esa mujer que era un sueño para cualquiera.

Lo que Alicia no sabía era que cuando Lord Cactus se dispuso a soplar las velas de su tarta y una de sus sobrinas le pidió que formulara un deseo, no pensó en Sacha.

Sacha era un prodigio de mujer, había perdido la cabeza por ella, pero cuando Mario sopló su vela en quien pensó fue en Salcedo. Deseó que al año siguiente y al siguiente y al siguiente, Alicia siguiera a su lado y pudiera seguir besando esa boca de pato que tanto le gustaba.

Y para su sorpresa, su deseo se cumplió al instante, porque tras soplar la vela, Alicia se echó a sus brazos y lo besó en los labios, mientras todos aplaudían.

—¡Felicidades, mi amor! —exclamó Alicia, emocionada.

Y es que aunque Alicia había besado a Mario por seguir con el paripé, en el fondo estaba feliz de estar con él y con su familia, celebrando ese momento tan especial y más después de lo que había sucedido en la habitación.

Ella tenía claro que había sido un polvo, pero no podía evitar sentir mucho cariño por Mario, a pesar de que era su jefe cabrón, el Lord Cactus al que había clavado dardos en su foto, las tardes de los domingos...

Y a Mario el beso le encantó, sabía que lo de “mi amor” era teatro, pero el beso no... El beso había sido tan de verdad que estaba loco por volver a repetirlo.

Por eso, en cuanto se acabó el champán, Mario le propuso a Alicia que fueran a buscarlo a la cocina...

Ella le acompañó hasta allí y, en cuanto se quedaron a solas, Mario le dijo agradecido:

—Gracias por todo, por soportar a las pelmas de mis sobrinas, por celebrar el gazpacho de mi padre, por aguantar el baboseo de Nancy, por llamarme mi amor...

—Me lo estoy pasando genial. Gracias a ti por haberme invitado... Y cómo te entiendo con lo de Sacha, creo que hasta yo he estado a punto de enamorarme... —bromeó Alicia.

—Es una mujer maravillosa...

—No me extraña que te haya marcado tanto...

—Lo superaré, es más creo que lo he superado... —confesó Mario, cogiendo una cubitera con champán.

Alicia le miró extrañada y replicó intrigada:

—¿Cómo que lo has superado?

—Cuando mi sobrina me ha pedido que formulara un deseo, me he dado cuenta de qué es lo que quiero verdaderamente. Y no es a Sacha, ni mucho menos. Y no lo digo porque ella me haya rechazado previamente, sino que ese deseo lo tenía yo ahí, de antes... No sé si me explico —contestó Mario, revolviéndose el pelo.

—No me digas el deseo porque si no no se cumple, pero entiendo que hablas del trabajo, ¿no? Imagino que lo que deseas tiene que ver con lo profesional y tal...

Mario dejó la cubitera con el champán en la encimera, se acercó a Alicia y cogiéndola de las caderas, le susurró al oído:

—Imaginas mal...

Alicia dio un respingo y, muy nerviosa, replicó:

—Para ti lo más importante es el trabajo, no tienes ninguna otra prioridad.

A Mario le entraron ganas de desnudar a Salcedo ahí mismo, y hacerle el amor sobre la lavadora para que se enterara de una vez de lo que estaba hablando.

—¿Quieres que te confiese cuál es mi prioridad ahora mismo? —preguntó Mario, cogiéndole por la cintura y pegándola contra él.

—Dios mío, Mario, estás duro otra vez...

—Es lo que le he dicho antes a mi padre, las imperfecciones son muy aburridas.

—¿Ah sí? —susurró Alicia en tanto que Mario le mordía el cuello.

—Sí, mucho. Me fascina que bailes fatal, que cantes peor, que descuelgues un armario entero para dar con un estilismo...

—Si solo fuera eso... No sé arreglar motos, ni coser un dobladillo, ni hacer arroz con leche, ni...

Mario la beso en los labios y musitó:

—Joder, eres brillante, perseverante, trabajadora, creativa, luchadora y la tía más lúcida que he conocido en mi vida. Tienes visión de negocio, dominas la estrategia, eres la mejor analista de datos del mundo, jamás he visto una capacidad de optimizar los ingresos de cualquier negocio como la tuya...

—Mario ¿qué te ha pasado? —preguntó Alicia sorprendida—. Es la primera vez que valoras lo que hago...

—Siempre lo hago, otra cosa es que lo diga. Pero ya sabes cómo soy de cabrón...

—Un poco... —repuso Alicia, entre risas.

—Joder, y luego tienes una boca que resucitaría a un muerto...

—¡No seas exagerado!

Mario volvió a besarla, esta vez con mucha más intensidad y confesó:

—No sé qué locura me ha entrado al pisar esta isla, pero bendita locura... Sacha ha estado siempre ahí, sí, fue mi primer amor y creí que jamás iba a encontrar a nadie como ella... Pero poco a poco me he ido enredando en ese juego tonto contigo y ya no tiene nada de teatro... Te toco de verdad, te beso de verdad y siento de verdad...

Mario besó otra vez a Alicia, y a la que no le quedó ninguna duda de que lo que estaban sintiendo esos dos era verdadero, fue a Sacha que los pilló con las manos en la masa.

—¡Perdonad! He venido porque como tardabais tanto... —se justificó.

En realidad, Sacha había acudido porque a pesar de que la química entre Alicia y Mario era innegable, le chirriaba algo de esa relación que su cuñado se había sacado de repente de la manga.

Incluso había pensado si no sería un paripé que se habría montado Mario para que la familia le dejara en paz con lo de su soledad...

Sin embargo, al verlos así de acaramelados era imposible dudar de que aquello no fuera cierto. Y se alegraba muchísimo de que así fuera, porque Mario se merecía ser feliz...

—Jajajajaja. Unos cuantos años después, la situación se repite pero al revés. ¡Esta vez soy yo el que pega el morreo! —comentó Mario muerto de risa, refiriéndose al desagradable incidente de años atrás, en el que se encontró el día de su cumpleaños a Sacha besando a Tristán en la caseta del perro.

—Por fin estamos en paz... —dijo Sacha, riendo también.

—Vayamos a celebrarlo —propuso Mario cogiendo la cubitera con la botella de champán.

—Y gracias por el apoyo que has dado a Tristán, verdaderamente lo necesitaba —reconoció Sacha.

—Dale las gracias a Alicia, ella es la culpable de todo...

## Capítulo 32

Ya de vuelta al hotel, Mario le pidió que se quedara a pasar la noche con él y a Alicia le faltó tiempo para decirle que sí.

Solo le pidió que antes le dejara hacer una llamada a su madre, con la que no había hablado en todo el día...

—Un saludito rápido y ya está... —le dijo Alicia, mientras abría las cortinas de la habitación y comprobaba que Mario tenía mejores vistas a la bahía de San Antonio que las suyas—. ¡Estas vistas son espectaculares! ¡Qué suertudo!

—Soy un enchufado... Múdate, pero eso sí los ochos kilos de ropa los dejas en la otra habitación.

—¡Solo son tres trapitos de nada! —replicó mientras el teléfono daba tono—. ¡Mami, buenas noches!

—Anda que vaya horas que tienes de llamar, las dos de la mañana...

—Tú te acuestas tarde...

—Sí, pero no he sabido de ti en todo el día y me preocupo.

—Tranquila, estoy genial... Todo bien. Te llamaba solo para eso, que descanses, mami... Besit...

—¡Espera no cuelgues! ¡Y cuéntame! ¿Ya ha vuelto Oliver? —le ordenó su madre que quería saberlo todo.

—No. Supongo que volverá mañana.

—¿Y con Lord Cactus qué tal? —Alicia le había contado a su madre que se había encontrado con los dos hombres en la isla, pero había tomado la precaución de no contarle nada de lo del teatrillo, porque iba a ponerla de

pava para arriba.

Y Mario, que estaba escuchando perfectamente la conversación, al escuchar su nombre arqueó una ceja expectante...

—Bien, muy bien. Todo genial con él. Hoy me ha invitado a su cumpleaños y me lo he pasado de maravilla.

—Yo no te entiendo, hija. Te pasas el día poniendo a caer de un burro a ese hombre ¿y ahora te lo pasas genial con él?

—Es que es otro ambiente mucho más distendido, estamos relajados y la cosa fluye entre nosotros.

—¿Qué cosa? Oye ¿no te habrás liado con él? —Mario soltó una carcajada y Alicia se llevó el dedo índice a la boca para pedirle que se callara.

—No, mami, qué cosas tienes. ¡Ni se me ocurre! —replicó aun a riesgo de que Mario pensara que era una mentirosa.

—¿Quién se ha reído?

—¿Quién va ser? ¡Amanda! ¡Estoy con ella en la habitación!

—Pues parecía un señor...

—Es que está fatal de los bronquios y de la garganta... Muy mal —aseveró y Mario tuvo que enterrar la cabeza en la almohada para no partirse de risa.

—Chica, pues que vaya al médico porque tose como un tiarrón.

—Mañana sin falta vamos, y ahora a descansar. Buenas noches, mami...

—Espera, que no he terminado... —le interrumpió su madre.

—Ya me lo cuentas mañana, es que tengo muchísimo sueño y Amanda quiere dormir, la estoy molestando con mi conversación.

—Sal a la terraza, esto es importante...

Mario miró a Alicia mordiéndose los labios y ella tuvo que darse la vuelta para no partirse de risa también.

—Venga ya estoy en la terraza, date prisa que hace mucho frío —mintió porque seguía al lado de Mario.

—Qué suerte porque aquí las chicharras ni cantan del aburrimiento de calor que tienen... Lo que te quiero decir es que los líos de oficina no funcionan jamás y al final acabas perdiéndolo todo: al novio y al trabajo.

—Ya, mami... Tranquila que eso no me va a pasar a mí...

—No sé yo si te pasas el día de arriba para abajo con tu jefe...

—Me lo encuentro en el hotel, pero no estamos todo el día pegados. Lo de hoy ha sido excepcional...

Mario miró a Alicia con el ceño fruncido temiendo que lo que estuviera diciendo fuera cierto. Y ella al momento negó con la cabeza...

—Tú eres una buena chica y ese hombre es un jefe al fin y al cabo. No tienes una relación de igual a igual con él, y si los chicos normales te acaban dejando siempre, imagina tu jefe que tiene ese poder sobre ti.

—Vale, mami, seguiré tu consejo... —balbuceó avergonzada y a punto de fingir un corte de línea.

—Es lo que tienes que hacer... Porque con lo que cuesta encontrar un trabajo bueno en estos tiempos, supongo que no vas a ser tan tonta como para arriesgarte a perderlo todo...

—Ya...

—Sería un auténtico despropósito que con la de tíos que hay en Ibiza, acabaras liada con el que menos te conviene. Demostrarías tener muy poca cabeza, hija.

Mario puso una mueca muy graciosa y Alicia no pudo evitar echarse a reír:

—Tranquila, mami. Jajajajaja.

—¿Por qué te ríes?

—Es que estoy viendo algo muy divertido desde aquí... Desde la terraza...

—Pues eso es lo que tienes que hacer, divertirte y asumir que un jefe es un jefe y nada más. Sé que puede ser una tentación y más el tuyo que es guapo, porque cada vez que entro en tu habitación y veo la foto que tienes colgada de

él...

Mario miró estaba vez a Alicia alucinado, con los ojos como platos... y ella casi se murió de la vergüenza:

—Bueno, mamá, ya, vamos a descansar —le cortó, temiéndose lo peor.

—Sí, pero déjame terminar, que te decía que ese hombre está muy bien, porque es que resulta que después de los cuernos, el entrecejo, las verrugas, los bigotes y el látigo que le pintarrajeaste en su foto, el tío sigue estando guapo...

Al escuchar aquello Mario se tapó la cara con las manos y se mordió los carrillos para no partirse de risa:

—Sí, mamá, sí... Es guapo... Pero que tú tranquila... Está todo bien...

—Solo quiero ahorrarte disgustos, que ya has tenido unos cuantos. Imagina que te enrollas con tu jefe y te deja por la primera que pase por allí, como te ha pasado con Oliver. ¿Qué haces? ¿Soportarías ver cómo cada día dice a otra “eres la mejor, mi vida”? Te lo digo ya, con lo sensible que tú eres, no lo soportarías y acabarías marchándote sin indemnización, ni trabajo a la vista... ¡Que te conozco, hija! Que te he parido y sé cómo eres... Quien evita la ocasión, evita el peligro...

—De acuerdo, mami. ¿Puedo colgar ya?

—Sí, que descanses, corazón. Besitos también para Amanda, que se mejore...

Alicia colgó muerta de la vergüenza y Mario se sentó a su lado con una sonrisa de lo más cabrona...

—Qué vergüenza y lo peor es que tú te estás partiendo de risa...

—¿Cómo quieres que esté sabiendo que tienes mi retrato pintarrajeado en la casa de tus padres?

—Y en la mía te tengo en un *collage* que mejor que no lo veas... —confesó Alicia partida de risa.

—Joder Salcedo, ¿tan malo soy? —preguntó como si no hubiera roto un plato jamás.

—Eres insufrible, así que tenía que desahogarme de alguna forma.

—Soy exigente, pero no más de lo que soy conmigo.

—Pues debes tratarte fatal, qué quieres que te diga... Las únicas palabras amables que te he escuchado en tres años han sido las de hoy.

—Nunca busques la aprobación ajena, solo la tuya... No pongas nunca tu seguridad ni tu autoestima en manos de nadie. Solo en ti. Tú eres la única que sabes al final del día cómo has hecho las cosas...

—Lo sé, pero también se agradecen unas palabras de aliento de vez en cuando...

Mario la tomó por el cuello, la besó en los labios y susurró:

—Tú mejor que nadie, que lo sabes todo de estrategias y de indicadores eres consciente de hasta qué punto eres responsable de los logros de la empresa. Si no es por ti, no cumpliríamos con los objetivos que nos marcamos cada año... Te debo tanto, Alicia... Te debo demasiado...

Mario la miró a los ojos con tanta gratitud que Alicia se echó a temblar de la emoción y susurró:

—Bésame, solo bésame...

## Capítulo 33

Y mientras Alicia y Mario lo hacían como salvajes en la habitación, Amanda y Michael hablaban tumbados sobre el pañuelo de elefante de Alicia, en una cala perdida del norte de la isla...

Y es que como cada día, Amanda esperó a Michael a la salida del trabajo, como tenía pensado hacerlo hasta que ese tío acabara entrando en razón, aunque así tuviera que esperar mil años...

Pero no fue tanto...

Porque aquel día, cuando Michael salió del trabajo y se encontró con Amanda que estaba más espectacular que nunca, toda la sangre se le desplazó a la entrepierna.

Había estado intentando evitarla, había luchado por apartarla de su mente, de sus fantasías, de su vida entera pero era imposible. La atracción que sentía por Amanda era tan brutal que era inútil que siguiera negándola.

Así que le sonrió, la invitó a uno de sus rincones favoritos, pero no sin antes advertirle de que solo iba a ser piel y nada más, porque el asunto de la confianza dudaba que algún día pudiera solucionarse.

Y precisamente de ese tema estaban hablando aquella noche, tumbados bajo las estrellas...

—Te pido perdón, no me voy a cansar de pedírtelo... Estoy tan arrepentida, Michael —susurró Amanda, mientras Michael tenía la vista clavada en el cielo.

—No se trata de arrepentirse, sino de cambiar...

—¿Y crees que no he cambiado? Tengo 36 años, ya no soy la loca que

conociste que tenía pánico al compromiso. Ahora sé perfectamente lo que quiero y he venido a por ello...

Michael se giró y le confesó mirándola a los ojos:

—¿Y cómo sé que no te va a dar otro ataque de pánico de los tuyos y me vas a volver a dejar tirado?

—Te estoy diciendo que he cambiado, tan solo tienes que dejar que lo demuestre.

—Mi abuela a la edad que tú tenías fobia al compromiso tenía seis hijos... —le recordó Michael.

—¡Toma y la mía cinco! Pero eran otros tiempos...

—Es inmadurez, no te engañes —dijo Michael con la vista puesta en el canalillo de Amanda, que esa noche llevaba un *body* que realzaba su busto.

—Era, no te engañes tú...

Mario recorrió el escote con el dedo, mientras le recordaba:

—Tienes tu vida en Madrid, tu trabajo, todo...

—Ibiza me encanta, si tú me pidieras que me quedara, me buscaría cualquier trabajo y estaría aquí contigo.

—Yo no quiero una pareja que cambie de opinión como una veleta... —murmuró Michael, bajando el tirante del *body*.

—Me iría contigo a Praga, puedo servir mesas en tu restaurante... ¿Sabes que me apunté a clases de checo?

Michael se alegró tanto al escuchar aquello, que la besó en el cuello hasta hacerla gemir y luego repuso:

—*Mluvíte česky?*

Amanda negó con la cabeza y, mientras Michael descendía a besos hasta sus pezones, le explicó:

—Contraté a una señora para que me diera clases particulares, pero era muy estricta: me tenía todo el día haciendo ejercicios de gramática y obligándome

a repetir todo mil veces. Me desmotivé enseguida y lo dejé, los idiomas hay que aprenderlos *in situ*. Llévame contigo y ya verás lo poco que tardo en hablar tu lengua...

Michael le bajó el *body* hasta las caderas de un tirón fuerte y le recriminó:

—Ese es tu problema, Amanda. Te desmotivas, no persistes, en cuanto se te exige un poco más, sales corriendo...

—¡No salí corriendo! Esa tía era una profesora horrible, que además me tenía manía y obré en consecuencia.

—Da lo mismo. Ni conozco a nadie que pueda darte trabajo en Ibiza, ni yo puedo irme a vivir a Madrid, al menos debo estar seis meses en Praga.

—Lo buscaré. Sé que hay trabajo... Lo imposible es encontrar vivienda, pero como tú me vas a acoger en tu apartamento...

Michael acarició el pecho de Amanda con ambas manos, mientras ella jadeaba de placer:

—No quiero complicaciones, Amanda. Tú estás muy tranquila con tu vida y yo con la mía... Mejor sigamos así.

Amanda bajó la mano hasta la erección de Michael y replicó apretándola:

—Para no querer complicaciones, mira cómo estás...

—Solo es deseo, ¿cómo quieres que esté si te pasas el día bamboleando las tetas delante de mí? No soy de piedra, nena.

—O sea que estás aquí por mis tetas... —dijo Amanda que no le creía para nada.

—Y por tu culo, hoy has estado tomando el sol bocabajo tres horas frente a mí, y no he dejado de fantasear con que te follaba en tres mil posiciones — confesó tirando de la falda de tubo que llevaba y después del *body*, hasta dejarla sin nada.

—No seas cerdo, por favor.

—Siempre lo he sido y te gustaba... —susurró Michael, agarrándola fuerte

por el culo.

—Porque eras un cerdo romántico...

—No puedo ser romántico contigo, Amanda. Ya no —dijo clavándole la erección en el pubis—. Pero el cerdo sigue estando aquí, para lo que quieras. Lo he estado pensando mucho estos días y es absurdo que reprima las ganas que tengo de ti. Eso sí, no me pidas más... Siempre que vengas, me tendrás para dártelo todo... menos mi corazón...

—¿Has estado estos días sin hablarme para llegar a esa conclusión?

Michael asintió y la besó en la boca con fuerza, hasta que se quedaron sin aliento...

—Voy a demostrarte que he cambiado, Michael... Ya lo verás...

Michael la giró y, restregándole la erección en el trasero, gruñó:

—Yo solo quiero una cosa...

Amanda se volvió, Michael la cogió por el cuello y la besó, mientras ella le desabrochaba los pantalones.

—Yo lo quiero todo, Michael. Joder, te quiero... —masculló, con los ojos llenos de lágrimas.

Michael la miró a los ojos y por un momento la creyó, pero necesitaba tiempo, necesitaba gestos, necesitaba acciones para devolverle el te quiero, para darle todo lo que un día estuvo dispuesto a entregarle.

Y Amanda vio algo en la mirada de Michael que la conmovió por completo, percibió que estaba empezando a entenderla y se sintió tan feliz que le sonrió con dos lágrimas recorriendo su rostro.

Michael besó sus lágrimas, mientras Amanda le quitaba la ropa...

Ya desnudos, él sacó un condón de la cartera, se lo puso y se tumbó encima de Amanda, hundiéndose despacio dentro de ella.

Se miraron y sí, era sexo, era piel con piel, pero había tal nivel de conexión, hacían el amor, con tanto amor, que aunque Michael no le hubiese dicho que la

quería, se lo estaba diciendo con sus caricias, con los besos y hasta con los lametones.

—Cómo me gustas, Amanda... —susurró, sin dejar de penetrarla.

Y así estuvieron hasta que Amanda necesitó mucho más, se incorporó, con cuidado de que Michael no se saliera, y se quedaron frente a frente, sentados y abrazados, sin moverse...

En esa postura, era todo tan intenso, tan profundo y tan mágico que Amanda confesó:

—Esta es la razón por la que estoy aquí. Esto no es un polvo, Michael. No me digas que tú follas así con todas porque no te creo. Lo que tenemos es muy grande...

—Grande es el mar, el cielo, la noche... No te confundas...

Michael la besó con dureza en la boca, tirando un poco de su pelo hacia atrás, y comenzó a penetrarla con mucha más intensidad y fuerza, como si le diese rabia lo que estaba experimentando.

Porque Amanda tenía razón, lo que estaba sintiendo no se parecía a nada, pero no se lo dijo, ni siquiera cuando los dos sucumbieron a un orgasmo simultáneo que los dejó sudorosos, jadeantes y felices.

Lo que Michael no sabía era que poco importaba que su boca callara: Amanda solo tenía que mirarle a los ojos para saberlo todo, absolutamente todo.

## Capítulo 34

Y lo que Amanda no podía ni imaginar, era que tres días después fuera a encontrar trabajo... Pero sucedió...

Cuando aquella mañana bajaron a desayunar andando porque uno de los ascensores se había roto, se encontraron con que la recepción estaba llena de gente y a Tristán con una cara de agobio tremenda.

No era para menos, justo el día que se había armado de valor para ir a visitar el hotel, desde que su hermano estaba alojado, un ascensor se había averiado y una recepcionista se había dado de baja...

La ley de Murphy.

Mario que acompañaba a las chicas a desayunar, encontró a su hermano tan apurado que le preguntó con una sonrisa para calmarlo:

—¡Buenos días, Tristán! ¿Qué pasa?

—Siento que no funcione el ascensor —respondió muy estresado, sudando y hablando muy deprisa—. Ese precisamente es el que hemos puesto nuevo este año, de verdad que no entiendo qué es lo que puede pasar...

Y a todo esto, en la recepción, que era justo donde estaban los ascensores, cada vez se congregaba más y más gente...

—Llama a Antonio... —le sugirió Mario, refiriéndose al encargado de mantenimiento del hotel.

—Hemos llamado a los del mantenimiento del ascensor, pero a saber cuánto tardan... —informó Tristán agobiado, porque aquello se estaba poniendo hasta arriba de clientes, que ni podían ser atendidos ni subir en el ascensor.

—Antonio trabaja en invierno en el mantenimiento de una empresa de

ascensores, voy a que pedirle que vaya a echarle una ojeada a la avería... — informó Mario, manteniendo la calma para sorpresa de su hermano que esperaba que estallara en cólera y le montara un pollo antológico.

Y mientras Mario telefoneaba, Tristán les explicaba a las chicas:

—Una de las recepcionistas que es también documentalista, ha encontrado el trabajo de su vida en una revista. Nos ha dejado colgados y ahora tenemos que contratar a otra para ya..

Amanda con una sonrisa enorme, convencida de que solo podía ser una señal, le pidió a Tristán:

—Contrátame a mí. Soy Amanda González... —se presentó tendiéndole la mano.

—Encantado, Tristán Mondéjar. ¿Cómo dices, que te contrate a ti? — replicó Tristán frunciendo el ceño.

—Trabajo con Mario en recepción y también tengo experiencia como recepcionista de hotel en Ibiza.

Tristán fue a replicar algo pero justo en ese instante Mario, que acababa de colgar con Antonio, le contó:

—Va ir a echarle un vistazo, verás como en breve está solucionado.

—Y lo de la recepción también tiene arreglo —dijo Amanda levantando las cejas.

—¿Qué pasa en la recepción? —preguntó Mario con los ojos chispeantes.

—Una recepcionista se ha dado de baja. Yo soy la solución. Contratadme, le estaba diciendo a tu hermano que trabajo contigo y que además tengo experiencia como recepcionista de hotel.

—Pero yo te necesito en la empresa...

—Ya, y yo a vosotros, pero es que mi vida está aquí. No quiero volver a Madrid, lo tengo decidido. Necesito un trabajo de seis meses, porque el resto del año lo voy a pasar en Praga...

—Amanda ¿estás segura? —inquirió Alicia, pues sabía perfectamente que Michael insistía en que lo suyo no era más que sexo.

—Obras son amores y no buenas razones. Necesito que Michael compruebe hasta qué punto estoy comprometida con la causa. Y Mario —añadió dirigiéndose a él—, tú no te preocupes por la recepción de tu empresa, porque te voy a mandar a mi prima Pili...

—¿A tu prima Pili? —replicó Mario con cierta desconfianza.

—Por estas cosas mágicas del destino, resulta que mi prima Pili acaba de divorciarse y está loca por salir del pueblo. ¡Precisamente el otro día me llamó pidiéndome que le buscara un empleo! Ha trabajado toda su vida como recepcionista del notario y te garantizo que es el colmo de la profesionalidad, la seriedad y la discreción. Es una cotilla fina como yo, te lo olisquea todo que es un gusto, pero oye que ni se nota. Ella fue mi maestra, con eso lo digo todo...

—Pinta bien, una maestra de maestra... —farfulló Mario, considerando la propuesta.

—Tú tranquilo, que la pondré al día de todo. Pero vamos, es tan viva y tan lista que ya verás como en nada está al mando de la nave y sueltcita... Y con la vivienda no hay problema porque le paso la habitación donde estoy alquilada y listo.

—En ese caso, por mí perfecto... —concluyó Mario.

—Por mí no: te voy a echar mucho de menos —comentó Alicia haciendo un puchero.

—Pero si en la *ofi* sobre todo nos comunicamos por wasap. Así que tranquila, que vas a poder seguir haciéndome reporte diario de tus: *Al loro, tía, con lo último del cabrón de Lord Cactus...*

—Espero que ahora te reporte cosas más cariñosas...—apuntó Mario partido de risa.

—Pues si tu prima es tan discreta como tú, estamos apañados... —bromeó Alicia.

—Mario sabe a lo que me refiero, he dicho lo de los wasaps porque hay confianza. Pero para lo importante Mario sabe que yo soy una tumba...

Mario asintió, sin dejar de reír, y Tristán intervino:

—Amanda, abusando de tu gentileza y buena disposición, ¿te importaría empezar ahora mismo? —propuso Tristán que seguía con el agobio porque la recepción estaba hasta arriba—. Es que acaba de llegar el autobús de los niños la fundación de Mario y mira cómo está esto...

Todos miraron a la puerta y vieron cómo un autobús acababa de estacionar frente al hotel:

—¿Tienes una fundación? —preguntó Alicia, con mucho interés.

—Sí —respondió Mario sin darle importancia.

—No sabía nada... —masculló Alicia, ansiosa por saber más.

—Solo la fundé, quien se empeña a fondo con ella es Teresa, la antigua secretaria de mi padre.

—Tampoco te quites mérito, tú eres el pilar de la fundación... —le recordó Tristán.

—¿Y qué es lo que hacéis en la fundación? —quiso saber Alicia.

—Invitamos a niños, y sus familiares, que han sido dados de alta de largas estancias hospitalarias a que pasen unos días de vacaciones en nuestros hoteles. La idea fue de Mario... —explicó Tristán.

—Sí, bueno, unas Navidades haciendo el cafre esquiando fuera de pista tuve un accidente que me tuvo tres meses en la cama de un hospital. Tenía veintitrés años y estaba lleno de rabia contra todo, pero aprendí que no hay nada como una fuerte motivación para acelerar un proceso de recuperación. Así que cuando me dieron el alta se me ocurrió que podíamos ayudar a algunas de las personas que había conocido durante mi ingreso, acogiéndoles gratuitamente

por unos días en nuestros hoteles. Luego, se me ocurrió trasladar esa idea al hospital donde trabaja Sacha, más que nada para hacerme el bueno...

—Tú eres bueno, no necesitas hacer nada para convencer a los demás de que lo eres —le interrumpió Alicia, convencida de lo que estaba diciendo.

—Sí, que lo es. Se enteró el otro día de que hacía falta ampliar el servicio de Rehabilitación de la Unidad de Traumatología del hospital donde llegó hecho puré, cuando el accidente de esquí, y me consta que acaba de hacer una generosa donación —contó Tristán.

—No lo hago por bondad, lo hago por egoísmo por si algún día me vuelve a pasar otra cosa... —comentó Mario, mordaz, porque no le gustaba para nada hablar de esos temas.

Alicia lo abrazó fuerte, le dio un beso en la mejilla y exclamó:

—¡Pero qué rico es mi Lord Cactus!

—Mario ayuda a mucha gente... —insistió Tristán.

—Y tú estarías tan guapo con el pico cerrado... —refunfuñó Mario.

Y justo en ese instante el ascensor supuestamente averiado se abrió y apareció Antonio haciendo la uve con los dedos:

—¡Arreglado! He ido al cuarto de máquinas, he rearmado el interruptor y funciona... De todas formas que le echen un ojo los de mantenimiento...

## Capítulo 35

El ascensor se reparó, Amanda se puso rápido al día con sus labores en la recepción y los días siguientes Alicia no tuvo que fingir nada con su jefe, ni en el comedor, ni en la piscina, ni en otras calas porque aparte de que dormía cada noche con él, le salía de forma natural, a pesar de todas las recomendaciones de su madre.

Estaba genial con Lord Cactus, seguía siendo el mismo de siempre, pero Alicia se reía como no recordaba, cada día descubría nuevas facetas de él y lo encontraba tan original, ocurrente, apasionado y espontáneo que Oliver ya no pudo más y, la noche que acudieron a Pachá, para que Mario saldara la deuda que tenía con Alicia, decidió terminar con ese tormento.

Y es que con el paso de los días, Oliver se había dado cuenta de demasiadas cosas y Alicia tenía que saberlo. *¡Y con urgencia!*

Así, aprovechó que ella se había levantado para ir al cuarto de baño, para ir tras ella, con la excusa de que iba a buscar otra copa...

—¿Adónde vas Oli, si la mesa VIP de Mario incluye camarero y consumiciones? —le frenó Callo Seco, muerta de risa.

—Necesito estirar un poco las piernas... —contestó Oliver, que tenía ganas de todo menos de reír.

Luego fue a toda prisa tras Alicia, la interceptó, tiró de su mano y la condujo hasta un pasillo, donde no podían verles y tampoco hacía falta gritar demasiado para escucharse, porque no llegaba el bullicio de la música:

—¿Qué haces? —le preguntó Alicia, sin entender por qué la abordaba.

Oliver la cogió por la cintura y la estrechó contra su cuerpo, mirándola desesperado:

—¡Huyamos! Volvamos juntos a Madrid y empecemos de nuevo.

—¿Qué? —inquirió Alicia, petrificada.

—Deja ese trabajo de mierda que te tiene esclavizada, eres una gran profesional, encontrarás otra cosa pronto...

—A mí me gusta mi trabajo... —replicó empujándole para zafarse de él.

—Vayamos a vivir a la sierra, a ti siempre te gustó Miraflores. Alquilemos algo y tengamos un hijo que crezca sano y feliz.

Alicia le empujó más fuerte todavía, hasta que logró separarse del todo de él y exclamó tras plancharse el vestido con las manos, uno verde de escote *bardot* con maxivolante, que se había puesto porque le encantaba a Mario:

—¡No has bebido tanto como para decir tantas estupideces!

Oliver se acercó otra vez a Alicia, hasta ganar el terreno que había perdido, y le susurró:

—Mírame a los ojos y dime que no sientes nada por mí.

Alicia se quedó mirándole a los ojos, fijamente, y así se podía haber pasado tres años que ya no sentía absolutamente nada por él.

—Pues no, te miro y me quedo como estoy.

—No seas orgullosa. Sé que lo dices porque estás herida y lo entiendo — confesó con los ojos llenos de lágrimas.

—No, de verdad, estoy fenomenal y te deseo que seas muy feliz con Callo Seco...

—¿Callo qué?

—No, nada... Olvídalo —dijo mordiéndose los labios para no partirse de risa—. Que me he equivocado, quería decir con Tamara...

—Yo sí que me he equivocado, Ali. ¡He cometido la pifiada más grande de mi vida! He tenido que verte con ese gilipollas para darme cuenta de lo que

siento por ti. Al principio pensé que solo era un perro del hortelano, pero es que pasan los días y no solo deseo que ese cerdo te quite las manos de encima, ¡sino que deseo ponértelas yo!

—¡Mario no es ningún cerdo! Y a mí ni se te ocurra tocarme... —exigió echándose un par de pasos hacia atrás.

—La isla te tiene trastornada, Ali. En cuanto vuelvas a Madrid, volverás a ver las cosas como son. Ese tío es tu jefe, el cabrón aquel que decías que no tenía corazón...

—Te equivocas, ahora es cuando estoy viendo las cosas como son. Lo mismo que te está pasando a ti...

—Tamara no es lo que pensaba, pero caí en sus redes por tu culpa. No es por justificarme, pero tú trabajabas demasiado, estabas siempre cansada y entonces apareció ella en el gimnasio.

—Ahórrate los detalles, por favor... —pidió Alicia, negando con la cabeza.

—Me ganó por el sexo...

—No, si hasta que no me cuentes lo que te hace, no vas a parar...

—Hace de todo y es insaciable, pero me he dado cuenta de que te quiero a ti.

—A mí no me quieres, si me hubieras querido habrías gestionado lo de Ca.. Tamara de otra manera. Pero me dejaste por wasap y desapareciste... ¿Se hace eso a alguien a quien quieres?

Oliver bajó la vista al suelo y, avergonzado, musitó:

—Fui un cobarde, no tuve huevos para decirte la verdad. No quería hacerte daño...

—¿Te parece poco daño dejar a alguien de la noche a la mañana?

—Lo lamento, y si te sirve de consuelo, no te figuras lo que estoy sufriendo cada vez que veo cómo te soba ese hijo de puta...

Alicia se envaró, enfadada, porque Mario ni la sobaba ni mucho menos era

un hijo de puta.

—¡No voy a permitirte ni un insulto más! Y vete acostumbrando a verme con Mario, porque estoy enamorada de él...

Al decir esto, Alicia se quedó estupefacta, porque era la primera vez que lo reconocía ante alguien y sobre todo ante sí misma.

—Estás solo deslumbrada, es tu jefe, tiene pasta, te hace sentir importante, pero tú no eres de su tribu. Eres solo su empleada y más pronto que tarde te acabará dejando por una de su clase. Alguien que tenga un imperio de algo con la que pueda hacer negocios y presumir con los amigos, una empresaria exitosa del sector del mobiliario de piscina o una de una tecnológica, y se deshará de ti, como quien se deshace de unos zapatos viejos y pasados de moda.

—Perdona, pero te recuerdo que el que se deshizo de mí fuiste tú. Mario es un tío de verdad, de la cabeza a los pies. No como tú, que eres un mamarracho...

Oliver se llevó las manos a la cabeza y, con los ojos llenos de lágrimas, replicó:

—Merezco tus insultos, lo hice fatal, pero te pido perdón...

Oliver se puso de rodillas, juntó las manos y, con dos lagrimones enormes, sollozó:

—Vuelve conmigo, Ali. Sé que te liaste por despecho con él y puede ser que con el roce le hayas cogido cariño, pero seguro que no es tan importante ni tan bonito como lo que teníamos nosotros.

—Tan bonito y tan importante que te liaste con la primera que te hizo una paja con los pies en el gimnasio.

Mario se quedó a cuadros y replicó, perplejo:

—¿Cómo sabes eso? ¿Me pusiste un detective?

—Ponte de pie y deja de hacer ridículo, por favor —le exigió mirándole

horrorizada.

—No hasta que me concedas tu perdón, voy a luchar por ti hasta el último aliento que me quede de vida.

Alicia tiró de la mano de Oliver con fuerza, mientras le ordenaba:

—¡Levántate! ¡Que yo te tengo más que perdonado, pero no vuelvo contigo ni borracha!

Oliver se levantó, trastabillando y farfulló:

—Ali, por favor, piénsalo... No podemos tirar por la borda lo que tuvimos...

Alicia soltó la mano de Oliver y decidió sincerarse con él, porque de lo contrario no se lo iba a quitar jamás de encima:

—No tengo nada que pensar porque verás... Te voy a contar la verdad... El día que llegué al hotel y te vi con esa rubia, mirándome con esa cara de culpa, me entró tal sed de venganza, que agarré a Mario y fingí que estaba con él.

A Oliver se le iluminó la mirada y, con una sonrisa enorme, dedujo:

—¡Es todo teatro! ¡Me amas tanto como yo!

—No, no, no. No te vengas arriba que por ahí no van los tiros... Te hice el duelo, pero por una cuestión de amor propio mal entendido tal vez, necesitaba vengarme... Pero ya no estaba enamorada de ti. Se rompió todo el día que te fuiste, me partiste el corazón, pegué los pedacitos y resulta que lo que empezó como un juego se ha acabado convirtiendo en algo que me llena, como jamás lo has hecho tú...

—Es un rollo de verano, Ali. Volverás a Madrid y será como antes... Es Lord Cactus tu jefe cabrón y te arrepentirás de todo lo vivido. Ya lo verás. Yo romperé esta noche con Tama y regresaré mañana a casa, a nuestra casa, donde te voy a esperar lo que haga falta... Y te prometo que esta vez saldrá todo bien, vamos a ser muy felices, Ali.

Oliver echó una mano al cuello de Alicia para darle un beso, pero ella fue

más rápida, pudo esquivarlo y salir por piernas de allí...

## Capítulo 36

Cuando Alicia regresó a la mesa VIP, Callo Seco tenía una mano en el muslo de Mario, la otra en el cuello y el pobre resistía como podía haciéndole una cobra espectacular, de esas de tronchase una vértebra...

—¡Las manos fuera! —gritó Alicia, tirando de la mano de Mario y rescatándole de las garras de esa mujer.

—Chica, libérate, es verano. ¡Abre tu mente! —replicó Callo Seco, retándola con la mirada.

—¡Vete a la mierda, Callo Seco!

Alicia agarró fuerte la mano de Mario y salieron en dirección a la pista de baile, matados de la risa...

—Me parece que tenemos que cambiarle el mote, ahora es Meniscos de Acero...

—¿Qué dices? Jajajajajajajaja.

Mario gritó porque la música sonaba cada vez más alta...

—Quería hacerme una paja exprés, así como estábamos sentados, cogiéndome la pinga con los meniscos...

—Jajajajajajajaja. ¡He llegado justo a tiempo! Vaya pareja, yo también he tenido que escapar de las garras de Benji —comentó sin parar de reír.

—¡No me jodas!

—He tenido que hacerle una megacobra, ahora te cuento que esta canción me encanta... ¡Vamos!

Alicia tiró fuerte de la mano de Mario y le llevó hasta la pista donde estaba sonando *Light my body up* de David Guetta, con Nicki Minaj y Lil Wayne...

La verdad era que había tanta que gente que apenas se podía levantar los brazos y mover un poco el cuerpo, cosa que a Alicia le vino genial porque así se notaba menos lo poco dotada que estaba para el baile...

Mario se pegó a ella, la tomó por las caderas y comenzó moverse como si estuvieran haciendo el amor al ritmo de la música...

Alicia le cogió por el cuello y le besó con todas sus ganas, sin dejar de moverse de esa forma:

—Joder, Mario, la de secretos que encierras... —gritó mordiéndose los labios.

Mario la besó en el cuello y le susurró al oído...

—Son solo para ti.

Alicia sintió un tremendo mariposeo en el estómago y suspiró emocionada, mientras sentía cómo con el bailecito la erección de Mario se le clavaba en el cuerpo.

Después siguieron bailando unas cuantas más, porque a Alicia le gustaban todas canciones que siguieron sonando, y cuando no pudieron más y ansiosos por seguir con la fiesta en un lugar más íntimo, Mario le propuso llevarla a un sitio muy especial...

Alicia ni lo dudó, aceptó encantada y salieron de la discoteca en dirección a un destino misterioso...

Ya en el coche y mientras Mario conducía, sin poder evitar que los ojos se le fueran a las piernas infinitas de Alicia, le preguntó:

—¿Qué ha pasado con Benji?

—Me ha pedido que me fugara con él...

Mario se revolvió en el asiento y farfulló...

—¡No me jodas! ¿Quiere volver contigo?

—Se ha dado cuenta de que lo suyo con Callo Seco es solo sexo, y que en realidad a quien quiere es a mí. Esta noche va a romper con ella y mañana

regresa a Madrid —contestó Alicia, encogiéndose de hombros.

—¿Y tú le quieres a él? —preguntó Mario, acongojado, por si Alicia decía que sí.

Alicia le miró con los ojos como platos y respondió tajante:

—¡Yo le quiero bien lejos!

Mario respiró aliviado y no puedo evitar reconocer, llevándose la mano al pecho:

—Joder, qué susto Salcedo, estas cosas se avisan.

—¿Salcedo? ¿Me llamas por el nombre de la oficina otra vez?

—Es por tu culpa, ha sido escuchar cómo decías yo le quiero...y se me ha removido todo... ¡La leche, qué susto!

—No tienes de qué asustarte, el muy cretino me ha dicho que, yo de alguna manera con mis ausencias, le empujé a los pies de Callo Seco...

—Jajajajajaja. Lo siento pero es que...

Alicia se rió también, quién se lo iba a decir que después de todo lo que había llorado iba a acabar carcajeándose de la infidelidad de Oliver y agradeciéndola, porque sin sus cuernos tal vez no habría llegado a ver a Mario con otros ojos.

—Tranquilo, ríe todo lo que quieras. Si es que es de chiste, pero vamos que ni loca vuelvo yo con él, ya le hice su duelo, me vengué con mi teatrillo, pero es que ahora se me ha ido todo de las manos y resulta que...

Mario la miró unos instantes, con el corazón latiéndole muy fuerte y la interrumpió, ansioso:

—Que ¿qué?

—Que me he visto confesándole la verdad a Benji, se lo he dicho a él antes que a nadie, incluso que a mí misma...

—¿Qué? —preguntó Mario, con un nudo en la garganta.

—Que me he enamorado de ti —confesó partida de risa.

Mario se llevó la mano a la frente, resopló y repuso moviendo la cabeza:

—Joder ¿y por qué te descojonas? ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—¿Cómo he podido llegar a enamorarme de ti? ¡Si se supone que te detestaba cuando me subí al *ferry*!

—Pues no te cuento yo, que venía a lanzar una bomba atómica en el seno de mi familia y resulta que no solo me he percatado al fin de que Sacha y mi hermano están hechos la una para el otro, sino que encima descubro que me he enamorado de Salcedo la tocapelotas...

Alicia se echó a reír otra vez, y doblada de la risa, preguntó:

—¿Tú también lo sientes así?

—Pienso en ti a todas horas, me muero por estar contigo, me paso el día soltando suspiritos de lo más tontos y estoy loco por vivirlo todo contigo. ¿Eso qué es?

—Benji dice que es un rollo de verano, que no soy de tu tribu y que me acabarás dejando por una empresaria de éxito.

—Joder, Alicia, nadie de tu entorno da un céntimo por nosotros —concluyó muerto de risa.

—También asegura que cuando regrese a Madrid, volverá a ser lo mismo de antes, tú serás Lord Cactus, mi jefe cabrón, yo me arrepentiré y él me estará esperando en casa para ser felices para siempre.

—Madre mía, qué arte tiene el Benji para las tragedias...

—Me ha propuesto que deje el trabajo, que nos vayamos a vivir a Miraflores y que tengamos un hijo.

—¿Y tú quieres eso? —preguntó Mario, muerto de la ansiedad otra vez.

Alicia se revolvió en su asiento y, tras soltar un bufido, respondió:

—Joder, Mario, que te he dicho que Benji no significa nada para mí. Amo mi trabajo, a Miraflores me gusta ir de excursión y si algún día tengo un hijo, descuida que será con cualquiera menos con él.

—Mujer, para lo del hijo deberías contar conmigo —replicó Mario, arqueando una ceja.

—¿Ah sí? —bromeó Alicia.

—Sí, cuando quieras. Y no te preocupes por mis espinas de Lord Cactus que no son hereditarias, además desde que estoy contigo se me están cayendo... Yo creo que a medida que lo nuestro vaya a más me quedaré solo con tres o cuatro, ya verás...

—Mientras no te salgan más —replicó Alicia, muerta de risa.

Mario, en cambio, se puso muy serio y le habló emocionado:

—No, porque tú estás conmigo. Solo te pido que me dejes que te enseñe otras facetas de mí. Soy un jefe cabrón, es verdad, pero soy muchas cosas más...

—No eres tan cabrón, y yo también soy una empleada petardísima...

Mario paró en un semáforo, cerca del puerto deportivo de Santa Eulalia, cogió la mano de Alicia y musitó:

—A mí me encantas. Y que sepas que Benji no se entera de nada ni cuando se la cascan con los pies. Para mí esto no es un rollo de verano, Alicia...

Alicia sonrió, respiró hondo y replicó:

—Para mí tampoco.

## Capítulo 37

Aparcaron y de la mano se dirigieron al pantalán donde la familia de Mario tenía su yate, una maravilla de perfil elegante y deportivo, con más de veinte metros de eslora y espacioso *flybridge* con entre otros doble sofá, solárium y barbacoa.

—Bienvenida a la joyita de papá, el Tampico III.

Alicia estaba alucinada mientras Mario, tirando de su mano la llevaba por la pasarela...

—¿Qué hacíamos subidos a la piña cuando tenías este pedazo de bicho? —comentó fascinada.

—Lo de la piña estuvo genial, no lo cambiaría por nada. Pero este barquito también tiene su punto —replicó Mario, guiñándole el ojo.

Luego pasaron al interior de la cubierta, un salón a toda manga, decorado en blanco y madera de palosanto, flanqueado por grandes ventanales y comunicado con la bañera de popa a través de unas cristalerías enormes:

—Creo que si llego a saber que tu padre tenía este barco, habría empezado a mirarte con otros ojos hace mucho tiempo —bromeó Alicia.

—Ya ves, tú sufriendo por el imbécil de Benji y resulta que tenías a tu gran amor a tu lado, pinchándote con sus amorosas púas y con un yate amarrado en Ibiza...

—¿Mi gran amor? —replicó Alicia muerta de risa.

—Por supuesto, no aspiro a menos. Para pequeño, birrioso y ridículo ya has tenido a Benji. Yo juego en otra liga, gracias. Y tú también... Los dos compartimos idéntico afán de excelencia, ninguno nos conformamos con

medianías: siempre apuntamos a lo más alto, lo pequeñito no nos sirve.

—Y es tan aburrido y previsible... —añadió Alicia muerta de risa.

—Te lo digo en serio, yo voy a por todas... —insistió con los ojos brillantes y loco por tumbar a Alicia en el sofá y comérsela entera.

—Madre mía, esto es tan inesperado... —repuso Alicia, emocionada y pestañeando muy deprisa.

—¿El qué? ¿El Tampico III o yo?

—Todo, todo es precioso, es un sueño... Yo vine a Ibiza a estar tranquila, a olvidarme de ti unos días y del cerdo de Benji y mira cómo estoy...

Mario la tomó por el cuello, la besó despacio en los labios y susurró:

—Estás preciosa, como siempre.

—Si hasta sabes decir cosas bonitas... —farfulló Alicia, perpleja.

—Digo la verdad...

Alicia suspiró y luego confesó, sentándose en un sofá blanco, sin perderse ni un solo detalle del barco.

—Me siento como Marilyn en *Con faldas y a lo loco*...

—Tristán hoy tenía invitados, con un poco de suerte han dejado champán enfriando...

Mario la dejó sola un momento y regresó con una cubitera con una botella de Vouette et Sorbée Cuvée Fidèle y dos copas:

—Exacto, soy como Junior Shell, si esperas un segundo me pongo las gafas de mi padre.

—¡Genial! Y si tienes un saxofón, tráelo también. Me encanta esa película.

—Y a mí —confesó Mario—. ¡Qué bobos hemos sido! —exclamó tras abrir la botella de champán.

—¿Por qué lo dices? Hago tantas estupideces a lo largo del día...

—Todo el día trabajando y ¡mira lo que nos estábamos perdiendo! ¡Hasta nos gustan las mismas películas!

Alicia respiró hondo y replicó, al tiempo que Mario vertía el champán en su copa:

—Si no llegamos a venir a Ibiza, jamás habría sucedido...

Mario la miró extrañado y preguntó:

—¿Tú crees?

—En la oficina tenemos mucho estrés, en cambio aquí es todo diferente. Nos hemos relajado y hemos podido percatarnos de cosas en las que con el trajín diario no solemos reparar... —comentó Alicia, cogiendo la copa que Mario le tendía.

—Si te cuento que una de las razones por las que te contraté, además de por tu brillante currículum fue por tu boca de pato ¿te enfadarás?

—Jajajajajaja. ¿Te enfadarás tu si te cuento que una de las razones por las que te envié el currículum, aparte de por tu maravillosa empresa y trayectoria, fue porque vi tu foto en el LinkedIn y me pareciste que estabas buenísimo?

—Sí, pero luego bien que me dabas con los dardos...

—¡Perdí la cuenta de la de retratos tuyos que destrocé!

—Y bien merecido que lo tenía, pero no creas que yo he tenido también mi cruz soportando tus neuras...

—Algunas, pero mira cómo te tengo la cuenta de resultados de la empresa...

—Sí, da gusto verla... Entonces, si nos atrajimos, si hacemos un buen equipo juntos, ¿por qué coño no nos liamos antes? —preguntó Mario que no podía con la sensación de haber estado perdiendo el tiempo.

Alicia se echó a reír:

—¿Tal vez porque yo tenía novio y tú un amor imposible?

—Joder, sí. Vaya lastres que teníamos... Menos mal que estás como una cabra y se te ocurrió que me hiciera pasar por tu novio. ¡Brindemos por eso! —exclamó Mario, levantando su copa.

—Brindemos porque soy negada para diseñar planes de acción estratégica

en el amor...

—¿Cómo que negada?

—Mi plan inicial no era enamorarme de ti... El plan solo consistía en darle en toda la cresta a Benji...

—Te equivocas, el día que abrí aquella puerta te enganchaste a mí porque en tú inconsciente estabas deseando hacerlo...

—Siento decirte que me enganché a ti porque fue la primera puerta que se abrió...

—O sea que si se hubiera abierto la de mi vecino Mr. Thompson, el pollero de tres toneladas de Leeds, también habrías jugado a lo mismo...

—Lo habría hecho pasar por mi suegro...

—Es un buen partido, tiene cuatro pollerías. Pero prefiero ni imaginármelo... Brindemos mejor por el destino que aquel día nos puso justo donde debíamos estar...

Brindaron y Alicia comentó tras probar el champán:

—Qué delicia... Me encanta...

—Tú sí que me encantas —susurró Mario, después de besarla en la boca.

A Alicia el beso de Mario le supo tan bien, que le llevó a reconsiderar su buen hacer para las estrategias del corazón:

—Besas tan bien que me estoy cuestionando lo de mi incompetencia con los planes estratégico-amorosos.

—Es lo que te decía, realmente no eras consciente del verdadero alcance de tu plan. Es lo que se llama un falso plan trucho, porque lo cierto es que te ha salido redondo, nena... Y es que por mucho que digas en el fondo más fondo de tus fondos deseabas mis pinchos...

Alicia dio otro sorbo al champán y reflexionó en voz alta:

—Y tú mi boca de pato. Además, bien pensado no solo me he librado de Benji, sino que al final a lo tonto, me llevo un novio para casa... Un Lord

Cactus que pega con todo y con papá con yate...

Alicia sonrió divertida, y volvió a besar a Mario con su boca de pato que sabía a champán...

—Y no te cuento cómo tiene tu Lord Cactus ahora mismo el pincho...

Alicia colocó la mano sobre la erección y Mario entonces hizo lo que llevaba deseando toda la noche, bajó los hombros del vestido escotado de Alicia y se perdió entre sus pechos.

Luego, ya medio desnudos, Alicia cogió uno de los famosos condones de Amanda —que estaba haciendo lo mismo que ellos con Michael, en una cala perdida—, lo enfundó y se sentó a horcajadas encima de él.

Y así entre besos y más besos, comenzaron a hacerse el amor con tantas ganas, que Mario desesperado acabó cogiéndola en volandas y dejándola sobre la mesa del comedor.

Allí le dio la vuelta y siguieron amándose hasta que Alicia no pudo más, Mario deslizó una mano entre los muslos y acarició el clítoris durísimo hasta que ella se corrió.

Él estuvo a punto de hacer lo mismo al sentir el orgasmo de Amanda presionando su miembro, pero prefirió postergarlo un poco más, y empujarla hasta el sofá donde cayeron uno encima de la otra.

Y ahí, y ya sin ropa y sin nada más que un deseo infinito, siguieron haciendo el amor, locos y libres, hasta que Mario sucumbió a un orgasmo de los feroces y felices...

## Capítulo 38

Estaba a punto de amanecer cuando Alicia se despertó sola en el sofá y comprobó mirando por uno de los ventanales que Mario había echado el ancla en mitad del mar, donde estaban rodeados de otros barcos y veleros.

*¿Lord Cactus de amorosas púas también sabía tripular ese bicho?*, se preguntó.

Luego se puso la camisa de Mario que estaba tirada en el suelo y decidió salir a su encuentro, si bien con quien se topó para su sorpresa fue con un tío barbudo y en pareo que, desde un velero que estaba a escasa distancia, le gritó eufórico, agitando una mano:

—¡Holaaaaaaaaaaa!

—¡Hola! —Alicia le devolvió el saludo, pero mucho más comedida.

—¡Soy Juaaaaaaaaan! —dijo como si Alicia tuviera que conocerlo.

Todavía era de noche, pero Juan tenía una lucecita detrás de él y se le veía perfectamente: moreno, curtido por el sol, melena al viento, barba, tipazo y sonrisa perfecta.

—¿Qué Juan? —preguntó Alicia, ya que por más que le miraba ese tío no le sonaba de nada.

—¡Juan Piamonte! ¿No has escuchado hablar de mí? —replicó extrañado.

—No —respondió Alicia, negando con la cabeza.

—Navegas poco por estas aguas entonces...

—Es la primera vez que vengo... Por cierto, soy Alicia —se presentó con una sonrisa.

—Alicia, *mmmm*. Me pone... A-li-cia... —silabeó—. Tu nombre es como

un beso, obliga a empujar la lengua contra los dientes, suave, sinuosa, incansable... ¿Entonces no lo has hecho nunca a estas horas?

—¿El qué? ¿Ver amanecer?

—Ver amanecer mientras una poderosa energía te atraviesa por completo... ¿Te hace? Será intenso, será dulce, será fuerte, será bestial, será total...

Alicia entonces pensó que ese tío debía de ser una especie de camello del mar, que pasaba alucinógenos a la gente de los barcos.

—No, no quiero ácidos ni nada. Gracias.

—¿Ácidos? Estoy hablando de dos pieles que se funden, mientras del fondo de mar sale el sol como un brutal pezón de fuego rasgando la noche...

—¿Cómo? —replicó Alicia, perpleja.

—Te lo digo desde el respeto más absoluto: ¿No te apetecería ver amanecer, a la vez que te llevo muy lejos subida a lo más alto de mi mástil?

Alicia agitó la cabeza, como si así pudiera *resetearse* y lograr entender a ese tío. Porque no sabía bien si lo que quería era follar o vender paseos en velero. *Había dormido demasiado poco*, pensó...

—Perdona pero es que estoy un poco empanada y me cuesta seguirte... No entiendo qué quieres decirme.

—Quiero proponerte, desde el respeto máximo a tu libertad, por supuesto, que gocemos como salvajes al ritmo del sol tumbando la noche...

—¿Gocemos cómo? ¿Eres músico? ¿Vas a tocarme el tambor o algo?

—¿El tambor! Te lo quiero tocar todo, quiero me sientas dentro de ti, duro, implacable, hasta el fondo...

Alicia se percató entonces del bulto de la entrepierna de ese navegante, marcándose a través de la tela del pareo, y alucinada con ese tío, que no sabía si era un *gigoló* del mar o un seductor de lo más extraño, replicó:

—Estoy con Mario...

—Pensé que eras amiga de Sacha, ¿Mario te ha traído a ver el amanecer?

Joder, lo vuestro tiene que ir en serio...

Alicia sonrió encantada, era la primera vez que decía en voz alta que estaba con Mario y le gusta muchísimo cómo sonaba.

—¿Tú crees?

—Le conozco desde hace años y eres la primera a la que trae... Cosa que no me extraña, porque Alicia eres...

Mario apareció de repente, cogió a Alicia por la cintura y luego la abrazó por detrás.

—Yo la vi primero...—le dijo a Piamonte, entre risas.

—Pero ella tiene la última palabra... A lo mejor le apetece empezar el día probando algo duro, largo, contundente, abrasador...

—Nada, no te preocupes que los churros ya se los hago yo. Alicia te presento a mi amigo Juan Piamonte, navegante, poeta y mil cosas más.

Alicia, que estaba partida de risa, comentó:

—Llevamos un rato hablando y de verdad que te agradezco tu fascinante propuesta —aseguró dirigiéndose a JuanPi—, pero me quedo con Mario...

Mario besó a Alicia en la boca y luego susurró:

—Qué honor, Alicia. Gracias...

—Joder, tíos no comáis delante del hambriento, por caridad. Y sí, dale las gracias porque pocas te habrían elegido, mi velero tiene más esloras que tu barco y mi... palo mayor también...

—Lo sé. ¿Y a ti cómo te va en el amor? ¿Volvió Ella? —le preguntó Mario, abrazado a Alicia.

—La que creía que era Ella, no era Ella. Dolió pero ya estoy bien —suspiró JuanPi.

—Vaya, cuánto lo siento.

—No lo sientas, porque me sirvió para darme cuenta de a quién amo realmente. Tú lo sabes, tengo un amor contrariado, casi imposible, al que voy

a esperar, toda la vida, hasta el fin de mis días, por siempre jamás.

—Pepa...

—Pepa, cuatro letras, un sueño, una caricia, un beso en la espalda. Bella siempre. Como el agua, dulce y salada, turbulenta en la cascada y serena en el lago, indómita y libre, imprevisible en el mar y ardiendo en la lava... —dijo arrancándose el pareo por la intensidad del momento—. Perdonadme pero es que pensar en ella me desborda...—farfulló excitadísimo.

—¿Crees que este verano vendrá? —preguntó Mario, mientras JuanPi recogía el pareo del suelo y se lo ponía para no impresionar a la pareja con la enormidad de su sentimiento.

—Es complicado, con ella siempre es todo complicado. Pero sabe que aquí estaré siempre, esperándola. Y mientras tanto, vivo... Vivo como puede vivir un hombre cuyo corazón pertenece a una estrella que solo puede acariciar en sueños, pero vivo...

—No pierdas la esperanza, Juan —habló Mario—. Mírame a mí, jamás imaginé que esto podría pasarme y ahora soy más feliz de lo que merezco...

—No digas bobadas, te lo mereces, tío. Os lo merecéis... Y ahora os dejo solos, que yo no pinto nada en este momento tan romántico. El amanecer hoy va a ser espectacular... ¡Nos vemos por estos mares! ¡Sed felices!

—¡Tú también, JuanPi! ¡Mucha suerte!

Juan Piamonte puso rumbo a otra cala y Alicia y Mario se quedaron solos, mientras el sol comenzaba a teñir la noche de naranjas y amarillos...

—Menos mal que no te has ido con Piamonte...

—No te creas que cuando se ha quitado el pareo he tenido un momento de confusión... —comentó Alicia muerta de risa.

—Todas lo tienen, pero ya le has escuchado... Su corazón es de Pepa. Y el mío es tuyo...—musitó Mario, con los ojos muy brillantes.

—Tócame, anda. Y dime que esto es verdad...

Alicia se quitó la camisa y, desnuda, abrazó a Mario que solo llevaba un bañador negro...

—Estoy aquí y lo que te digo es cierto...

—Mario, es que no puedo creerlo...

Mario cogió a Alicia por el cuello y la besó con tanta desesperación que se quedaron sin aliento.

—Es verdad, tú, yo y el amanecer... —dijo contemplando cómo el sol comenzaba a despuntar—. No podías irte de la isla sin ver amanecer... —le susurró Mario al oído, situándose detrás de ella.

Alicia se giró emocionada y musitó:

—Gracias, Mario. Es lo más bonito que he visto nunca...

—El sol es como lo nuestro, apenas todavía puede verse, pero tiene la fuerza suficiente para romper la noche y llegar lejos, muy lejos...

Alicia suspiró con el corazón latiéndole muy deprisa y replicó:

—¿Tú crees?

—Más que creerlo, sé que va a ser así... Jamás me he sentido tan feliz. Por primera vez en mi vida estoy en paz, tú me haces sentir como ese sol flotando hacia el cielo...

—No estás solo, yo floto contigo...

Alicia besó a Mario otra vez, y el amanecer les sorprendió haciendo el amor de nuevo...

## Capítulo 39

Después de pasarse tres días navegando, las vacaciones de Alicia y Mario llegaron a su fin y regresaron a Madrid, donde descubrieron que lo suyo funcionaba igual o mejor que en la isla.

Seguían trabajando como siempre, pero para su sorpresa de una forma más eficiente y relajada, además ahora tenían el aliciente de los besos que se robaban el uno al otro, las escapadas al Retiro a la hora de la comida o el terraceo a la salida que acababa siempre en casa de uno o de la otra.

—Cómo se os ve de enamorados y mira que estos rollos de oficina siempre acaban de pena, y más si es el jefe, porque esos tíos suelen tener otras seis más aparte de ti, la esposa, las tres amantes y las dos ex que también tienen trabajando en la oficina, pero tranquila que no es tu caso... Mario es un tío cabal, de los que no van metiéndola donde no deben —le comentó un día la prima Pili a Alicia, cuando fue a llevarle unas fotocopias.

—Genial... —farfulló Alicia, que estaba con el informe en las manos que Mario le había encargado sobre el hotel Cala Turquesa y que todavía no se había atrevido a entregarle por pura cobardía.

—Sí, fíate de mí que yo tengo mucho ojo para los crápulas...

Tal y como había augurado Amanda, su prima se había puesto al día en un pisapas. Era resolutiva, eficiente y con mucho ojo para casi todo...

—Yo veo venir de lejos a los *sinvergüenzasgolfospichasbravas*, menos al mío que se estaba tirando a tres y le ha hecho un bombo a una cuarta. En casa de herrero, cuchillo de palo —explicó Pili, encogiéndose de hombros.

—Siento lo que te ha pasado, no sabía nada...

—Es que le pedí a mi prima discreción absoluta y para ella lo sagrado es sagrado. Yo soy así también y sincera a tope, como me gusta que lo sean conmigo. Verás, te cuento mi historia, porque los amigos de mis amigos son mis amigos, y yo sé que mi Amanda te idolatra. Resulta que en el pueblo teníamos un bar, al que acudía cuando salía de mi trabajo a limpiar y a trabajar como una mula los fines de semana. Me dejaba la piel a tiras, mientras mi marido se lo pasaba tan ricamente con las clientas. Estaba liado con la de las quinielas, la barrendera, una comercial que pasaba por allí los jueves y la camarera a la que ha dejado preñada... Como sucede en estos casos, fui la última en enterarme... Después lo típico, me pasaba el día tramando venganzas y no era bueno para mi salud, porque se me estaba poniendo la piel verde y la cara de amargada de mi tía Vicenta, que se quedó soltera porque mi tía Adela le quitó al novio. Así que le pedí a Amanda que me sacara de ese horror, es que eran tantas de las que tenía que vengarme que no me daba la vida, y aquí estoy, tan ricamente... Viviendo la vida intensamente y en paz con el universo. Fíjate ahora qué piel y qué rostro tengo más radiante. ¡Si parezco una medallita de oro! —dijo estirándose la cara con las manos.

—Sí, sí, estás tersa y luminosa...Radiante.

Pili cogió a Alicia del brazo y le cuchicheó al oído:

—Pero tú tranquila, chata, que el tuyo es de los buenos...

—Sí, sí que lo es. Al principio me parecía un borde y un estirado, le puse Lord Cactus, no te digo más... Pero ahora que le voy cogiendo el punto, me parece hasta achuchable...

—¡Y tanto! Está para achucharlo y pegarle un viaje de tres meses. En fin, que me alegro mucho por vuestra felicidad. Da gusto venir a la oficina y que el amor flote en el aire, porque ¿sabes una cosa? —preguntó bajando el tono de voz.

—No —contestó Alicia, expectante con lo que tenía que decirle.

—Estoy convencida de que es contagioso. Ya verás como yo salgo de aquí también con novio. Tengo esa intuición, porque al igual que el mal rollo solo atrae al mal rollo, el amor llama al amor... Entonces, como me paso el día respirando en esta atmósfera tan cargada de amor verdadero, pues... —Pili se calló porque en ese instante le entró una llamada que cogió justo antes de decirle a Alicia—: ¡Luego te sigo desarrollando mi teoría, hablamos luego!

Pili se fue a su puesto en recepción, sin saber que acababa de infundirle a Alicia el valor suficiente para enfrentarse a la verdad que venía demorando durante unos días.

Así, convencida de que esa mujer tenía razón y que lo suyo era amor de verdad, respiró hondo, cogió el informe que ya le quemaba entre las manos y se plantó en la puerta del despacho de Mario:

—¿Molesto? —preguntó después de golpear la puerta con los nudillos y asomar la cabeza.

Mario se levantó y se fue a por ella, tiró de su mano y cerró la puerta:

—Estaba pensando en ti... —confesó, cogiéndola por las caderas y estrechándola contra él.

—He traído el informe del Cala Turquesa... —susurró nerviosa, después de darse un beso espectacular.

Mario cogió a Alicia por el cuello, la besó despacio en los labios y susurró:

—Rómpelo. Tristán no se merece ese castigo. Déjalo estar, que el hombre está muy tranquilito, desde que yo no le toco las castañuelas.

—¡No sabes cuánto me alegro de que hayas hecho las paces con tu hermano! ¡Pero tienes que leer el informe! ¡Es para ti! —replicó Alicia aferrada al informe que no iba a soltar, ni menos romper por nada del mundo.

Mario pegó sus labios a los de Alicia, que abrió la boca y se fundieron en un beso de lo más intenso...

—El Cala Turquesa siempre será para mí el mejor hotel del mundo, porque

fue donde de repente nos volvimos locos y lúcidos...

—Y aparte de eso, es que es un lugar estupendo, la ubicación es genial en medio de la bahía, es tranquilo, limpio, se come de maravilla y sobre todo el personal es extraordinario, todos y cada uno dan lo mejor de ellos, te hacen sentir como en casa... —recordó Alicia que, como estaba muy ansiosa, no podía dejar de parlotear.

Mario volvió a estrecharla contra él y farfulló:

—Que sí, Salcedo, que sí. Pero yo quiero que hablar con Alicia...

—¡Es que es Alicia la que quiere darte el informe! —protestó Alicia agitando el informe al aire.

—¡Qué pesada con el informe, hija! Que sí, que hay cosas que mejorar, lo de las puertas, las sombrillas, vamos a contratar a otra socorrista, a levantar un escenario en condiciones y...

Alicia interrumpió a Mario con un beso y le pidió con los ojos vidriosos:

—Ábrelo por favor...

Mario resopló, abrió la carpeta azul que Alicia le había entregado y donde había solo un folio que ponía en letra gigante:

—TE QUIERO.

—Ese es mi informe...

Mario se quedó mirando el informe boquiabierto y, con un nudo en la garganta y los ojos llenos de lágrimas, replicó:

—Y yo... Yo también te quiero, Alicia Salcedo.

Alicia, muy nerviosa, quiso explicarle que:

—Quería decírtelo desde hace días, pero no sabía cómo te lo ibas a tomar. A lo mejor te parece un poco precipitado, sin embargo es lo que siento y no puedo guardármelo ni un segundo más.

Mario se retiró las lágrimas con los dedos y musitó:

—¿Cómo me lo voy a tomar? ¡Pues como un milagro! Llevas tres años

trabajando conmigo, conoces a la perfección mi peor rostro y con todo me dices en mayúsculas y en Times New Roman 72 que me quieres. ¿Cómo me voy a sentir? ¡Soy el tío más afortunado del planeta! —exclamó Mario estrechando el informe contra su pecho.

—Yo sí que lo soy, eres un tío genial y tienes un corazón enorme debajo de todos esos pinchos...

Mario dejó el informe sobre la mesa, abrazó a Alicia muy fuerte y, con el corazón latiéndole a mil, le dijo:

—Me voy a enmarcar el informe y lo voy a colgar en esa pared.

Alicia se echó a reír...

—¿Para qué? ¿Para que recuerde mis palabras por si un día entro cabreada?

—Descuida que si un día entras de morros, me los comeré igualmente. Me fascina tu boca...

—Y a mí la tuya... —susurró Alicia, lamiéndole los labios.

Y así volvieron a enredarse en un beso largo y profundo, y luego vino otro y otro más, hasta que acabaron en el sofá Chester del despacho, tumbado uno encima de la otra...

—Quiero enmarcarme el informe porque es lo mejor que tengo en mi vida —le confesó Mario, muy emocionado.

Alicia suspiró y, temblando entera, solo pudo musitar otra vez:

—Te quiero...

## Capítulo 40

Después de ese sofá, vinieron unos cuantos más y mientras tanto en la recepción de un hotel de Ibiza, una mujer aprendía checo en los ratos que le dejaban libres los clientes...

—*Ahoj!*

Amanda sonrió porque no es que llegaran muchos checos al hotel, pero de vez en cuando aparecía alguno y le encantaba ir poniendo a prueba sus conocimientos.

—*Dobré ráno!* —replicó levantando la cabeza del manual de checo, con su mejor sonrisa, y entonces descubrió que era él.

La mezcla perfecta entre Hugh Jackman y Gerard Butler, con su camisa negra entreabierta y arremangada al codo y esos pantalones negros entallados lo justo para marcarle todo lo mucho y bueno que tenía que por marcar.

—*Jmenuji se Michael... Je mi 36 let...*

A Michael no se le había ocurrido mejor forma de escapar del bucle en el que él solito se había metido que esa... Y ya solo rezaba para que pudiera salir airoso del invento...

—*Jmenuji se Amanda...* —replicó ella, con una emoción que le sacudió todo el cuerpo.

Michael había acudido a la recepción a presentarse, como si acabaran de conocerse. Le había dicho cuál era su nombre y su edad y acto seguido, le estaba soltando una parrafada de tres minutos de la que Amanda, con la emoción de la visita inesperada, apenas estaba pillando más que alguna que otra palabra suelta.

Cuando terminó de hablar, Amanda con un nudo en la garganta, musitó:

—Es que estoy muy nerviosa y mi checo todavía no es muy fluido. ¿Serías tan amable de hacerme un resumen, por favor?

Michael que también estaba ansioso y llevaba días preparando el discursito, respiró hondo, carraspeó un poco y respondió:

—Te decía que me llamo Michael, que tengo 36 años y que trabajo de camarero en el bar de la piscina, que si quieres algo no dudes en pedírmelo que estaré encantado de atenderte. También te comentaba que como estudias checo y parece que estás interesada en mi país, quería invitarte a comer. Hoy tengo *goulash* y una cerveza de mi pueblo que no tiene ni punto de comparación con los mejengues que bebéis aquí...Así que si no tienes otro plan, te espero...

Alicia se quedó estupefacta *¿qué estaba haciendo ese cabeza dura? ¿Por fin iba perdonarla?*

Desde que se había cumplido la fecha de salida del hotel, Amanda estaba alojada en el apartamento de Michael. Y aunque le había dejado para ella una habitación propia, lo cierto era que dormían juntos todas las noches.

Lo que no quería decir que Michael hubiera superado la desconfianza, al contrario porque él seguía insistiendo en que lo suyo era meramente carnal y que aquello no tenía ningún futuro.

Por lo menos eso era lo que aseguraba hasta esa mañana en que había aparecido tan raro y con esa invitación a comer... La primera desde que había regresado a Ibiza, porque normalmente él comía mucho antes que ella y luego se echaba una siesta antes de ir a trabajar.

—Yo encantada, lo que pasa es que no salgo hasta las cuatro...—le recordó Alicia.

—Esperaré...—dijo Michael con su sonrisa perfecta.

Alicia sin entender nada, alucinada con el cambio que había pegado ese

hombre, preguntó pestañeando muy deprisa:

—¿Michael qué te ha pasado? ¿Estás bien?

Lo que a Michael le pasaba era que ya no podía más, que llevaba días luchando contra sus sentimientos y que se le partía el corazón cada vez que le decía a esa mujer que no sentía por ella más que deseo.

Puesto que era una soberana mentira...

Podía engañar a todo el mundo, menos a sí mismo. ¿Cómo no iba sentir nada por esa mujer si se derretía de ternura cada vez que la veía estudiando checo en la recepción, si le había desarmado por completo al renunciar a su vida en Madrid para quedarse en Ibiza por él, y se moría de pena y de culpa cada noche cuando ella le decía que le quería y él respondía con el silencio?

Era verdad que Amanda se había equivocado en el pasado por su pánico al compromiso, pero ahora le estaba demostrando que había cambiado y se merecía que él diera un paso importante.

¿Cuál? Después de darle muchas vueltas al asunto, había llegado a la conclusión de que lo mejor era dejar el pasado atrás, tirar ese lastre por la borda y empezar a otra vez...

—¿Por qué no empezar de cero? —le propuso a Amanda.

—¿Tú podrías? —preguntó Amanda, cogiendo un bolígrafo y estrujándolo de los nervios.

—No solo puedo, es que quiero... Le he estado dando muchas vueltas a todo y creo que es lo mejor...

—Lo que pasó hace cuatro años siempre estará ahí... —insistió Amanda.

—Sí, pero a mí me interesa la mujer que tengo enfrente. Amanda, mi compañera de trabajo, la chica preciosa y loca a la que acabo de invitar a comer...

—Ya, pero es que resulta que esa chica tiene un pasado y en ese pasado no hizo las cosas bien...

—Yo tampoco... No tenía que haberte bloqueado, mi orgullo impidió que te explicaras —reconoció por primera vez—, así que te pido perdón de todo corazón —habló con los ojos llenos de lágrimas.

—No tengo nada que perdonar, Michael... —repuso Amanda, conmovida.

—Estaba muy enfadado, quería castigarte y que te doliera, pero al final a quien he hecho más daño es a mí mismo...

—Entiendo que estuvieras enfadado conmigo, Michael.

—Hasta en esa comprensión me has demostrado tanto... Y sí que tienes que perdonarme, porque lo cierto es que me he portado fatal, que he sido un auténtico cabrón contigo...

—Un poco sí... —replicó Amanda, esbozando una sonrisa tímida.

—Tengo tantos te quiero atascados en la garganta, pero es que de repente me asaltaba la losa del pasado y nos castigaba con mi silencio.

Como los dos seguían solos en la recepción, Amanda aprovechó para cogerle la mano y susurrar:

—Nunca me has castigado porque sé perfectamente lo que sientes. Te miro y lo sé todo, Michael.

—Incluso que soy un resentido de mierda que no te merece... —confesó muy arrepentido.

Entonces, en ese instante, apareció un cliente para pedirle un plano a Amanda...

Ella se lo entregó, mientras Michael jugueteaba nervioso con el llavero de piña del diseñador.

Y es que después de que Alicia le contara a Amanda la suerte que le había dado el llavero con Mario, ella decidió regarle el suyo a Michael, a ver si así ese terco entraba en razón...

Ya solos, Michael volvió a la carga:

—Lamento todo tanto... —musitó compungido, mordiéndose los labios.



# EPÍLOGO

Meses después, Alicia y Mario estaban viendo nevar copiosamente desde la ventana de un hotel de Praga, abrazados y felices.

Era Nochebuena y Michael y Amanda los estaban esperando en su restaurante, a ellos y a sus respectivas familias.

Y es que Alicia y Mario no se habían desplazado a Praga solos, también les acompañaban la abuela de Mario, los padres, Sacha, Tristán, las niñas y la perrita Nancy.

La prima Pili también estaba allí y le acompañaba Enrique, un buen cliente de la empresa dueño de una conservera, y del que estaba absolutamente enamorada... y él de ella.

Lo suyo había sido un flechazo y estaban planeando casarse al año que viene.

La madre de Alicia, que también estaba en Praga, seguía sin creer en los rollos de oficina, pero a todo el mundo le contaba que su hija era la excepción que confirmaba la regla.

La regla era precisamente lo que hacía unos meses que no le venía a Amanda y es que otra vez había vuelto a embarazarse, pero esta vez iba a ser sí que sí...

No podía ser de otra manera...

Y mientras la felicidad flotaba en el ambiente de Praga, Oliver que seguía rumiando su derrota tiraba dardos a la foto de Lord Cactus, a la misma hora en la que Callo Seco retozaba en Leeds con Mr. Thompson, el pollero que había conocido en Ibiza.

Pero en ningún sitio nevaba como en Praga, ni había tanto amor...

—Estas van a ser las mejores Navidades de mi vida —le dijo Alicia a Mario, con los ojos brillantes.

—Las primeras de las infinitas que vendrán... —aseguró Mario, feliz.

Alicia sonrió emocionada... Y es que a veces lo que empieza un verano, puede durar toda la vida...